DISERTACIONES 9

VIAJES AL PAÍS DEL SILENCIO

Refugios y experiencias interiores en el mundo contemporáneo

Patricia Arredondo · Georgina Cebey · Leonardo da Jandra
Elisa Díaz Castelo · Pablo d'Ors · Pico Iyer
Sara Maitland · Mónica Nepote · Mariana Orantes
Tim Parks · Larry Rosenberg · Antonio Tamez

EDICIÓN Y PRÓLOGO DE
JOSÉ MANUEL VELASCO

gris tormenta

Viajes al país del silencio

Viajes al país del silencio

Refugios y experiencias interiores
en el mundo contemporáneo

Patricia Arredondo · Georgina Cebey · Leonardo da Jandra
Elisa Díaz Castelo · Pablo d'Ors · Pico Iyer
Sara Maitland · Mónica Nepote · Mariana Orantes
Tim Parks · Larry Rosenberg · Antonio Tamez

Edición y prólogo de José Manuel Velasco

gris tormenta

VIAJES AL PAÍS DEL SILENCIO
REFUGIOS Y EXPERIENCIAS INTERIORES
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

Guerrero Sur 34, Centro Histórico, 76000, Querétaro, México
gristormenta.com



Edición
José Manuel Velasco

Coordinación y diseño
Mauricio Sánchez
Jacobo Zanella

Asistencia editorial
Luis Bernal
Germán Vázquez

ISBN 978-607-99130-1-4

Impreso en México / *Printed in Mexico*
Primera edición, agosto 2021.

ÍNDICE

II
Naturaleza

III
Espíritu

Anexos

NOTA PRELIMINAR

Recordamos con extrañeza los silencios que experimentamos en un viaje a Japón antes de que Gris Tormenta existiera. En el aeropuerto y el tren a la ciudad apenas se escuchaban ruidos. Observábamos cómo los extranjeros, al estar rodeados de él, adoptaban ese actuar silencioso, desorientados, o quizá sin darse cuenta —aunque a nosotros nos parecía un lujo de lo más cómodo. El viaje en metro al hotel fue más misterioso aún, pues cada silencio se unía con el anterior, y en el piso veintitrés de un rascacielos donde se situaba el *lobby,* parecía que fuéramos las únicas personas con vida en la ciudad. ¿Cómo era posible que nos encontráramos en el centro de la zona urbana más poblada de la Tierra y no habíamos escuchado todavía ningún sonido fuera de lugar? La habitación encerraba un silencio cálido y monástico, impensable en otras ciudades de esa escala. Contrastamos São Paulo, la Ciudad de México y Nueva York, que habíamos

visitado recientemente, con ese Tokio tan distinto para el que no estábamos preparados. De las siguientes semanas —en la ciudad, el pueblo y la montaña— no recordamos ni el llanto de un niño ni el ladrido de un perro, y desde entonces esto ha sido lo más difícil de transmitir, de hacer que alguien que no ha estado ahí se imagine: ese silencio omnipresente, imperturbable —no absoluto, por supuesto, pero sí envolvente, como si existiera desde siempre— en salas de espera, almacenes, callejones, avenidas.

O quizá sí hubo una preparación: un amigo nos había recomendado *Elogio de la sombra*, de Jun'ichirō Tanizaki, como lectura preliminar. No recuerdo si el libro hace referencia al silencio directamente, pero sin duda su lectura lo evoca; el viaje habría sido muy distinto sin él. Y así, en los siguientes días, en ese estupor recién aceptado como normal, concluimos que eso era realmente la cúspide de la civilidad: el silencio no como atmósfera sonora, sino como representación de respeto individual y social —un respeto, además, que no apuntaba hacia un pasado, sino hacia el futuro. Es incómodo, naturalmente, pues te hace ser consciente de ti mismo todo el tiempo, pero para nosotros fue bienvenido, inmediatamente deseable, y no hemos podido dejarlo del todo atrás.

Cuando conocimos a José Manuel Velasco, otro buscador de silencios más allá de los sonoros, supimos que habíamos encontrado al invitado ideal para editar esta antología. A nuestro amigo no le interesa demasiado la reflexión teórica del tema —aunque conoce extensamente las tradiciones y las bibliografías correspondientes—, así que imaginó, con gran fortuna, una colección de ensayos desde la experiencia: narraciones donde se pueda sentir (más que leer) un silencio vivencial. Esto lo convierte en un libro —de hallazgos, descubrimientos y miradas— radicalmente distinto.

PRÓLOGO

Antes de emprender la travesía

«...Oh viajeros, oh gente de mar: / Ustedes que llegarán a puerto / Y ustedes cuyos cuerpos / Sufrirán el proceso y el jucio del océano / U otro acontecimiento, / Este es su verdadero destino» / —Dijo Krishna, como cuando amonestó a Arjuna / En el campo de batalla. / No adiós / Sino adelante, viajeros.

T.S. ELIOT, «The Dry Salvages»

En una entrevista, el artista catalán Ignasi Aballí mencionó que una persona del siglo XVII veía en toda su vida el mismo número de imágenes que cualquiera de nosotros ve en un solo día. Ignoro si el dato es preciso, pero la sensación que transmite es verdadera.

Este libro surge como respuesta a una sensación, colectiva y difusa, que suele escapar al entendimiento, pero que se hace evidente en el cuerpo a través del agotamiento y la parálisis. Una sensación de límite, saturación y exceso. Sobran los calificativos y los argumentos, porque son apenas el revestimiento de una necesidad intuitiva.

Pero ¿una necesidad de qué?

De hacer silencio, por decirlo llanamente. Una necesidad de callar y restaurar el tiempo de la espera y la escucha. Una necesidad primitiva de hacerse a un lado, desaparecer un poco y aprender a observar; de no pronunciarse y refrenar por un

momento los deseos de publicitar todo aquello que nos alegra y nos duele. En suma: la necesidad de abrir un vacío.

Imposible no abrazar la paradoja. Imposible no sentir que las palabras solo consiguen alejarnos del silencio, pero imposible también rehuir a la tentación de alumbrar caminos por medio del lenguaje. Desde esa encrucijada resolvimos imaginar un viaje hacia un territorio mítico e inmutable. Elegir una travesía y un horizonte, una odisea urgente hacia las antípodas, a una patria primera en donde fuese posible recuperar el aliento.

En las voces que reúne esta antología se conjugan la experiencia vital y el conocimiento abstracto; la imaginación poética y la mirada del naturalista; la biografía y el anhelo de *ser.* Cada autor ensaya desde distintas latitudes y meridianos: los hay hiperbóreos y australes, unos que tiran al poniente y otros que apuntan sus catalejos hacia las costas de levante. Algunos se remontan a las tradiciones contemplativas y otros se adentran en la selva y la montaña. Sin embargo, todos comparten un mismo destino. Es al lector a quien corresponde trazar una ruta, fluir con las corrientes, surcar las aguas pelágicas y vaciarse de palabras.

Quince minutos de silencio

En el 2014, un equipo de científicos de la Universidad de Virginia, liderado por el psicólogo Timothy Wilson, llevó a cabo un experimento que consistió en observar a un grupo de estudiantes y voluntarios mientras estos se encontraban en distintas «situaciones de silencio». Durante el estudio se les pidió a los participantes deshacerse de sus teléfonos y de cualquier distractor; la indicación era simple: permanecer solos y en silencio en un laboratorio. A un primer grupo se le concedió la

libertad de divagar y «pensar» libremente; al segundo grupo se le animó a ocupar el tiempo planeando alguna actividad. Al finalizar el estudio, ambos grupos evaluaron su experiencia y —para sorpresa de los investigadores— más del cincuenta por ciento de los voluntarios reportó haber sentido angustia o aburrimiento. La mera sugerencia de tener que «pasar un rato a solas con los propios pensamientos» bastó para inquietar a los conejillos de Indias.

Intrigados por estos primeros resultados, Wilson y su equipo decidieron continuar con sus observaciones. Durante la segunda etapa del estudio repitieron el procedimiento, pero con una pequeña variante: los voluntarios pasarían quince minutos a solas y en silencio, esta vez en su propia habitación. Sorprendentemente los resultados fueron muy semejantes a los de la primera etapa: los periodos de soledad y silencio, aunque fuesen breves, se asociaron a estados de ansiedad y fastidio.

Por último, con ánimos de explorar hasta dónde llegaba esta aversión, el doctor Wilson añadió un elemento inquietante: ofreció a los participantes la posibilidad de que ellos mismos pulsaran un botón para autoinducirse una descarga eléctrica. Las indicaciones fueron exactamente las mismas que en otras ocasiones: pasar un tiempo a solas con los propios pensamientos, solo que en esta ocasión existía la posibilidad de infligirse un modesto estímulo negativo. A pesar de que antes de realizar el experimento la totalidad de los voluntarios declararon que jamás se castigarían con una descarga eléctrica (ni siquiera a cambio de una suma de dinero), los hechos mostraron que el sesenta y siete por ciento de los hombres y el veinticinco por ciento de las mujeres consideraron oportuno pulsar el botón.

El estudio mostró de manera rotunda una resistencia generalizada al silencio y a la soledad. La revista *Science*

sintetizó la investigación del doctor Wilson con un titular lapidario: «La gente prefiere recibir choques eléctricos antes que ser abandonada a sus propios pensamientos». La frase está cargada de alarmismo. Parece exagerar un hecho que todos sabemos, pero que pocas veces estamos dispuestos a reconocer: estar con uno mismo no siempre es tarea sencilla; sin embargo, es precisamente en esa dificultad, en el dolor y la angustia que descubrimos en el silencio, en donde reside un posible punto de partida.

Se dice que uno «tiene que vivir consigo mismo», que la única batalla es con uno mismo y que dicha batalla es a muerte. Es verdad que ciertos días *tenemos* que vivir con nosotros mismos, días en los que estaríamos dispuestos a pulsar el botón de Timothy Wilson. Sin embargo, existen otras alternativas ante este dilema. Porque en esos mismos quince minutos que Wilson regaló a sus voluntarios están el aburrimiento y la angustia, pero también la dicha y la holgura que acontecen al simplemente *ser.*

El misterio de Tartesos

Entre las civilizaciones del mundo antiguo, Tartesos es quizá una de las más enigmáticas. Las escasas fuentes arqueológicas y documentales no han permitido rastrear los orígenes ni la trayectoria de la que se supone fue la primera gran cultura de la península ibérica. Su desarrollo está fechado entre los siglos XII y VI a. C. y sus asentamientos se han buscado sin éxito en la desembocadura del río Guadalquivir.

Algunos investigadores asocian Tartesos con la Tarsis bíblica, un territorio rico en bienes comerciales y minerales. El historiador griego Herodoto relata la amistad entre los foceos y los tartesios en tiempos del rey Argantonio, quien,

según dice el cronista, gobernó Tartesos con sabiduría durante ochenta de los ciento veinte años que vivió. Se cree que la base de la economía tartesia fue la metalurgia y que su cultura tuvo un influjo considerable en varios asentamientos de la cuenca mediterránea.

Este puñado de datos fue el que recibí cuando un viejo amigo me regaló un apócrifo «calendario tartesio». Mi amigo aprovechó las lagunas históricas y el aura de misterio que envuelve a esta cultura, tomó elementos de aquí y de allá y fraguó una narración para explicarme cómo ordenaban el tiempo los antiguos tartesios. La clase sacerdotal tartesia, me dijo, solía custodiar una escudilla ritual para almacenar pedruscos de distintos colores y materiales. A cada piedra se le asignaba un valor de acuerdo con las características del mineral (el brillo, el peso y el color); a su vez, cada mineral se asociaba a un tiempo astrológico específico, a un elemento natural (tierra, aire, agua o fuego) y a los vaticinios estacionales del arúspice. Un pedrusco de oro, por ejemplo, simbolizaba abundancia y fortuna; el cobre presagiaba movimientos en la milicia; y el plomo era señal de intrigas políticas. Pero el más importante, aclaró mi amigo, era la plata.

Los pedruscos de plata decretaban días de silencio entre los tartesios. Si uno de estos caía en la escudilla del templo, la población entera se recluía en sus casas y observaba el noble silencio hasta escuchar unos golpes de tambor. Estos periodos de enclaustramiento solían extenderse durante días (a veces semanas) y representaban una ocasión para las prácticas devocionales y la oración. Al menos una décima parte del año tartesio estaba reservada al silencio, y se creía que este ejercicio contribuía al equilibrio y al bienestar social.

El regalo de mi amigo consistió en seis frascos de cristal. Los cinco primeros eran de tamaño mediano y contenían,

cada uno, piedritas de distintos colores. El sexto era un frasco más grande y vacío en donde yo debía colocar diariamente una piedra de color, hasta llenarlo. Las piedritas verdes, rojas, amarillas y azules correspondían a distintos estados emocionales y circunstancias: verde para los días empapados de naturaleza, rojo para los días dominados por las pasiones, azul para las jornadas dedicadas al pensamiento abstracto y amarillo para los días brumosos. Las piedras blancas, evidentemente, servían para marcar los días de silencio. Al cabo de una temporada obtendría un paisaje cromático: con solo ver el frasco colmado de piedritas sería fácil intuir una imagen retrospectiva de los elementos que predominaban en mi vida. Así que seguí sus instrucciones hasta que llené tres cuartas partes del frasco; no tardé mucho tiempo en percibir que las piedritas blancas escaseaban.

Mi amigo falleció al año siguiente y perdí la oportunidad de preguntarle de dónde se había sacado esa idea de los calendarios tartesios. El otro día, navegando en Internet, me encontré con un artículo que hablaba sobre «el enigma de Tartesos». Entre otras cosas, se decía que hay muchas hipótesis sobre el fin de este mítico reino, pero que ninguna tiene solidez documental. Enseguida recordé a mi amigo con sus piedritas de colores y lo imaginé explicando que los tartesios comenzaron su debacle el día en que los sacerdotes olvidaron los pedruscos de plata.

¿Será que las culturas decaen cuando pierden sus silencios?

La isla de hielo

Años atrás conocí a un exmilitar argentino, llamémosle R, quien durante su estancia en el Servicio Militar Obligatorio, en la década de los setenta, tuvo el coraje de denunciar

a sus superiores ante la Corte Suprema por las prácticas de tortura y asesinato. Como era de esperarse, el tribunal hizo oídos sordos a las acusaciones y, después de unas semanas, R fue retirado de su servicio en Buenos Aires y enviado inmediatamente, en calidad de supervisor, a una base militar ubicada en las heladas planicies antárticas.

R me relató su viaje a bordo del rompehielos mientras contemplaba un horizonte blanco que le oprimía el pecho con sus dardos de luz cristalina. Durante los primeros seis meses, él y un compañero se encargaron de poner orden en los pertrechos y de darle mantenimiento a los rústicos aparatos de telecomunicación que rara vez utilizaban para contactar a sus jefes. Un día en el que la temperatura bajó cerca de los menos veinte grados Celsius, el único compañero de R falleció inesperadamente durante la madrugada. A la mañana siguiente R se descubrió solo y aislado, dejado a su suerte en los confines del mundo.

Tras preparar un cajón con hielo para el cadáver, R informó a otra base (más cercana al continente) sobre la muerte de su compañero. La respuesta de las autoridades le hizo anticipar la angustia de los meses siguientes: tendría que esperar otro medio año a que mejoraran las condiciones climatológicas porque a mitad del invierno, debido a la densidad del hielo y a las bajas temperaturas, resultaba imposible maniobrar el rompehielos. Así que R se quedó aislado en el desierto antártico, sobreviviendo a base de alimentos enlatados y desgranando horas de soledad en compañía del cuerpo congelado de su colega.

Una tarde, gracias a los informes periódicos del radiocomunicador, supo de un campamento militar soviético que se había instalado recientemente a unos cincuenta kilómetros de su refugio. Algunos días después, en un arrebato, garabateó las coordenadas del campamento ruso en una libreta,

sacudió la escarcha de la motonieve y partió esperanzado de aliviar su prolongado silencio con un poco de compañía. Al llegar al campamento ruso encontró a dos hombres flacos y barbados que no hablaban una sola palabra de español. Tras una serie de temblorosos balbuceos comprendió que los rusos lo invitaban a tomar el té.

Enseguida los tres se sentaron a la mesa para compartir en completo silencio una bebida caliente. «It is a good tea!», repetía uno de los soldados en un inglés macarrónico. R se sintió feliz en compañía de aquella pareja de desconocidos herméticos y asilvestrados. En el curso de los meses siguientes, acudió periódicamente al campamento soviético para beber té.

Según me contó, durante aquellas reuniones no se decían muchas palabras. A veces el ruso del inglés macarrónico soltaba frases como: «Very cold!», «Long day» o, su favorita, «It is a good tea!». El resto del tiempo permanecían en silencio; sin embargo, en esas horas que pasaron juntos, intercambiando gestos o paseándose en los alrededores del campamento, se creó un lazo profundo y significativo.

Con la llegada del verano R pudo al fin volver a Buenos Aires. Le bastaron unos días para atestiguar las prácticas represivas de la dictadura. Millones de compatriotas sobrevivían temerosos de alzar la voz, acosados por amenazas de tortura y desaparición forzada. El silenciamiento antártico de R formaba parte de un oscuro tejido de conceptos: exilio, represión, asesinato, impunidad e impotencia.

Finalmente R logró desertar del ejército y escapar del país. Treinta años más tarde recordaba aquellas jornadas polares y meditaba en ellas como si se tratara de una metáfora de muchos silencios. El símbolo de una verdad que lo rebasaba. Algo parecido a un enigma: un paisaje blanco e inabarcable en donde había conocido la soledad, la muerte y la amistad.

La morada invisible

Imagino la frontera de un territorio infinito. Una zona liminar, inaprensible, pero también cercana y evidente. El borde de un país primordial en donde convergen y de donde surgen todos los lenguajes. Un país sin aduanas ni banderas ni himnos nacionales; un país verdaderamente libre y autosuficiente; un país hospitalario, abierto e intemporal.

Si quisiéramos ubicarlo en un mapa, habría que alzar los hombros con perplejidad para sugerir que aquel «país» está en todas partes y en ninguna. Porque se trata de un país sin cargos gubernamentales ni filiaciones partidistas, sin ideologías, sin luchas identitarias, sin querellas intelectuales ni clases sociales de ningún tipo. Un país vacío, ubicuo, germinal y seminal. Un país común a todos los seres del universo.

La imaginación y el intelecto no alcanzan para describir un solo flanco de este reino misterioso e intemporal; pero, desde hace milenios, algunos de los viajeros que se han adentrado en sus bosques, en sus océanos procelosos y en sus valles calmos y apacibles han vuelto para dar testimonio de sus experiencias. En sus visiones suelen hablar de la luz y de batallas encarnizadas contra los propios demonios; reportan presencias angelicales que los bañan en clarividencia y entendimiento; describen estados de trance, intensos dolores físicos y absorciones del cuerpo etéreo hacia otros planos de la conciencia. Otros hablan del cielo, del nirvana y del amor incondicional.

Se trata del mismo país al que marchó Lao Tse montado a lomos de un búfalo de agua; la frontera que cruzó san Francisco de Asís al ascender al monte Alvernia; el país que conoció el filósofo Henry David Thoreau en las inmediaciones

del lago Walden; el mismo lugar a donde partieron los padres népticos, Quetzalcóatl, Pitágoras, Simone Weil, Sai Baba, Neem Karoli Baba, santa Casilda, Teresa de Ávila, Hildegard von Bingen, Toro Sentado, Ram Dass, Rumi, Siddharta Gautama, Jesucristo, Sócrates, los guerreros *yamabushi* de Japón y otros cientos de miles de buscadores espirituales a lo largo de los siglos.

Tal parece que allá solo reina el silencio. Un silencio cósmico, impenetrable e impersonal. Un silencio justo y absoluto de donde emana la creación, el equilibrio y la muerte.

Ante la totalidad apabullante, a quienes han marchado hacia el país del silencio les queda el consuelo de relatar los movimientos que ocurren en sus fronteras. En esas orillas se han recreado las grandes tradiciones místicas y esotéricas, desde los órficos y los taoístas hasta los sacerdotes toltecas y los monjes cartujos. Ahí recalan incesantemente científicos, moribundos, artistas, filósofos y psiconautas. Independientemente de la fe que se profese, tarde o temprano, la tragicomedia de la existencia acaba por disolverse en esa zona de quietud.

Este libro pretende ser un registro de esa vida fronteriza. Los ensayos que lo componen pueden ser leídos como relatos de inmersión, apuntes de bitácora o digresiones de carácter antropológico y filosófico. A su manera, cada autor ha sembrado pistas que iluminan el camino de otros viajeros. En estas páginas convergen el zen, el cristianismo contemplativo y la mística de las culturas mesoamericanas. Se habla de montañismo, literatura, ritualidades y meditación.

En el centro de esta antología palpita una contradicción: la necesidad de señalar aquello que está pero que permanece oculto, de encontrar palabras que nos acerquen a experiencias que, por principio, están fuera del lenguaje. Inmersos en una cultura hechizada por sus inercias irónicas y raciona-

lizantes, los siguientes ensayos buscan abrir espacios de diálogo y reflexión crítica para repensar nuestras concepciones espirituales y para nutrirnos colectivamente de la riqueza de distintas tradiciones y pensamientos.

El viaje es personal y colectivo, las brújulas apuntan a los caminos del interior y cualquier tiempo es idóneo para partir. En esta frontera desdibujada, los vagabundos se transforman en peregrinos. Algunos llevan ya muchos años (o muchas vidas) vadeando escollos y sorteando peligros; otros más, que creían estar al borde del abismo y partidos en mil pedazos, en un bandazo del tren loco que tripulaban, son expulsados por la gravedad a orillas de este país.

La ley es inapelable. Tarde o temprano la realidad se manifiesta en iluminaciones súbitas y quemantes. A partir de ese momento ya no es posible desandar el camino. El horizonte se abre y la conciencia se sacude el polvo preparándose para emprender el vuelo. Los viajeros se reconocen a través del pulso y de la mirada, atravesados por el hilo común de sus contradicciones, pero también por la certeza de que el silencio es su primera y última morada, un espacio definitivo de paz, armonía y comunión.

JOSÉ MANUEL VELASCO

I
Mundo

TIM PARKS

Paz interior

Traducción de Jacobo Zanella

Hace años, en mi novela *Cleaver*, imaginé a un personaje mediático, acostumbrado al frenesí del bullicio y la charla, que va en busca del silencio. Huye a los Alpes buscando una casa por arriba de la línea de los árboles —por arriba de la línea del ruido, piensa después; un lugar tan elevado, el aire tan tenue, que espera no encontrar sonidos de ningún tipo. Pero aun en el Tirol del Sur, a dos mil quinientos metros de altura, se encuentra con el viento chillando en la faz de la roca, la sangre pulsando en sus oídos. Y ahí, sin la intervención de la familia, los colegas o los medios, sus pensamientos vibran en su mente más que nunca. Como suele suceder, cuanto menos sonido hay afuera, más nos ensordecen nuestros propios pensamientos.

Cuando pensamos en el silencio, porque lo añoramos tal vez, o porque le tememos —o ambos—, nos vemos forzados a reconocer que en realidad de lo que estamos hablando

es de un *estado mental*, una cuestión de conciencia. Aunque no hay duda de que el mundo exterior existe, la percepción que de él tenemos es siempre y en gran medida *nuestra* percepción, y revela tanto sobre nosotros como sobre el mundo. Hay ocasiones en que un ruido de afuera es realmente irritante y nos hace desear la paz. Pero hay ocasiones en que no lo advertimos en absoluto. Cuando un libro es bueno, el zumbido de un cortacésped distante simplemente no existe. Cuando el libro es malo, pero tenemos que leerlo para un examen o una reseña, el sonido nos acosa con ferocidad.

Si la percepción del sonido depende de nuestro estado de ánimo, entonces, recíprocamente, un estado de ánimo apenas puede existir sin un mundo externo con el que pueda relacionarse y condicionarse, ya sea nuestro entorno inmediato en el presente o algo ocurrido en el pasado y que ahora resuena o sigue sucediendo en nuestra mente. No existe ningún estado de ánimo que no esté relacionado de alguna manera, por mínima que sea, con los sonidos que lo rodean —el canto del ave y una televisión a lo lejos mientras escribo esto ahora, por ejemplo.

El silencio, pues, es siempre relativo. Nuestra experiencia con él es más interesante que el efecto sonoro en sí. Y el tipo de silencio más interesante es aquel de una mente *libre de palabras*, libre de pensamientos, libre de lenguaje: un silencio mental —el tipo de estado que mi personaje Cleaver no logró alcanzar a pesar de su escape a las montañas. En teoría, cuando sentimos que estamos siendo atormentados por el ruido, gran parte de ese ruido está de hecho en nuestras mentes: la interminable efervescencia de los pensamientos ansiosos o el monólogo autorreferencial que la mayor parte del tiempo constituye nuestra conciencia. Y es un ruido en interacción constante con los métodos modernos de lo que llamamos comunicación: el Internet, el teléfono

móvil, los lentes de realidad aumentada. Nuestro rechazo al ruido del mundo exterior se debe, con suma frecuencia, a que dificulta que nos concentremos en el murmullo que producimos en nuestro mundo interior.

Aun así, cada uno de nosotros, al menos ocasionalmente, alcanza el punto en que el motor del pensamiento se siente fuera de control. Los pensamientos escapan de sí mismos, no llegan a nada nuevo y aun así son destructivos al revisitar con insistencia los lugares donde hemos estado mil veces antes. Gran parte de la literatura modernista se trata de ese rumor de la conciencia, enfatizando su cualidad poética. Pensemos en James Joyce o Virginia Woolf. Algunos, no obstante, entendieron lo extenuante y destructivo que podía ser: D. H. Lawrence, en su novela *Mujeres enamoradas*, describe así a una figura que no puede acallar sus pensamientos: «destruida en conciencia perfecta». En cambio, un género en particular de la literatura de finales del siglo XX —de Samuel Beckett a Thomas Bernhard, Sandro Veronesi, David Foster Wallace y muchos otros— se encuentra dominado por una voz que está constantemente tratando de explicar el mundo, constantemente denunciando el escándalo del mundo, constantemente decepcionada y frustrada pero también complacida en sí misma, complacida en su habilidad de escandalizarse, una voz cuyo constante cuestionamiento y crítica se han convertido desde hace mucho en una trampa, de la que una conciencia busca liberarse a través de diversas formas de intoxicación, sueño o suicidio. Hay, por así decirlo, una catarsis de agotamiento, un agotamiento de la deslumbrante y perturbadora voz de la mente.

Esa voz mental es también una fuente de autoestima. He ahí el mecanismo que activa la trampa. La mente está encantada con la sofisticación de su pensamiento. Desea que el monólogo termine y, al mismo tiempo, que no lo haga.

Si terminara, ¿en dónde quedaría la identidad? Anhela el silencio y le teme al silencio. La fuerza de ambas emociones aumenta en conjunto. Cuanto más se anhela el silencio, más se teme la pérdida de la identidad si la voz llegara a callarse. Por ejemplo, cuando una persona contempla un cambio radical en su vida —irse a vivir sola a los páramos de Galway, quizá, o a un retiro de silencio budista de diez días—: cuanto más le teme, más teme también el momento de cambio. De modo que nuestras ideas sobre el silencio están unidas a cuestiones de autodesprecio y autoestima. El final del monólogo es tentador pero también temible, del mismo modo en que los niños temen quedarse dormidos.

Nuestro deseo de silencio a menudo tiene que ver más con un silencio interior que con uno exterior. O una combinación de ambos. El ruido provoca nuestra ira, o por lo menos un compromiso, e impide el silencio interior. Pero la ausencia de ruido nos expone a la voz estruendosa de nuestra mente. Esta voz es un elemento constitutivo de lo que llamamos *yo*. Si queremos silenciarla, ¿no estamos deseando el fin del yo? Tal vez la muerte. Así que una deliberación sobre el silencio se convierte en una deliberación sobre la conciencia, la naturaleza de la individualidad y el dilema moderno en general: el deseo de invertir en el yo y el deseo de liquidar el yo.

Tenemos estrategias para salir adelante, por supuesto. Hay soluciones sutiles, como escuchar música o leer. Se invita a la conciencia a seguir la partitura o la historia de alguien más. Cedemos temporalmente el mando a otro director. Pero en cuanto dejamos de leer o escuchar, el ruido mental comienza de nuevo. No hemos resuelto nada ni aprendido nada sobre nosotros mismos. No hemos modificado la naturaleza de la incomodidad.

Más radicales, y mortificantes tal vez, son las soluciones que involucran plegarias rituales, rosarios o mantras. Tal aproximación se siente como una agresión extrema al yo con un arma acústica. A pesar de mi infancia religiosa, o quizá justo por ella, nunca he intentado algo así. Nunca he deseado un mantra. Sospecho que, como con la música, el yo parlanchín resurgiría más locuaz y arrogante que nunca una vez que el mantra llegase a su fin.

O se podría intentar con *vipassana*, una forma de meditación que va hasta el fondo de este conflicto entre anhelar el silencio y temerlo. Sin ser demasiado específico acerca de por qué me acerqué en un principio a la meditación *vipassana* —digamos simplemente que tenía problemas de salud, dolor crónico—, alguien me sugirió que esta disciplina podría ser de ayuda. Me había dado cuenta de que aunque mis dolencias no estaban, como se dice, meramente en la cabeza, mi estado mental había contribuido en definitiva al tipo de tensiones físicas que, a lo largo de muchos años, habían comenzado a hacer mi vida miserable.

El primer retiro *vipassana* al que asistí, hace unos cinco años ya, se encontraba en las montañas al norte de Milán, donde vivo y trabajo. No le hallaba sentido a ir más lejos para sentarme en una almohadilla. En la sesión inaugural, me pidieron que hiciera un voto de silencio por los diez días que estaría ahí. Así que durante todo ese tiempo viví en silencio y comí en silencio. Sobre todo, permanecí sentado muchas horas al día, hasta diez, en silencio. Pero no había cantos o mantras para aquietar la mente y sobrellevar la situación. Por el contrario, fui alentado a sustituir, poco a poco y con serenidad, mi conciencia normalmente inquieta por una intensa conciencia de la respiración y las sensaciones; es decir, de nuestra condición animal en el momento presente.

Es relativamente fácil concentrarse en el cuerpo en movimiento. Si estás corriendo o nadando, es posible trasladarse a un estado mudo o semimudo que da la impresión de silencio por periodos largos. A decir verdad, uno de los aspectos revigorizantes del deporte, hasta adictivo, es la sensación de que le hemos dado un descanso a la mente de su tarea de estar construyendo constantemente nuestro ego.

Pero en la meditación *vipassana* te concentras en las sensaciones de manera *inmóvil, sentado* —no necesariamente en flor de loto, aunque muchos adoptan esa postura. Sentado, además, sin cambiar de posición, totalmente quieto. En cuanto lo intentas, te das cuenta de la conexión que existe entre silencio y calma, ruido y movimiento. Apenas te sientas inmóvil, el cuerpo ansía moverse, o por lo menos se inquieta. Se hace cada vez más incómodo. De la misma manera, apenas se establece el silencio, la mente desea conversar. Pronto descubrimos, en efecto, que el sonido *es* movimiento: las palabras se mueven, la música se mueve a través del tiempo. Hacemos uso del sonido y del movimiento para evitar el fastidio de lo estático. Lo podemos observar especialmente cuando sentimos dolor físico. Trasladas el peso de un pie a otro, vas de una habitación a otra.

Al sentarte inmóvil, absteniéndote del movimiento físico, la reacción instintiva de la mente es refugiarse en su animado monólogo habitual, esperando que el traslado del foco a otra parte mitigue la incomodidad física. Esto es lo que sucedería en una situación normal: el cuerpo, cuando es ignorado, en principio se agita o se desplaza para evitar la acumulación de tensión. Pero en esta ocasión le estamos pidiendo que se siente y se quede quieto mientras pensamos, y, puesto que no puede moverse, hay cada vez más y más angustia e incomodidad. Finalmente, ese desasosiego obliga a la mente a replegarse de su cháchara, a volverse hacia el cuerpo. Pero al

encontrar solo molestia o hasta dolor en el organismo, busca de nuevo un escape hacia el lenguaje y el pensamiento. En ese ir y venir entre la mente atribulada y el cuerpo atormentado, la situación empeora cada vez más.

De esta manera, el silencio, combinado con la quietud —ambos en íntima correspondencia—, nos invita a observar la relación entre conciencia y cuerpo, movimiento y pensamiento movible. Se habla mucho, cuando alguien va a un retiro de meditación, sobre la importancia de «encontrarse a sí mismo». Hay mucho drama imaginario en ello. Las personas esperan que resurjan viejos traumas, como en el psicoanálisis. A decir verdad, lo que realmente descubres es menos personal de lo que supondrías. Descubres cómo la construcción de la conciencia y del yo, algo que todos compartimos, logra sobrevivir en el tiempo, en gran medida, por ignorar nuestro estado físico y nuestra existencia en el momento presente. Lejos de asociarse con la religión, algunos de los antiguos nombres con que se designaba a la meditación en la lengua pali de las escrituras budistas se referían solamente a «ejercicios mentales».

Esta forma de meditación altera la relación de la mente con el cuerpo. Invita al meditador a centrar la atención en todas las partes del organismo por igual, sin excepción; a guiar la conciencia a través del cuerpo y a contemplar los altibajos de las sensaciones en la carne —y a hacerlo sin reaccionar de ninguna manera, sin horror al dolor, sin apego al placer. Así nos damos cuenta de que aun cuando estamos inmóviles, todo dentro de nosotros está en movimiento y cambio constante.

Además, esta «actividad» no está subordinada en la mente a ninguna otra. Uno renuncia a cualquier otro propósito más allá de la contemplación misma. No estás meditando *para* relajarte, o para sobreponerte al dolor, o para resolver

un problema de salud o para conseguir el silencio interior. No hay un fin superior mas que estar presente con los infinitos matices del flujo de sensaciones en el cuerpo. El silencio de la mente te pone en contacto con el cuerpo. O simplemente, el silencio de la mente es la conciencia del ser.

En un inicio es complicado concentrarse —primero por unos minutos, luego por unas horas— en la propia respiración. Es difícil al principio reconocer cualquier tipo de sensación en muchas partes del cuerpo cuando están en reposo: las sienes, los codos, las pantorrillas. Pero una vez que la mente se acopla a las sensaciones, o cuando las sensaciones responden a la exploración paciente de la mente, de pronto todo se vuelve más sencillo. De repente el cuerpo se hace interesante, y esa atracción obsesiva por nuestros pensamientos verbales comienza a esfumarse. El lenguaje se disuelve y, en ese silencio, todo tipo de cambios suceden en el cuerpo.

El proceso no es ni el de un simple interruptor que se acciona ni el de una continuidad estable, sino el de una serie de pequeñas pérdidas y ganancias; quizá un paso más largo hacia adelante, luego un ligero retroceso. Si uno es persistente y no se desanima en sus intentos por concentrarse, si uno logra no mostrar ni aversión hacia el dolor ni indulgencia hacia el placer, entonces, muy lentamente, la inmovilidad y el silencio se intensifican en una atmósfera de beatitud que es, de manera simultánea e indivisible, física y mental. Es como si, a medida que el cuerpo se ensambla lentamente y todos sus componentes se unen en un presente intenso, el yo histórico se desarmara y desapareciera. En ningún momento se experimenta como una pérdida, más bien como una plenitud de existencia; algo desbordante, muy ordinario y muy hermoso.

Las palabras que todo el tiempo usamos y los relatos que escribimos refuerzan un drama de individualidad que noso-

tros en Occidente celebramos complacientes. Hay también un gran consuelo en la manera en que la escritura y la narrativa pueden transformar el dolor emocional en una forma de entretenimiento, sabia y conmovedora en su visión de nuestro paso por el mundo, intensa y maravillada por su propia intensidad. La narrativa es muy a menudo la narrativa de la miseria y del paso por la miseria.

Lo que el silencio y la meditación nos hacen preguntarnos, una vez que nos incorporamos, inesperadamente renovados y bien dispuestos después de una hora de quietud y silencio, es si no hay algo profundamente perverso en esa cultura de la que somos parte, hasta en sus grandes realizaciones en la narrativa y en el arte. Demasiado de lo que leemos, aun cuando es un gran entretenimiento, es profundamente inútil.

GEORGINA CEBEY

Una estancia en el silencio

Querer escribir sobre el silencio es parecido a querer pintar con tinta invisible. Es difícil escribir sobre algo cuya relación en papel sería la hoja en blanco, la nada, la ausencia de ruido, algo cuya descripción gráfica podría ser esto:

El silencio subraya los límites del lenguaje. Intuyo que esta idea es una cita. No recuerdo dónde la habré leído, pero no es difícil suponer que a esta temprana conclusión llegarán los interesados en las grafías del silencio. En realidad, y para continuar con otra obviedad, no creo que exista el silencio. Tengo en mente al poeta Paul Valéry, quien, como si se tratara de un consejo, anotó: «Escucha ese fino ruido que es continuo y que es el silencio. Escucha lo que se oye cuando nada se hace oír». En francés, el verbo *entendre* significa «oír» o »escuchar», pero también significa «entender». Así que cuando Valéry, con su espeso bigote y la barbilla apoyada en la palma de su mano, susurraba «Entends ce bruit fin qui est continu, et qui est le silence», proponía que experimentar el sonido del silencio era un ejercicio de oído y cerebro. Escuchar es el primer paso para entender.

Del fino ruido que es el silencio se llenaron mis oídos hace algunos años, cuando llegué a una pequeña localidad del sur de Alemania, un pueblo que, si no fuera por los extensos campos de manzanos que lo rodean, bien podría ser una isla. Conservo en la memoria una foto de la que fue mi casa entonces. En esa imagen, que no tomé con un dispositivo mecánico o digital, pero sí con un dispositivo mental, en ese lugar que fue mi hogar por tres años, aparece un rincón específico: una pared blanca, un pequeño muro frente al comedor del que no colgaba nada: no había tapiz ni póster ni calendario. No tenía textura ni grietas, tampoco la cicatriz de algún clavo. No mostraba la foto en blanco y negro con marco dorado de algún familiar ni el paisaje de las vacaciones pasadas. Más que muro, tal vez fue una pantalla, pues muchas de mis mañanas en ese lugar consistieron en contemplar la luz que se reflejaba en ese lienzo de concreto mientras un silencio espeso lo abarcaba todo. Cuando esa bruma sigilosa comenzaba a invadir la casa, de

inmediato buscaba la forma que imprimía el rayo de luz que se proyectaba en la pared, como si necesitara un relato visual para acompañar a esa experiencia silente que jamás había experimentado (o a la que tal vez nunca le había puesto tanta atención).

El binomio de la escucha y la visión me recuerda al conjunto de obras del pintor Vasili Kandinski, quien consideró que a los sonidos se les podía asociar un color, de tal manera que fueran visibles e incluso se les pudiera atribuir significados simbólicos o espirituales. Al parecer, Kandinski era sinestésico: tenía la facultad de percibir sensaciones de un sentido a partir de los estímulos de otro: oler palabras, ver los sonidos de los colores, saborear una textura o una forma. De este laboratorio sensorial, Kandinski concluyó que «El blanco actúa sobre nuestra alma como un gran sonido absoluto. Interiormente suena como un "no sonido"». Se trata, según el pintor, de «un sonido que no está muerto, sino, por el contrario, lleno de posibilidades». En el blanco, en la luz que refleja, se distingue el silencio en el espacio.

Acaso la representación espacial del silencio más conocida es la que con tanta soltura desarrolló Edward Hopper. En esas ventanas abiertas a habitaciones de hotel donde el sol entra con fuerza, y al igual que en los paisajes naturales y sosegados, la luz es la única seña de vida, pues, aunque en ocasiones hay figuras humanas, los personajes de Hopper no hablan, están aislados o ensimismados; su estética parece reafirmar su famosa sentencia: «Cuando el paisaje me habla, tengo que estar absolutamente silencioso». El silencio para este autor no es una entidad autónoma, pues lo que cada una de sus escenas revela es que la calma es la conjunción de muchos elementos: un espacio que se hace profundo por la interacción con la luz, un sujeto inmerso en sí mismo y, finalmente, una mirada ajena que se introduce en esa espacialidad

hecha silencio, y así poder sentir una calma parecida a la que produce observar la arena contenida en un envase con agua cuando comienza a sedimentarse luego de ser agitado. En cierta forma, *el silencio subraya los límites del espacio,* el movimiento de la luz, nuestro lugar en el vacío.

Alemania es un país de bajos decibeles. Es habitual entrar a un autobús atestado y no escuchar ni una conversación o ir al restaurante más concurrido de una ciudad y distinguir con claridad cómo el sonido de la vajilla en la cocina es más nítido que el de las conversaciones de los comensales. Los trenes cuentan con vagones silenciosos en los que no se permite hablar por teléfono ni mantener conversaciones con el acompañante; una especie de templo sobre rieles en donde hasta el ruido de la puerta perturba la calma de los creyentes del silencio. Otro ejemplo más extremo: los domingos está prohibido tirar vidrio en los contenedores que se disponen en las calles para reciclar este material. El estruendo de las botellas al estrellarse podría irrumpir en el día de descanso de alguien. Con la lavadora o los electrodomésticos ruidosos pasa lo mismo: después de las siete de la tarde, la danza acuática de la ropa al interior de la lavadora podría leerse como una descortesía con el vecino que se dispone a tomar su cerveza mientras lee el periódico. Una colega del trabajo me comentó que algunas personas consideraban que jalar la cadena del baño pasadas las diez de la noche era una violación de las etiquetas del buen condómino: el sonido de las cañerías podría inmiscuirse en el descanso de los demás, hacerles soñar con extrañas mareas.

Intuyo que esta atmósfera silente, que puede experimentarse con más contundencia en ciudades pequeñas, es herencia del romanticismo. Intuyo también que de la obsesión

por la experiencia estética como forma de relacionarse con el mundo aún permanece el goce por la contemplación y el silencio. Conviene recordar que a los románticos los animaba la búsqueda del absoluto, una práctica casi mística en la que el sujeto se encontraba frente a un universo infinito en el que podía sentir la escisión entre dioses y humanos, entre el ser humano y la naturaleza. Novalis escribió que «La sede del alma está ahí donde el mundo interior y el mundo exterior se rozan. Donde uno y otro se entrecruzan está el alma, en cada punto de contacto». Ahí, frente al abismo, cuando se revela una fuerza que no puede describirse, y que arrebata de la boca todas las palabras, Friedrich Hölderlin sugiere «callar aceptando la inevitable finitud de la existencia humana». Lo indecible, esa sensación de estar frente a un todo, de poder sentir la fuerza y lo inabarcable del mundo, está marcada por el silencio.

Cada que entro a un espacio en el que no he estado antes, presto atención a dos impresiones que, estoy segura, definirán la manera en que luego recuerde ese sitio: su olor y su sonido. Pienso, por ejemplo, en el detergente con el que lavaban los pasillos de mi escuela primaria, un aroma capaz de penetrar en la garganta y hacerme toser, para luego transportarme a esas mañanas frías en las que era la primera en llegar al salón de clases. Así como con el olor, el sonido que un espacio emite y luego contiene es un poderoso ingrediente para la memoria. ¿Quién no ha sentido un escalofrío cuando al pasar frente a un consultorio suena una fresa de dentista? Sospecho que, tal vez, en algún lugar ya han inventado el taladro dental mudo, pero los dentistas se niegan a usarlo porque, sin el poder de ese sonido entre sus manos, no infundirían ningún tipo de respeto.

Lo mismo sucede en los templos de la cultura: nada como la acústica de la sala de un museo para saber en dónde estamos y cómo debemos proceder: despacio y con atención, en silencio; hablando muy bajo y casi sin marcar las pisadas para no perturbar la calma que acompaña a las obras que posan ante nosotros. Ese silencio tan característico tal vez provenga de la mística del templo que, desde su creación, invade a los museos: el Museion fue el lugar dedicado a las musas, hijas de Zeus y de la diosa Mnemósine, la memoria. Vivían y trabajaban ahí poetas, músicos e historiadores atentos a la llegada de las musas, las portadoras de las artes que entre sus regalos contaban la inspiración y la sabiduría. El museo es un espacio sagrado: nunca falta el eco de un tosido distante, unos taconeos lejanos o el tímido zumbido de algún aparato que mide algo. Este conjunto de sonidos, lejos de constituir un ruido, forma una de las tantas gamas del silencio.

Con frecuencia, cuando recorro un museo o entro a una habitación espesa de silencio, me esfuerzo por sentirlo como si fuera polvo, una nube invisible que lo cubre todo, que solo es perceptible una vez que se acumula, invade el espacio y provoca estornudos. Como el polvo, el silencio es la huella de que la tierra se mueve y el tiempo transcurre. Es en el interior de un espacio donde el silencio está contenido, circula y de vez en cuando se estanca. Tal vez le hemos prestado muy poca atención a este elemento y su interacción con el espacio. Me pregunto si, como el agua y la luz, cuyos tránsitos por los hogares pueden cartografiarse, existe algún sistema que contemple el registro del silencio en un interior. ¿Cómo podría representarse en un plano la dimensión sonora de un lugar? ¿El silencio se representaría en un plano con ondulaciones o pequeños puntos? ¿No

sería maravilloso poder regular la intensidad del silencio girando un botón, como cuando se controla la potencia de la luz en una habitación?

Soy la que se detiene en la puerta de entrada casi todos los días a las diez de la mañana. La misma que con pasmosa calma saca de la mochila la computadora, un cuaderno, cables, bolígrafos, el teléfono, una botella de agua y la credencial. Como si estuviera desembalando una obra de arte, cuido cada movimiento para no molestar a nadie: abro el cierre despacio para amortiguar el ruido, intento no mover la lapicera de metal para que las plumas del interior no imiten una sonaja y, casi en automático, pongo el teléfono en modo de vibración. Soy la que camina de puntitas tratando de recordar los puntos donde, al pisar, el suelo de madera cruje. Todo esto lo hago bajo la mirada de la bibliotecaria, que examina cada uno de mis movimientos. Soy la que se dirige hasta las mesas de siempre, las del ventanal que da al río, para ver las caras de siempre y sentarme en el lugar de siempre. Entre el momento que atravieso el umbral del silencio y el instante en que me acomodo en mi lugar de trabajo, puedo escuchar un carraspeo, el pasar de las hojas de un libro, el tránsito de alguna silla que se arrastra y la siempre fiel fotocopiadora, que de vez en cuando susurra y emite un rayo de luz verde para hacerse notar. Al fondo, sobre los libreros, brillan como si fueran luces de neón en medio de una calle oscura los letreros de silencio, que reproducen el gesto harpocrático. Entiendo que el sabio es el callado, de ahí que el gesto de la sapiencia sea un dedo que sobre los labios convoca al silencio. Cada día que transcurre ahí me convenzo de que ese gesto caricaturizado en letrero, más que advertencia,

funciona como el emblema universal de las bibliotecas: en vez de significar «guarde silencio», debería entenderse como «el silencio es el espacio de la sabiduría».

Además de lograr niveles altísimos de concentración, en esa biblioteca aprendí a desquiciar a los alemanes. Un día que tecleaba con prisa y pulsaba con fuerza sobre el teclado de la computadora, la bibliotecaria se acercó para pedirme moderar el volumen de mi escritura. En el tiempo que tardé en entender lo que me solicitaba, y un tanto asombrada por la extravagancia de su petición, pude ver el rostro acusativo de los demás inconformes que ese día usaban la sala de lectura. Ese ruido, el del plástico de las teclas bailando al ritmo marcado por mis dedos, enloquecía a los alemanes de la biblioteca y pronto se convirtió en mi manera de hacerme escuchar en esa ciudad donde comunicarme era un reto que implicaba hablar en un idioma dificilísimo y bajar el volumen de mi voz casi a la mitad. Con frecuencia, en el punto más alto de la aburrición, teclear con fuerza para ensordecer a los sabios de la biblioteca era la única manera de decir «aquí estoy». Era una forma de gritar.

Es marzo de 2020. El coronavirus es noticia mundial y las ciudades comienzan a confinarse una a una, como en efecto dominó, mientras el papel higiénico desaparece de la faz de la tierra. En mi pueblo todo cambia, pero tal vez la transformación más radical es la mutación del silencio que antes me arropó. Mi oído se afina: ahora siento los pasos del vecino de arriba y su ritmo, los estornudos afuera y los llantos lejanos de algún bebé. Desprovista de autos, la calle es un jardín de juegos concurrido por niños que no saben gritar; son sus juguetes los que me avisan que han llegado: unas canicas que se deslizan en el pavimento, una tiza que

recorre lentamente la superficie del suelo para trazar un sol con cara sonriente o las ruedas de un monopatín rosa que va y viene de la puerta del edificio a la esquina. Licuadoras y aspiradoras que se encienden puntuales y anuncian rutinas sonoras son ahora parte de mi ruido fino. El vecino del apartamento del tercer piso grita todos los días a la misma hora, las 15:47. Quiero creer que realiza ejercicios para liberar la energía, pues su grito simula la euforia de un vikingo a punto de atacar. Mientras tanto, lo más revelador proviene de la naturaleza. A las ocho de la mañana en punto, el canto de las aves inunda toda mi casa: hay un canto que impregna también el color de la primera luz del día. Notas de un instrumento animal, de un órgano que reverbera en una catedral que es mi cuarto, mi edificio, mi pueblo. Tomo asiento frente a mi pantalla blanca y me preparo para recibir a los cuervos y los gorriones, que chirrían como nunca antes. Un coro alado anuncia que el mundo es otra vez de ellos; que los gorjeos, graznidos, croares y zumbidos de insectos han dejado la marginalidad; que el lenguaje sometido por la vida veloz del humano, que con sus máquinas todo lo sofoca, está ahí y merece ser escuchado; que el silencio humano suena al canto de un ave; que la casa es una caja de resonancia de silencios que no lo son.



PICO IYER

Los infinitos silencios del Japón

Traducción de Jacobo Zanella

Cuando vienes a Japón, más importante que aprender a hablar japonés es aprender a hablar silencio. Mis vecinos parecen estar más cómodos con indicaciones no verbales, con pausas e intercambios de convencionalismos. ¿Cuál es la gracia de hablar japonés, observó Lafcadio Hearn, si no puedes pensar en él?

Una frase típica en la India —o de mi amigo de México— comienza «No, pero...». Una de cada dos oraciones japonesas comienza con «Pues, pues, pues, pues» o «Sí, sí, sí, sí».

El setenta por ciento de las oraciones japonesas, según un estimado, carecen de un sujeto; también el cincuenta por ciento de las oraciones habladas.

La novela fundacional del Japón, el *Genji Monogatari,* es realmente difícil de traducir, pues a veces se evitan los nombres propios, el sujeto de una frase cambia a la mitad y rara vez se identifica a los interlocutores. Como dice el experto en Japón Ivan Morris, las divisiones tan marcadas que nos gusta hacer —entre pasado y presente, pregunta y afirmación, singular y plural, masculino y femenino— no aplican. «A veces ni siquiera está claro si la oración es positiva o negativa.»

Aun esas oraciones que sí tienen un comienzo claro, en Japón se diluyen, como esos dibujos que dejan gran parte de la página sin terminar para que el lector una los puntos. En Inglaterra, aprendí a comenzar las frases diciendo «No estoy muy seguro...», pero en Japón la vaguedad premeditada no es solo falta de seguridad, sino la creación de un espacio en el que alguien más podría convertir esa nota inicial en un dúo.

El habla es peligrosa en Japón, precisamente porque hay muchas reglas tácitas que oscilan en torno a ella. Generalmente es mala idea usar la palabra *tú* —demasiado intrusiva—, y se dice que hay veinte maneras de decir *yo.* Se espera que las mujeres se refieran a sí mismas en tercera persona, los hombres no. Un verbo de la novela *País de nieve,* de Yasunari Kawabata, se traduce de veintinueve maneras distintas, pues lo que podría interpretarse como «pienso», en Japón puede significar «me acuerdo», «anhelo» o veintisiete cosas más.

En el *Genji,* a un príncipe nunca se le ha permitido hablar con su propia hermana, salvo a través de cortinas o detrás

de un biombo. Y sin embargo los hombres en el mundo del *Genji* no dudan en ir a la cama con mujeres con las que no han intercambiado una palabra.

Dice mi esposa que se puede identificar un restaurante japonés en el sexto distrito de París por el hecho de que nunca dice «japonés» en la entrada (a diferencia de los lugares administrados por coreanos o chinos).

En Japón, más que en otros sitios, nada es más fatídico que creer que se entiende lo que se está diciendo. La palabra *cadera* se refiere en Japón al trasero, y *elegante* significa «esbelto». *Ingenuo* es una buena palabra en Japón, así como *tensión.* Una mansión se refiere a un departamento de muros gruesos, moderno y con frecuencia pequeño.

Una pareja que se casó en Nagasaki poco después de la explosión de la bomba, según el reporte de Susan Southard, mencionaría el evento trascendental una vez, y después nunca más.

«Si piensas "yo respiro" —decía el maestro zen Shunryū Suzuki—, el "yo" sobra.»

Una cita perfecta en Japón consiste en acompañar a alguien querido al cine, ver la película juntos en silencio y luego, en el camino de regreso a casa, hacer un esfuerzo por no hablar de ella.

Las palabras solo separan lo que el silencio une.

«Hay dos silencios —escribió Harold Pinter en la introducción a sus obras completas—. Uno cuando no se dice una palabra. El otro cuando quizá se está usando un torrente de lenguaje. El discurso que escuchamos es una indicación de lo que no escuchamos.»

Tal vez el poema más célebre en Japón sea el suspiro de gozo de Bashō al ver las islas de Matsushima.

El poema completo consiste solo en el nombre y algunos suspiros: «¡Ah, Matsushima! / ¡Ah, Matsushima, ah! / ¡Ah, Matsushima!».

Horas después del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima, lo que impactó a un sacerdote alemán fue el silencio, hasta en un bosquecillo donde se habían congregado cientos de sobrevivientes. Nadie sollozaba ni gritaba; nadie se quejaba; los niños apenas lloraban. Los que gemían lo hacían en silencio; a los que se les daba agua hacían reverencias de agradecimiento.

«Ninguna palabra —escribió el novelista japonés premio nobel Yasunari Kawabata— puede decir tanto como el silencio.»

«En Estados Unidos se habrían enojado», le dije a mi esposa cuando me informó que su médico recién le había di-

cho, por primera vez, que había padecido una forma leve de cáncer cervical diez años atrás (se lo había dicho ahora solo porque el peligro parecía haberse disipado).

«¿De verdad? —me respondió—. ¡Pensé que había sido amable!»

Sin embargo, cuando Hiroko ingresó en el hospital por una infección sencilla diecinueve años después, sus amigos asumieron que tenía cáncer.

Algunas ediciones del *Genji Monogatari* vienen con setenta densas páginas de genealogía. Pero la dama Murasaki, autora del libro, no menciona en su diario ni a su difunto esposo ni a su hija pequeña.

En la posada Tawaraya, la más exclusiva de Kioto, con habitaciones de mil dólares por noche usualmente ocupadas por miembros de la realeza europea o estrellas del cine hollywoodense, gran parte del personal no habla inglés. Encontrar empleados que hablen inglés con fluidez no sería difícil, pero parte de la gracia de la posada es darse cuenta de que el inglés no va con la delicadeza de los movimientos y los kimonos, con las exquisiteces de la temporada y los recatos de cortesía. Las cosas más esenciales se transmiten sin palabras.

«Su magnanimidad era evidente para todos los que lo conocían —le dijo un guía local al poeta estadounidense James Merrill sobre la visita de Arnold Toynbee a Japón—. Ni una sola vez reveló sus verdaderos sentimientos.»

En Inglaterra, el primo occidental de Japón, aprendí que el máximo signo de intimidad no es todo lo que le puedas contar a un amigo, sino todo lo que no necesitas decir.

Cuanto menos hablan mis vecinos japoneses, más lugar queda para la sorpresa y para que superen constantemente mi entendimiento.

A veces, de hecho, mis amigos japoneses me desconciertan al no parecer ávidos de tener la primera palabra; a veces al no parecer ansiosos de tener la última.

«Mi voz se agota cuando canto para alguien que conozco bien —dice una *geisha* en *País de nieve,* de Kawabata—. Con los extraños cobro más valor.»

En Japón nunca olvido que un gran conversador es aquel que escucha. El visionario director de teatro Peter Brook me dijo que llevaría todas sus producciones al Japón, porque aun durante las nueve horas de su interpretación del *Mahabharata,* sin subtítulos, el público japonés permanecía embelesado. En Los Ángeles, donde los asistentes podían entender todas las palabras, no paraban de revolverse en los asientos, cuchichear, ir al baño o dormirse.

En la vida pública, esa determinación de no decir nada podría insinuar una cautela paralizante o un rechazo a tomar la iniciativa. En la privada, inaugura una intimidad inagotable.

Solía observar a Leonard Cohen y al maestro zen Joshu Sasaki (su gran amigo por más de cuarenta años) sentarse juntos en silencio por largos periodos, pero no porque Cohen no hablara japonés o el inglés de Sasaki fuera limitado. Cuando yo lo visitaba en su casa, Cohen sacaba un par de sillas al pequeño jardín frontal, con vista a un lecho de flores, para que pudiéramos sentarnos ahí, durante media hora o más, sin decir nada.

Una señal de que *Perdidos en Tokio*, de Sofia Coppola, es una película japonesa es el hecho de que el público nunca escucha la última —y supuestamente más importante— frase.

Otra es que no sabemos si es un final triste o feliz.

El primer *kōan* que se da en muchos templos zen es el *Mu*. La mejor forma de traducirlo es: «ni uno, ni muchos, ni no, ni sí». Bien podría ser el intervalo entre las notas de las que John Cage extrajo su música de influencias japonesas o el nombre que el compañero de estudios zen de Cage, Leonard Cohen, adoptó vestido en túnicas negras: Jikan, a veces traducido como «el silencio entre dos pensamientos».

Mucho antes de *4'33"*, de Cage, una pieza musical en la que no se toca nada, se decía que los santuarios sintoístas ofrecían «conciertos silenciosos» en los que se mezclaban instrumentos de viento y cuerdas, pero no se interpretaba nota alguna.

En Europa, un jardín es un lugar en el que entras, paseas y sales; en Kioto, un jardín más bien es algo que entra en ti, invitándote a ser tan silencioso y ordenado como todo lo que te rodea.

Al salir de un jardín japonés, esperas llevar algo de su cuidadosa quietud a la calle; lo único que necesitas dejar atrás es a ti mismo.

Es simple, dice mi amigo Joji: Japón ha dejado atrás el Japón antiguo, y no ha encontrado nada con qué reemplazarlo. No puede ser el Estados Unidos moderno, tampoco el Nihon ancestral. [...] «¿Qué es lo mejor de la cultura japonesa?», le pregunto entonces. «El silencio —responde—. Es un mundo silencioso.»

ELISA DÍAZ CASTELO

Otras lenguas, otras cicatrices

La mamá de mi primer novio era sordomuda. En su casa, de una sola planta y techos bajos, imperaba un penetrante olor a aserrín porque tenían una rata de mascota. Yo tenía siete años, él tenía ocho. De la primera vez que me invitaron a comer, recuerdo el aire ligero de la estancia, al fondo los ruidos diminutos y prístinos del roedor, y a Christian y su madre hablando con las manos. Miraba con concentración absoluta su silencio, sabiendo que no lo era del todo, que en el fondo de esos gestos, tajantes y afilados como los de un carnicero, se realizaba el acto de magia perfectamente calibrado del lenguaje. Era como observar algo que sucede muy lejos. O escuchar una conversación a través de una pared y extraer solo la temperatura del mensaje, el tono; ni una palabra suelta ni una frase. Qué atinado, me digo ahora: entré al amor como quien se ve lanzado a una lengua extraña. Desde entonces habito en ese lugar como una extranjera

y el otro siempre habla un idioma que resulta, en el fondo, ininteligible. Amar es, para mí, entregarse al aprendizaje de una lengua de la que nunca podremos ser hablantes.

Cuando Christian conversaba con su madre en lenguaje de señas me parecía francamente irresistible, o tan irresistible como alguien de ocho años le puede resultar a alguien de siete. Sin duda padezco una debilidad por lenguajes extraños —mientras más ajenos, mejor—, lo cual me convierte en exponente de una de las desviaciones sexuales más esnobs del planeta. La xenoglosofobia es el terror que sienten algunas personas ante un idioma extranjero; yo padezco algo así como una xenoglosofilia, palabra que recién manufacturé pero que, como casi todo lo habido y por haber, existe ya en Internet.

Mi fascinación por las lenguas desconocidas me llevó, de pequeña, a escuchar con detenimiento al viejo vecino alemán que cada quincena hablaba con su familia asomado de su ventana, a los gringos que se alojaban en el mismo hotel que nosotros en Ixtapan de la Sal o al maestro de francés de mi mamá, un hombre de rostro trágico y cabello largo, como salido directamente del siglo XIX. Mientras más alambicado y arisco fuera el lenguaje, colegía que más complejo y denso debía ser el significado.

Una vez coincidí con un grupo de mujeres rusas durante un paseo turístico en las grutas de Cacahuamilpa. Embebidas en su propia narrativa, las mujeres hablaban con intensidad, mirando solo de reojo y sin mayor interés las estalactitas que se proyectaban desde la oscuridad como la osamenta de un enorme animal prehistórico. Estábamos casi a oscuras; sus sílabas, fricativas y breves, se encendían como cerillos en la penumbra de la cueva. Yo y mis quince años las escuchá-

bamos con azoro. ¿Qué podrán estar diciendo? Imaginaba grandes amores y despechos, o por lo menos alguna elucubración filosófica con un cariz cristiano ortodoxo al estilo de *El gran inquisidor.* Cuando terminó el paseo, mi admirado grupo se encontró con unos amigos que hablaban inglés y comenzaron, todos, a comunicarse en esa lengua. Estaban conversando sobre una tienda de perfumes de imitación en el centro histórico de la capital. Las miré de reojo, con hondo arrepentimiento, para notar cómo una de mis heroínas románticas se quitaba la sudadera y dejaba a la vista una camiseta con la palabra *Bebe* inscrita en cristales Swarovski.

Con el tiempo he dejado de idealizar a quienes hablan lenguas diferentes a la mía, pero persiste durante un instante dilatado ese espacio de silencio que mi ignorancia provoca. Se trata de un intersticio fértil que alberga, durante poco más de un parpadeo, todas las posibilidades de contenido simultáneas. Un jardín antes de que los senderos del significado lo bifurquen, de que cierto contenido semántico se fije y los otros desaparezcan para siempre.

Aún no conocía a Christian ni sabía que el silencio también puede tener sentido cuando me vi inmersa en otra lengua extraña: el inglés. Unos meses antes, me había mudado con mi familia a Tucsón, Arizona, sin conocer nada más que los rudimentos de ese idioma; es decir, me sabía de memoria las canciones de los Beatles sin tener la más remota idea de lo que significaban. Recién llegada, amaba la hora de lectura en voz alta en la escuela: sin moverme, escuchaba las palabras descosidas de su significado, suspendidas en el aire como insectos brillantes. Las paladeaba, quería aprehenderlas entre dos dedos para luego fijarlas con el alfiler de plata de la memoria.

Nada me queda de esa primera exposición al inglés; perdí su sonido cuando aprendí su significado. Ahora no puedo

escuchar esa lengua como escucho otras que no conozco. Su significado hace interferencia. Y a veces pienso que estar más cerca de algo es conocerlo menos; que la distancia ofrece una intimidad rara vez reconocida. Me da tristeza no saber cómo suena en verdad mi lengua materna. Nunca podré tocar su esqueleto sonoro, solo adivinarlo bajo la piel de lo que significa. Escuchar un idioma totalmente extraño es una experiencia paradójicamente afín al silencio.

Mi primer acercamiento a una lengua extraña, sin embargo, fue íntimo y todo menos gozoso. Descubrí muy pequeña que mi cuerpo estaba en otro idioma, a veces ininterpretable. La primera palabra del cuerpo es el dolor. Durante mi temprana infancia, padecí un recurrente malestar en el estómago, de tal intensidad que ya me conocía al dedillo la sala de urgencias: la textura plástica y grumosa de las sillas azul oscuro, el olor a medicamento que impregnaba mi pijama de la Bella Durmiente y, suspendida sobre todo, la televisión, que iluminaba con su luz fría a los desamparados y hablaba sola. Yo cada mes estaba más delgada y pálida.

Recuerdo asistir a consulta con un médico infame al que mi mamá me había llevado tras uno de estos episodios. No sabíamos entonces que era infame. Después de auscultarme y mirar de reojo los estudios que llevábamos, se atrincheró tras su escritorio, suspiró y dio su veredicto: «La niña está fingiendo». Recuerdo mirar a mi mamá y preguntarle azorada: «¿Qué significa *fingiendo*?». No es que no conociera la palabra; más bien, me parecía incomprensible que alguien dudara de un dolor tan contundente como el que experimentaba. Antes, preferí imaginar que *fingir* no era lo que yo sabía que era, sino una elusiva enfermedad homónima. La forma en la que mi madre miró al médico tras mi pre-

gunta, fúrica y vulnerada a la vez, lo dijo todo. Me di cuenta de golpe que aquello que me doblegaba, que me reducía hasta el punto de olvidar mi propio nombre, no existía para los otros. El mundo exterior era inmune a todo esto: no hablaba la misma lengua. Rosario Castellanos dijo alguna vez que «la ración de la esperanza es poca y el dolor no se puede compartir». Yo me di cuenta de esto muy pequeña, y el horror diáfano de esa epifanía ha mantenido durante años esa consulta médica en el ámbar de mis recuerdos. ¿Cómo era posible que la experiencia física más contundente y avasalladora que había experimentado no pudiera compartirse? Dice Elaine Scarry en su libro *The Body in Pain:* «Tener un gran dolor es tener certeza, escuchar que otra persona tiene dolor es tener duda».

Incluso Virginia Woolf notó las deficiencias del lenguaje en lo que respecta al malestar físico: «La lengua inglesa, que puede expresar los pensamientos de Hamlet y la tragedia de Lear, no tiene palabras para el escalofrío y el dolor de cabeza. [...] Cuando una simple colegiala se enamora, tiene a Shakespeare o a Keats para que hablen por ella; pero si un paciente intenta describirle al médico su dolor de cabeza, la lengua en seguida resulta insuficiente». El amor, el despecho, el duelo: para todo ello tenemos palabras, palabras y palabras; para el dolor físico solo tenemos silencio. Basta con el mínimo malestar fisiológico para que el lenguaje colapse sobre sí mismo como un castillo de cartas.

Mi propio cuerpo hablaba un lenguaje de señas, un idioma sin sonido, y yo debía actuar como su intérprete. Me pedían que describiera el dolor sin saber que para mí, también, era una lengua extraña. «¿Es punzante? ¿Es opaco? ¿Es sostenido?», preguntaban. Yo venía de vomitar toda la noche. Me pedían que lo graduara del uno al diez. Mi trenza despeinada, mis calcetines disparejos, mis palabras de

polvo. Me empezó en la escuela y la maestra creyó que estaba actuando para no tomar el examen de matemáticas. No podía caminar hasta la puerta. Mis palabras eran dientes de leche demasiado pequeños, hechos para venirse abajo; caducifolios. Me pedían que señalara el sitio exacto: comenzaba en algún lugar difuso de mi abdomen y me recorría todo el torso y llegaba hasta la espalda. ¿Cómo decirles? Yo tenía cinco años. Yo tenía palabras de saliva y hueso. A duras penas sabía leer el reloj de manecillas en casa de mi abuela; no sabía interpretar la prestidigitación e incendio de esa herida invisible.

Esta experiencia inaugural, la más pura en su capacidad de raptarnos, de poner en pausa los quehaceres diarios de la identidad, la más animal porque manifiesta un instinto crudo de supervivencia, no puede decirse. Algo en ella la hace inmune a los más arduos intentos de traducción. Al respecto del vínculo entre dolor y silencio, Scarry dice: «El dolor físico no se resiste al lenguaje, sino que lo destruye activamente, ocasionando una reversión inmediata a un estado anterior al lenguaje, a los sonidos y gritos que hace un ser humano antes de aprenderlo». La autora atribuye esta característica del malestar físico a que el dolor no tiene contenido referencial. Casi todos los estados interiores tienen un correlato con el mundo exterior: uno no siente amor en abstracto, sino que ama *a alguien;* uno le tiene miedo *a algo* o *alguien* le cae mal. «Es precisamente porque no tiene objeto que, más que cualquier otro fenómeno, se resiste a ser objetificado en lenguaje», explica Scarry. Federico García Lorca diría: «No hay dolor en la voz. Solo existen los dientes, / pero dientes que callarán aislados por el raso negro. / No hay dolor en la voz. Aquí solo existe la Tierra».

El español tiene una característica que siempre me ha parecido fascinante: la proliferación virulenta, y en mi opinión

a veces innecesaria, del reflexivo. El malestar físico, pienso ahora, es el reino del reflexivo, que se clava en el costado del sufriente como una ráfaga de balas de cobre: *me duele, me duele, me duele.* Es un reflexivo puesto en abismo que colapsa la cadena de significantes hasta volverse un quejido sin sombra semántica alguna: *me duele, me, me, me;* la reafirmación mísera de una identidad que ha colapsado.

El dolor signó mis primeros años: fue una falla tectónica que abrió entre yo y el mundo, para siempre, una fractura de silencio. Mi cuerpo se dolía y yo estaba sola en ese lugar —tanto que hasta quienes estaban ahí para curarme ni siquiera creían en su existencia.

En esa época, unos compañeros de la primaria me hablaron de un dios barbado que usa sandalias y tiene como álter ego a una paloma. En realidad, fue su otro avatar el que me capturó de inmediato: ese Cristo con poca ropa y un abdomen definido, cuyo suplicio era visible y se exhibía casi con orgullo en las efigies ensangrentadas que poblaban todos los templos. Su aflicción, a diferencia de la mía, estaba a flor de piel: descarnada y descarada, germinaba en forma de estigmas, de escaras, en sus manos, pies —y en su costado. No solo era tangible, también parecía ser ontológicamente indispensable: era parte esencial de su identidad. ¿Por qué motivo lo representan siempre así, doblegado y cubierto de sangre? El padecimiento lo volvía cierto a todo él, como sucedió aquella vez que regresó de entre los muertos y Tomás, con un escepticismo que rayaba en la concupiscencia, dijo: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré». ¿Por qué no era suficiente tomar la mano de Jesús, escuchar su voz o darle una palmada en la espalda para cerciorarse de que había, de hecho, vuelto de entre los muertos? Como si el lugar donde lo rompieron fuera el único

sitio que constatara que el resto de su cuerpo sí existía. Crecí pensando que el dolor era el único sitio cierto de mi cuerpo.

Arrobada por este Dios transido, les pedí a mis padres que me bautizaran para poder entrar a clases de catecismo y hacer la primera comunión. Recitaba una y otra vez mi parte favorita de la misa en la fila para tomar la hostia, o cuando no podía dormir, o cuando viajábamos en coche: «Señor, yo no soy digna de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para curarme». Este vínculo entre el lenguaje y la cura me remite, por un lado, a la piedra de toque de otro sistema de fe: la teoría psicoanalítica y su cura por el lenguaje; por el otro, me hace pensar en mi propia relación con la poesía: escribo porque busco esa palabra que baste para curarme, que detenga, que haga interpretable el malestar, porque compartirlo es a veces lo más cercano que existe a curarlo.

Después de años, conocimos a un médico que, para pensar, se recostaba en su silla, entrelazaba sus manos rechonchas sobre su enorme panza y echaba hacia atrás la cabeza, que se ocultaba detrás de la circunferencia perfecta de su vientre. Verlo pensar era como observar un eclipse. Él me hizo los estudios necesarios, me diagnosticó, y tras una cirugía dejé de experimentar el malestar y pude comer bien de nuevo y regresar a mi peso. Muchas personas, al ver la cicatriz que atraviesa la parte derecha de mi abdomen, me han preguntado si no me da pena mostrarla, si no me da vergüenza usar bikini. Una doctora, tras retirar la bata médica con la abertura adelante para hacerme un ultrasonido, exclamó con horror: «¡Pero qué cosa tan horrible te dejaron ahí! ¿Por qué te hicieron eso?». Yo amo esa marca. La cicatriz es mi flor de Coleridge. En el fragmento citado por Borges, el poeta inglés se pregunta: «Si un hombre atravesara el Paraíso en un sueño, y le dieran una flor como prueba

de que había estado allí, y si al despertar encontrara esa flor en su mano... ¿entonces, qué?». Lo que encontré no fue una flor, sino una cicatriz, porque lo que atravesé no fue un Paraíso, sino un Purgatorio hecho a la medida de mis primeros años. La marca es la comprobación objetiva, cuantificable, de que mi dolor sí existió, tuvo una causa y una solución. Le ha dado contenido referencial, en los términos de Scarry, a ese malestar. Lo volvió palabra, evento significante. El dolor era sonido sin sistematización, entropía pura; lo más cercano al silencio. La cicatriz es lenguaje. Quizá todo lenguaje es una cicatriz. Es el sitio donde el sonido cicatriza en significado, donde el silencio cicatriza en signo.

De niña creí notar una falla originaria en mi lenguaje materno: al no ser capaz de comunicar mi dolor, volteaba a ver los otros lenguajes que guardaban, en tanto no los entendía, la promesa de transmitir aquello que en mis primeros años no pudo decirse. Me equivocaba. Esa incapacidad no era un error de fábrica de mi lengua materna, sino el señalamiento de una *falla* de todo lenguaje. Encontré una solución en un cambio de tono, no de idioma: una forma alternativa de utilizar las palabras. En la poesía hallé una manera de salvar esa brecha de silencio que en mi infancia se instauró entre mi experiencia y el mundo. Ahí encontré esa palabra sanadora que la medicina y luego la fe me prometieron.

PATRICIA ARREDONDO

Santo y seña

A Jazarmabeth

Salté al agua. Cuando comenzaron a buscarme, yo intentaba articular un grito que no lograba ser sino puro movimiento: pataleos y brazadas de extremidades que trataban de recordar su origen anfibio. Mi cuerpo, pequeño y desesperado, se retorcía al ver las burbujas que otros creaban en su desplazamiento: esas personas lejanas detenidas en la orilla. Intentaba alcanzarlos para aferrarme a la tierra, pero solo me encontraba otro puñado de agua: eran ilusiones ópticas de una corriente turbia, igual que el mundo al que ya no podía asirme. Entre las bocanadas para encontrar oxígeno en el fondo, fui tragando cloro. Cuando pensé en rendirme, una mano me sacó de pronto. En ese instante nací de nuevo: con un jadeo solo comparable al del llanto que desgarra, sentí el aire en los pulmones como un ardor seco que me devolvió la vida. Así conocí el silencio por agua.

Aquella sensación de sumergirse la emuló luego la tristeza: las mucosas producidas por la emoción sellan las fosas nasales y los canales auditivos; un nudo obstruye la garganta y no permite pasar a las palabras. En conjunto, se crea la sensación en la cabeza de un tapón que la hace inflarse hasta el dolor. En la tristeza, como en el agua, el cuerpo se colma —y en ocasiones se cierra sobre sí mismo, como si la posición fetal fuera la de una semilla que busca reintegrarse. Pero en el mar no es así: ahí el cuerpo siente un espacio infinito en el que no suele tropezar con nada más que con su propia torpeza. El mundo material se vuelve puramente acuático, nunca deja las cosas fijas y las mantiene en desplazamiento continuo según su masa.

En ambos casos, el lenguaje queda sesgado. Es como si lo expulsaran. La interioridad sería incomunicable de no ser por el cuerpo. No sé si, tarde o temprano, la experiencia del ahogamiento, fuera por tristeza o por agua, me llevó a interesarme por otras formas de comunicación que no tienen a la palabra oral como principio. A esto se sumó la impresión de encontrarme por primera vez durante mi niñez con una persona sorda. La vi frente a una televisión silenciosa, en la que se reproducían imágenes sin sonido. En específico, un partido de futbol: se mostraba a la gente en las gradas gritando, haciendo muecas, moviendo las manos de forma desesperada, señalando la dirección del balón que volaba a los pies de las nubes. ¿Cómo algo tan estridente podía ser disfrutado sin escuchar las exageraciones de los narradores? De algún modo, tal como lo intuía, la voz era prescindible. Las acciones ocurrían en la pantalla y los movimientos de los jugadores podían ser leídos e interpretados sin necesidad de un guía. En ese momento vi cómo la vida —tanto en el exterior como en la inmersión— y la comunicación ocurrían más allá del sonido.

La lengua de señas se presentó entonces como una respuesta a la pregunta que apareció en el ahogamiento que me dejó sin palabras —palabras que se habían quedado en la superficie, con el aire. Imaginar el mundo de una persona sorda en la infancia acabó por alterar lo que creía respecto a la comunicación humana; retó mi idea de normalidad y dio paz a mi cabeza aturdida por aquella frase que, tan pronto como empecé a aprender español, se me impuso: «No te entiendo, habla». Poder hacer un gesto o una seña y ser comprendida me dio a esa edad una especie de felicidad cómplice. No solo porque quitaba una carga negativa a la acción de señalar, sino porque podía *decir* cosas cuando la mirada de los otros estaba distraída: podía gestualizar en secreto. Entender el mundo desde ese tipo de silencio me abrió doblemente la puerta al cuerpo.

Pero estos no fueron los únicos encuentros en los que cuestioné al lenguaje oral como instrumento protagónico. Uno de mis primos tiene una discapacidad intelectual que no ha podido ser nombrada, pero que lo ha privado del habla en su *perfectividad.* Sus palabras se quedan apenas en sílabas, y el índice es su auxiliar a la hora de expresar necesidades. Aun así, con el rostro manifiesta emociones que pueden ser interpretadas. También ha encontrado en la escritura —el alfabeto como una serie de dibujos donde se repiten líneas— una expresión de sí mismo. Desde que descubrió esto, toma las secciones amarillas del directorio telefónico para calcar las letras como si en ello hubiese encontrado algo que conocía de otra vida y donde se refugia durante todo el tiempo que no habla.

Desde estas aristas, las cuestiones del lenguaje, sus posibilidades y sus privaciones, me han obsesionado desde muy niña. Me han hecho dudar de que el silencio sea solamente

una manifestación de la voluntad o de la espiritualidad humana. A propósito de esta última, pienso en otros momentos en los que me he ocupado de encontrar su función y su papel como instrumento de interacción social en la ritualidad —un elemento simbólico, pilar de la cultura occidental. En el catolicismo es una especie de tributo a la palabra divina: el momento de la escucha. Durante la misa, una vez que había recibido la comunión, debía colocar el rostro hacia mi corazón para oír lo que Dios tenía que decirme. Esta conexión se daba en un espacio sagrado, donde cada palabra podía amplificarse no solo por el micrófono, sino por los muros, a oídos de los santos; me hacía pensar antes de hablar, considerar el volumen, el tono, la calidad y la cualidad de las palabras, ya que todo volvería en el espejo infinito del eco: la voz regresando a mí, pero con la objetividad de lo que vive fuera, que en consecuencia traería consigo una perspectiva distinta de mi discurso.

El templo seguía un guion en cuanto a musicalidad y silencio: solo una persona tenía la palabra y podía ejercer un poder sobre las voces y los cuerpos que entraban a «la casa de Dios». Ese principio de escucha era un principio de obediencia, y esa obediencia se manifestaba en silencio. En cambio, en otros ritos ceremoniales a los que he asistido, que pretenden emular prácticas de culturas no occidentales, el silencio se vuelve un espacio para sentir —no para arrepentirse o avergonzarse—, pero sobre todo para escuchar ese sentir. En retiros de silencio, ante la imposibilidad de narrarse a uno mismo, nos obligamos a estar. Y en ese estar, la emoción se muestra como energía. El cuerpo encuentra su manera de comunicarse en el ritmo del aire que exhala, en la forma que respira, en el calor que expulsa la piel; deja información que puede ser percibida por los demás.

Eso abre una pregunta al estilo John Cage: ¿existe realmente el silencio? Desde esta distinción humana de exterior e interior, hay modos de entenderlo: con la materia exterior en reposo —la voz y el cuerpo—, el interior deja de conceptualizar e interpretar los estímulos que llegan a él para poder estar en un flujo sensorial que se sincronice con la respiración y lograr así una mimetización con el paisaje sonoro. A propósito de lo religioso, el investigador Alfredo Nava, en su ensayo «La voz descarnada. Un acercamiento al canto y al cuerpo en la Nueva España», cita a Aristóteles para definir la voz humana y diferenciarla de la animal. Con esto recupera el mito pilar de la cultura cristiana: el verbo como un principio encarnado y la carne como un instrumento para el sonido significante. Por supuesto que entender el silencio únicamente desde ese espacio es risible. No solo porque su punto de partida es la humanidad como humanidad oyente, sino porque solo considera silencio a todo aquello que prescinda consciente y voluntariamente de articularlo. Por eso, desde ese sitio, guardar silencio es someterse a un reposo que nos pone, de entrada, en una posición privilegiada. Porque cuando se trata de cuerpos con alguna discapacidad, este silencio proviene de la imposibilidad —fisiológica, intelectual— o de una pertenencia cultural a una comunidad y una lengua que prescinde del sonido y ejecuta su comunicación con señas —como la comunidad sorda. También puede provenir de una resistencia política que responde a la violencia con la que se oralizó a algunas personas sordas para poderlas integrar al sistema educativo (no está de más decir que la sordera no equivale necesariamente a mutismo).

Esto amplía las posibilidades del silencio, que se extiende al gesto y al cuerpo, en cuanto a movimiento y desplazamiento.

Y así, para definirlo, se parte de los signos significantes, no del sonido; es decir, el silencio humano sería mucho más ampliamente definido como «dejar de significar»: no dar santo ni seña.

Por otro lado, en lo que respecta a nuestro cuerpo en su animalidad —ignorando un poco la distinción aristotélica—, si este decide estar en reposo, ¿está en silencio o en un estado natural? La profundidad espiritual de los grandes maestros de Oriente está simbolizada en su silencio, en el mecanismo de la escucha activa. Esta visión cuestiona el valor de la palabra frente a la magnificencia divina y natural. Ahí el ser se coloca *dentro* del mundo, pues la palabra, como fuerza de construcción identitaria desde el ego, tiene un ideal de separación en cuanto clasifica y busca diferenciarse para personificar mediante el discurso. Este discurso crea un nudo; es decir, al anclar la emoción a una palabra, al nombrarla, la lleva al mundo material y, por lo tanto, la pone como un objeto en él. Entonces entra en otro plano donde hay que mover ese objeto, darle lugar, explicarlo, justificar su existencia en el mundo: describirlo, analizarlo, observarlo. Así pasa a ser parte de un sujeto, y, además, un objeto en un contexto cultural. En la meditación, en cambio, esa emoción pudo haber sido una serie de respiraciones, pudo haber pasado sin ser significada ni nombrada, apenas un viento que se aleja hasta no volver a ser escuchado.

Esa noción discursiva como objeto es la que aborda Pascal Quignard en *Pequeños tratados* y *El odio a la música.* Desde su perspectiva, la escritura y la lectura son actividades silenciosas porque se realizan en silencio y se ejecutan en silencio también; es decir, se realizan desde cuerpos que prescinden del habla para poder escribir y leer. Esto es lo que he referido antes como el silencio exterior, el que corresponde al corporal, y que tiene que ver con la voz mis-

ma, pero no al interior, pues al codificar en palabras se cumple con la significación. En Quignard la escritura es una rebeldía porque, al pertenecer a una familia de músicos, se separa del lenguaje musical mediante la ejecución silenciosa de las palabras.

Estas dicotomías entre Oriente y Occidente me hacen pensar que habría que deshumanizar el silencio para poder definirlo. ¿Existe fuera del lenguaje? Recuerdo una reflexión que hace Oliver Sacks en *Veo una voz* al exponer casos clínicos de personas sordas que crecieron aisladas en poblaciones donde no tuvieron acceso a una lengua. (Aclaro que la perspectiva desde la que Sacks aborda la lengua de señas en ese libro es clínica y difiere de la antropológica, que considera a la comunidad sorda como una comunidad con una lengua que debe ser reconocida como tal y con manifestaciones culturales en común.) Cuando habla de esos casos, se pregunta: ¿cómo es que se desarrolla el pensamiento de una persona que no ha conocido nunca la palabra oral o escrita? ¿Vivimos engañados al creer que el pensamiento es lenguaje?

También me parece importante partir de los aspectos culturales en los que se manifiestan las ideas de *palabra* y *silencio.* Aunque he pensado en estas nociones de oralidad en contraposición a la lengua gestovisoespacial, que es la lengua de señas, valdría decir que a esto se suma otra cuestión: ¿quién *guarda* silencio? En mi caso, desde nociones ideológicas y de género, si yo permanezco callada, el silencio pertenece a una mujer morena, oyente, de clase baja, de un lugar particular. El habla se me restringe según el interlocutor: mi abuela y mis tías me educaron para guardar silencio frente a la palabra de un hombre. Esa educación era un principio de supervivencia; la desobediencia *merecía* ser castigada. Y ese castigo, por supuesto, era la violencia física.

El habla así estaba reservada, como en las iglesias, a cierto gremio: por género, por clase y por raza; la validación de derechos humanos a partir de estas clasificaciones puede rastrearse en la historia. No está de más recordar que con el derecho al voto de la mujer vino la voz. Y mucho más atrás con la abolición de la esclavitud. Esto me deja agregar algo más: el silencio también puede ser aquella voz que, sin importar su articulación, ocurre en un espacio donde no es recibida y no cumple su ciclo comunicativo. Es la vieja paradoja del árbol que cae en medio de un bosque al que nadie oye y entonces no produce sonido. Pero en nuestra realidad, sabemos de principio que ese sonido, por convención, es la palabra. Y que el espacio donde no significa es un espacio político que actúa por jerarquías.

Es curioso pensar en cómo el ser humano clasificó las especies y creó las razas —no solo de animales— a su conveniencia. Esto luego permitió hacer de la palabra una ley que algunos están destinados a preservar, y son ellos los que están en la cúspide de la jerarquía. Los de abajo, por supuesto, tienen el silencio como un derecho político: «todo lo que diga podrá ser usado en su contra»; la enunciación de un derecho en forma de amenaza que asume el testimonio como verdad y a la verbalización como cualidad moral. La palabra permanece y en la escritura sella su existencia como palabra final en el mundo. No es dinámica, por eso la cancelación de una persona que ha dicho algo públicamente es severa. Socialmente no hay posibilidad de reivindicación ni de restitución. Somos una sociedad oral y lingüística que todo el tiempo usa la metáfora de la voz para humanizar y moralizar lo que produce capital: las empresas, las máquinas, sus productos.

La hiperproducción de pensamiento en la virtualidad, que es un espacio del lenguaje, hace que las máquinas sean

todo menos silenciosas. Son un constante ruido desde el que las compañías venden y hablan a través de un análisis de mercado que se sirve de la voz colectiva. Internet es un espacio lingüístico, tan es así que uno corre el riesgo de convertirse en un fantasma virtual que, al no manifestarse desde el lenguaje, anula su existencia: si no se ha registrado, no ha nacido; si no alimenta a las aplicaciones, no existe. Pero ya se ve la trampa, repito: «todo lo que diga podrá ser usado en su contra».

Coincido con Artaud cuando, al querer huir del pensamiento occidental cristiano, expresa que para conocer el mundo hay que salir conceptualmente de él, es decir, dejar de encarnar la palabra y el significado, piedra angular incluso de las nociones desde las que abordamos la espiritualidad, el conocimiento, el estar en el mundo o estar en silencio, pues ¿no es violento que, aun gracias a esa percepción de lo humano, el silencio signifique porque se encuentra en función de la palabra? Quizá entonces la opción para salir del mundo sea entrar de vuelta al agua (y aquí me quedo pensando en los seres acuáticos y en las veces que volví al agua por tristeza, un sentimiento que ha sido para este cuerpo ideológico la manera en que fui expulsada del lenguaje para poder entrar al mundo); dejar incluso el oficio de la escritura que, aunque silenciosa, busca significar entre todos los significados y definir tercamente lo que vive sin santo ni seña en su propio silencio.

II
Naturaleza

MÓNICA NEPOTE

Escuchar la montaña

El silencio no es la ausencia de algo, sino la presencia de todo.
El silencio es parte de nuestra existencia humana, aunque no
puede ser escuchado por la mayoría de las personas.

GORDON HEMPTON

Líquido amniótico, 20 metros bajo el mar

Nunca antes me había sumergido. Lo declaro: no soy una criatura de mar. O niego serlo. Nunca hasta ahora me había sumergido.

Este es el mar de Cortés; lo llaman el acuario del mundo. Un fenómeno de corrientes marinas y temperatura hace de estas aguas el caldero para que la vida se exprese, vida colorida y multiplicada de una forma asombrosa. Cardúmenes de peces pasan a mi lado; peces pequeños nadan junto a otros individuos solitarios de mayor tamaño; una expresión cromática que me conmueve. Algunos enormes cuerpos mamíferos pasan a unos metros más lejos, jugando. Todo es inusual para mí, puesto que no soy una criatura de mar, insisto. En medio de esta condición, con la cabeza bajo el agua,

reparo en que sumergirme supone también escuchar mi respiración y mirar animales silenciosos (o eso creo). ¿Los peces hacen ruido? ¿Hay un ruido aparte de estas burbujas, de este rumor de agua?

Ruido es una palabra muy general.

Cuando L era una bebé, lloraba. Lloraba y lloraba en sus primeras semanas de vida. Ese llanto de los recién nacidos con un efecto taladrante tiene justo en esa potente materialidad su razón de ser: perturbar. Taladra la necesidad natural de silencio, o lo que suponía que era el silencio. Una madre pierde horas de sueño y silencio. Nadie repara en el silencio. *Maternar* es tener una voz (o llanto) constante que te requiere, y una —casi— necesidad de responder al llamado. Aunque quieras permanecer en silencio, es material (y maternalmente) imposible. Una voz cultural me atosiga para que responda. Los niños no deben llorar, deben estar en silencio, silencio es calma y placidez. Llanto es lo opuesto, es desconocimiento de la madre, temor ante el dolor, el final, la incapacidad.

Cuando L era bebé, descubrí que había un curioso efecto para lograr que su llanto cediera. (Nota importante: este experimento solo fue vigente el primer trimestre de vida. Noventa días de vida humana. Una bolita de carne dependiente de mí.) Prender la aspiradora era mágico. Al instante, el llanto cesaba y la mirada extraterrestre de aquella bebé todavía a medio camino entre lo fetal y lo amorfo me espiaba desde esas ranuras. Silencio. Falso silencio. La aspiradora era la música que permitía a mi cerebro descansar, y al suyo.

Alguna vez leí, antes de embarazarme —lo entendí mejor en el consultorio del médico—, que la vida intrauterina es todo menos silencio. La placenta se escucha como una nave espacial, y en la formación de nuestro cerebro, nuestros ór-

ganos, mientras se componen nuestros dedos prensiles, estamos rodeados de ruido.

La historia de ruidos y la necesidad de silencio se hereda de madres a hijas. Madres rocosas, madres humanas, hijas heridas, hijos fantasmas, hijas montañistas, madres montañistas. Madre montaña. Pienso en esta genealogía como algo que me ha conducido.

Dejo el mar, que no es mi elemento. El mío se llama montaña.

Cerro de San Miguel, 3750 metros s. n. m.

En la cima está la ermita. Una imagen del santo custodia la modesta construcción. Llueve. Mi primer ascenso en la nueva versión de mí misma como montañista está marcado por la lluvia. Aunque en un principio fue la neblina. No sé en qué punto me di cuenta de que caminaba sola. Mis compañeros de ascenso, todos desconocidos, no están a mi alcance. Estoy caminando en medio de un bosque de pinos, en un paisaje nublado.

Como símbolo en mi historia familiar, esto significa recuerdo. Recordar e invocar la soledad más desastrosa. Me siento inquieta. Espero a alguien. Entre mis imperativos descubro el siguiente: «no caminar sola, nunca, menos entre la neblina». Como parte de un vocabulario de supervivencia que apenas se empieza a gestar, su origen es mi propia historia, o la historia familiar. Luego haré una versión propia de mi cuerpo en las montañas, así que este imperativo cambiará paulatinamente, conforme la montaña se vaya entretejiendo en mi vida de una forma material.

En la ermita, comemos cualquier cosa de lo que llevamos: sándwiches preparados entre la prisa y la desmañanada, o

suculentas carnes frías y quesos bien seleccionados con anticipación a cargo de algunos compañeros para quienes la montaña también significa rito en la ingesta de alimentos. Soy principiante, cometo errores, traje cualquier cosa, llegué a la montaña con el pelo empapado (nota número dos: «nunca bañarse el mismo día de un ascenso»). Nos cruzamos con otros montañistas, desconocidos. Aprendo pronto el código de estos intercambios:

—Buen camino.

—Buen camino.

Nunca nos volveremos a ver, solo cruzamos palabras. Deseamos algo para el otro caminante que nos ha deseado el mismo fin. Buen camino es continuar, sin dificultades. Es regresar. Es no sufrir inclemencias. No tener accidentes. Es profundizar en el amor a este gesto de caminar en soledad, o acompañadamente solitaria. Añado esas palabras a mi caminar a partir de ahora. Buen camino es el saludo que nos hacemos siempre allá arriba, en esos muchos arribas.

Guadalajara (casa materna), 1566 metros s. n .m.

Nací tardíamente, cuando nadie esperaba un recién nacido en una familia en duelo. Una muerte, dos años antes de mi nacimiento, esparció un contenido silencioso entre los vínculos. Nací con un fantasma próximo, que me ha acompañado en mis juegos solitarios, en mi pregunta contemplativa ante su foto: «Hola, fantasma. Dicen que eres mi hermano. No sé cómo puedes ser mi hermano si estás muerto, pero dicen que somos esa sangre».

Nací en una familia melómana. La música estaba al alcance y todo mundo tenía una identidad, canciones populares, canciones latinoamericanas de lucha y campo, *rock*

de los sesenta, música italiana popular, música de cámara, amados discos de ópera. Pasé muchas tardes, demasiadas, en silencio. Aunque me permitían salir a jugar a la calle —cuando la televisión no era un espacio saturado que atraía a niños a toda hora—, recuerdo muchas tardes envuelta en esa conciencia de tener una sensación a través del ir y venir pendular de un reloj que cada quince minutos marcaba el paso del tiempo. El silencio de la sala, o de mis juegos de niña solitaria, se rompía por ese ajuste cada cuarto de hora: la conciencia de que algo pasaba, de que todo se desplazaba hacia algún lugar impalpable y abstracto pero a su modo inminente en mi infantil entendimiento. La infancia transcurría entre la idea de música, silencio, reloj, presencia fantasmal.

Ese silencio, esa largura de espacio-tiempo, ese lento acontecer. Ese silencio me ha salido al paso, de alguna manera, en la Montaña. Montaña con mayúscula es una montaña especial en su imagen, su historia y su sonoridad.

Cerro del Ajusco, 3939 metros s. n. m. — La Bufa (Villa del Carbón), 3400 metros s. n. m.

La textura del silencio del dolor tiene otro tiempo. Transcurre en una velocidad infinitamente más lenta y crea a su alrededor una especie de capa, o un dispositivo de distancia. Dice mi madre que cuando lloraba a solas la muerte de mi hermano lo hacía escapándose de todo testigo. La imagino en las mañanas, en aquella casa vacía, las hijas en las escuelas, los hijos en la universidad y el marido en su trabajo.

Mañanas que eran elegidas para llorar a solas, aunque no lo fueron tanto: el duelo no pasaba desapercibido para el Ruso, el perro de la familia. Dice mi madre que el perrito

mestizo, que fue un gran compañero de mi hermano, para entonces ausente, ponía sus patitas suavemente en sus rodillas, mirándola fijamente, con tanta insistencia que lograba distraerla o hacerla salir de ese trance. Lágrimas, silencio, compañía no humana.

Los perros en la montaña son un asunto polémico. Aunque he subido con algunos, acompañantes de otros montañistas, no es algo muy adecuado en las alturas. Su presencia ahí se involucra con la fauna local y puede generar efectos desastrosos, que a la larga pueden significar el silencio definitivo de especies nativas. Sin embargo, como ocurre con los cánidos, hay perros de la montaña que acompañan por voluntad —buscando algo de comida y quizá por curiosidad— a los montañistas. En el Ajusco, unos perros locales nos esperaban en la cima de la Cruz del Marqués. En la Bufa, en el bosque de la Villa del Carbón, una perrita nos llevó por todo el camino de oyameles, pinos y eucaliptos, y esperó pacientemente nuestro ascenso y descenso cuando, al llegar al punto más alto del cerro, trepamos por las rocas en las que alguien más contribuyó empotrando escalones de madera y metal muy enclenques para ayudar a los ascensos. Cuando finalmente bajamos, unas dos horas después, ahí estaba: acostada en la sombra, nuestra amiga de sendero, negra y blanca. Recibió algo de comida, nos acompañó un tramo del regreso y después nos dejó para siempre. Quizá la historia más famosa sea la de Citla, el perro que acompañó a muchos montañistas en el Pico de Orizaba, de quien se dice que tenía un corazón enorme, y no es un decir metafórico: su corazón creció para compensar la falta de oxígeno. Un perro solitario con amigos humanos.

Iztaccíhuatl (tercer portillo), 4524 metros s. n. m.

Estar a gran altura es sentir el cuerpo en un extremo, es saberse atada al corazón, detenerse y relativizar. La idea de distancia adquiere otros matices poco comunes si lo pensamos en comparación al caminar urbano, por ejemplo. Mi caminata se enfoca: acoto distancias. Es una forma de meditar, de concentrarme para no ceder ante el cansancio o el esfuerzo. Lo que la montaña me exige en esta altura es mucho más, es algo parecido a una carrera, y todavía hay que seguir. Me imagino trayectos cortos: de aquí a esa roca (serán quizá unos cinco metros, o diez, no sé), de esa roca a esa que está más allá (quince metros, veinte). No lo logro, paro antes. El corazón repercute, me digo cosas en voz alta. A veces cedo a la tentación de hablar, a veces soltar la voz en la montaña es soltar la tensión; hablar acompaña y distrae, pero también, reconozco, escuchar un habla continua puede llegar a molestar. Me he descubierto rehuyendo de caminar cerca de los parlanchines. Si tuviera que elegir, elegiría esa caminata silenciosa.

Sin embargo, ese silencio en la montaña es relativo. Como nunca, el latido del corazón es una música presente. Como el reloj sonando cada quince minutos. Su sonido es la materialización del paso del tiempo: algo ha pasado, aunque no lo parezca. Algo es diferente en este momento viscoso de vida, donde parece que nada sucede, donde la infancia se siente paralizada en la soledad y el aburrimiento, donde se añoran hermanos, pero no esos que se tienen, que son demasiado grandes, sino otros, hermanos niños con quienes hacer borlote. Tal vez por eso caminar en silencio en la montaña me sea de lo más natural. Estar aquí es regresar a mi silencio de infancia, a esa añoranza de voces que es solo eso: una añoranza.

Estoy aquí, a más de cuatro mil metros de altura. O digo que lo estoy, caminando desde esta piedra a esa otra, con la imagen de ese fantasma, un muchacho en blanco y negro cuya voz nunca escuché y de quien puedo reconstruir un rostro serio y demasiado formal para un chico de catorce años. Nunca podré saber la textura de su voz, por más que camine esta montaña tratando de entender la dimensión de una presencia fantasmal que busco como un alfabeto desconocido. Por más que quiera una posible reconstrucción de algo que me signifique o me explique, esa voz nunca podrá ser un hecho conciso. Nunca podré escuchar ni reconocer esa voz. Aquel espacio en el que habitábamos simultáneamente el fantasma y yo: ¿esa evocación es solo un sonido? ¿Vengo a la montaña a reconstruir un sonido, una vibración, una forma infantil de vibrar? Ese ejercicio de escucha puede considerarse un acontecer: es el paso del tiempo. Segundo tras segundo: un minuto. Minuto a minuto hasta que el reloj marque el cuarto de hora con el tono parcial de la música del Big Ben: taaan, taaan, taaan, taaan, quince. Taaan, taaan, taaan, taaan, la media. Taaan, taaan, taaan, taaan, y luego campanadas una tras otra, diciendo qué hora es. Un día más.

«Paso a paso», me dijo un montañista la mañana del 4 de febrero de 2018. Paso a paso. La caminata y el ascenso se construyen paso a paso: aunque no sepamos qué estamos contando, es un paso a paso hacia algún lugar.

Xocotépetl, 3953 metros s. n. m.

Caminar con dolor. Así fue como empezó. Caminar en el ardor de llegar. Sintiendo el extremo del cuerpo o el cuerpo

al extremo. Exaltaciones, historias. Grabaciones de pasos. Ensayos sonoros. Tener la claridad de que escribir de montaña significa escuchar la montaña, hablar con la montaña. Caminar con amigas, descansar con amigas en la cima, bajar con dolor hasta ignorar el dolor. Bajar sola y acompañada, acompañada porque estamos ahí en un pacto de cercanía aunque cada cuerpo obedece a su propio ritmo. Silencio o parloteo, velocidad y camino pausado. Cada una decide el ritmo. Esta es una caminata de preparación. Unas buscamos entrenar para subir la Montaña. Otras transitan duelos. Otras acompañan. Algunos amigos van por sus razones. Yo solo puedo hablar de esta compañía y de este tejido de amigas que somos, que fuimos: las que nos dejamos doler y cansar completas para llegar a territorios desconocidos. Unas nos formábamos como montañistas, otras preparaban sus migraciones.

Encontré que esos breves diálogos conmigo misma registrados en audio empezaban a apuntar una escritura de escucha y experimentación. El cuerpo es el sensor. El cuerpo siente y escucha total y abierto.

Respiración que se agita y modifica.

Dice John Muir: «Los pinos me parecen los mejores intérpretes de los vientos».

El silencio es una especie de ruido, nunca hay silencio. Está el oído-cuerpo, expandido, que no para de escuchar. Esa música de pinos y vientos es solo una de las muchas que emite la montaña.

¿Cómo se prepara un cuerpo para la montaña? Algo debe tejerse con el sentido aguzado de la escucha. Estar arriba es prepararse para sentir el mundo.

A veces tengo lenguaje para nombrar las cosas, a veces solo las percibo y las siento como parte de un nuevo vocabulario

que me acompaña y que me regresa de nuevo a un entorno urbano feroz y ensordecedor.

He explorado la expansión del cuerpo como un espacio en el que reverbera su propia sangre y el viento, su propio latir y las formas del agua, su propia respiración y las piedras que se deslizan. La voz propia y el trinar de pájaros que llega hasta mí desde las copas de los árboles, porque la montaña es ese sistema de ecos, un cuerpo en resonancia de espacios y sucesos, de tiempos y volúmenes.

Malinche (transcripción), 4461 metros s. n. m.

[suspiro / pasos / un buen ritmo] Montaña. Montaña. Malinche. Mmm. Fin de semana de enero, no sé qué día es hoy, perdí la noción. Vengo de bajar la Malinche, por primera vez hice la cima, me siento muy cansada, me caí, pero descubrí en esa caída una magia especial. Me gustó mucho caerme, supe caer (anotación posterior: como en danza). Me siento muy orgullosa de haber cedido mi peso a la tierra y haber dejado que la montaña resolviera por mí, que me topara con una compañera y ella me detuviera. Me doy cuenta de cómo he perdido el miedo a ciertas cosas. Sobre todo en ciertos territorios (anotación posterior: ¿sería mejor decir suelos?). Me doy cuenta de cómo he aprendido a caminar en arenales, escalando piedras; cómo he aprendido a mirar los cráteres, cómo he aprendido a ver hacia otros lados y ver las otras montañas, cómo he hecho lazos con los caminantes. Cómo empiezo a perder la timidez o las barreras para hablar con otras personas. Me siento bien, me siento hermosa, siento que mi cuerpo es más fuerte, estoy agotada... [pasos / un buen ritmo].

Boca de Tiburón, 3985 metros s. n. m. — Cruz de Rosas, 4436 metros s. n. m.

La Montaña divide dos estados: Puebla y el Estado de México. La ruta de Ayoloco, hacia el glaciar extinto, está del lado de un valle que se sitúa en el Estado de México. Éramos cinco. Nos habíamos separado del resto del grupo desde la carretera, una mala broma de la aplicación de mapas: nunca hay que fiarse de un algoritmo, hay trucos y atajos que deben conocerse de origen para llegar a la montaña.

El perdernos fue un camino. Clara y pronta brotó la idea de que ese sería nuestro ascenso, caminaríamos a nuestro ritmo, leyendo la montaña e interpretándola a nuestro modo. Fue un sábado de encantamientos. Lo primero fue rebautizar la topografía. La piedra con forma de boca de tiburón tiene una larga historia hilarante, que contó M. Tomamos fotos en un paisaje neblinoso, citando el famoso *Caminante sobre el mar de nubes*, de Caspar David Friedrich. Leímos la carta de un niño a los Reyes Magos, todavía atada a su hilo y al resto del globo que los vientos llevaron hasta muy arriba. Los deseos de un balón y del bienestar de los suyos custodiados por la montaña tuvieron eco en nuestras voces. Sostuve un intercambio de miradas con un coyote en la Cruz de Rosas.

En un punto notamos un eco singular: la extensión del sonido y la nitidez de las voces de los montañistas que hacían la ruta tradicional, a kilómetros de distancia y cientos de metros más arriba que nosotros. Y, sin embargo, al contrario del mar, la montaña regresa lo que acoge. Las voces humanas, pese a la distancia, son todas suyas.

Hubo un relato rápido, hubo un acuerdo, hubo un conteo: gritamos el nombre *Jorge*, de mi hermano. La montaña nos devolvió el coro aumentado, prolongando cada una de

sus letras y sonoridades. Una invocación al fantasma. Un rito que me regresó la tenue disolución de las voces y una apenas perceptible vibración en forma de copo de nieve. ¿Era esa una respuesta? Fue mi primera nevada, llegó tardía, a tiempo, como una respuesta esperada desde aquel silencio imposible del reloj.

La montaña envuelta en su viejo manto blanco.

Un día como un regalo.

Mi Montaña viva

La montaña tiene un silencio de madre. Pienso en el líquido amniótico de ese mar envolvente, esa forma primigenia de encontrar el silencio de mi respiración que se extendió hasta ese silencio que suele ser mi casa. La montaña es una especie de madre, un cuerpo que nos acoge y nos cobija, y que a veces nos expulsa, a mí, a otros, a los montañistas.

A veces toma vidas. Hay una parte de mi vida allá arriba, una parte de mi madre también; algo de mi familia es esa montaña. El cuerpo fue rescatado, velado y llorado en presencia. Imagino casi el sonido de la excursión con los treinta muchachos de entre doce y diecinueve años que subieron aquel 4 de febrero. Dos sobrevivientes que lograron llegar al refugio, cincuenta años después del accidente, contaron cómo desde su protección escuchaban los gritos de sus compañeros, que pasaron la noche a la intemperie bajo una tormenta interminable, en condiciones climatológicas inclementes para los cuerpos humanos.

Alguna vez escribí algo queriendo hablar de esa historia; declaré que imaginaba el sonido de la caída de mi hermano. Ahora que conozco la Montaña, no puedo hacerlo.

La Montaña es un santuario. Subo lo más silenciosa, bajo lo más solitaria. En su última parte puedo decir que nos despedimos. Llega un viento que mueve pastizales y rosas de montaña, me despido de ella y de mi hermano. Con palabras, sin palabras, con lenguaje, con el tacto. «Nos volveremos a ver, quisiera no irme, gracias.» Cómo decir este amor profundo, Montaña, ¿es suficiente mi lenguaje humano para dejar constancia de esta forma alargada, prolongada de amor? Lo digo solo con mi respiración, con mis latidos y mis pasos. No tengo otra manera de emitir palabras, mi palabra es mi cuerpo caminante.

LEONARDO DA JANDRA

La restauración de la utopía*

2 de junio de 1999

Hay en las primeras lluvias del trópico una ejemplificación desbordante de los ritos mistéricos diez veces milenarios de Eleusis. En ningún lugar ha querido la naturaleza tanto su fecundidad y sacralidad como en estos ecosistemas de selva mixta caducifolia que aún sobreviven a la idiotez tecnológica. Tan solo una semana después de la caída de la primera lluvia, los brotes reverdecen el entorno en medio de un

* Entre los años 1979 y 2006, la pintora Agar García y el filósofo y escritor Leonardo da Jandra se establecieron en una colina de la playa de Cacaluta, en Oaxaca. Construyeron una casa con sus propias manos, prescindieron de los servicios de la sociedad moderna y complementaron sus labores artísticas con la caza y la pesca. Fueron desalojados por el gobierno mexicano por defender el Parque Nacional Huatulco de la privatización, mismo que ellos fundaron en 1998. Las memorias que aquí se presentan corresponden a *La restauración de la utopía*, una recopilación de los diarios que Da Jandra escribió durante ese periodo y los años posteriores a la expulsión. Los fragmentos seleccionados fueron escritos en Cacaluta, excepto en donde se especifique otro lugar.

silencio prodigioso que solo se rompe con el goce cantarino de los pájaros: es la exigencia inquebrantable del crecimiento portentoso de la vida hacia su máxima expresión.

12 de agosto de 1999

La visión de un venado con su nueva cornamenta me hizo recordar el ciclo de muerte-renacimiento que rige para la vida no domesticada. Los huatulqueños creen que es el propio dueño de los animales salvajes, divinidad oscura y justiciera, el que recoge las cornamentas cuando, al inicio de la temporada de lluvias, los venados se desprenden de ellas. Lo sorprendente del asunto es que, en los veinte años que llevo recorriendo la selva, jamás haya podido dar con alguna cornamenta desprendida. La razón, no obstante, parece obvia: el pelo se transforma en hueso, y el hueso en polvo pútrido.

El cambio de cornamenta es, sin duda, otra versión del mito de Deméter: en este está contenido todo el misterio del culto vegetal; en aquel puede verse la ritualidad de una cultura guerreante. Si partimos de que la inteligencia es el arma más efectiva de la humanidad, me atrevería a pensar que el cambio anual de la visión del mundo nos pondría ante las cosas con una sana actitud de pasmo.

En el fondo, la creación, toda forma de creación, no es otra cosa que un cambio de cornamenta. Desechar y perfeccionar —morir y renacer cíclicamente, en cada sinfonía, cada libro, cada cuadro— son las dos fases del proceso creativo. El creador que no se desprende de sus armas después de cada hallazgo quedará de inmediato fuera del ritual creativo; a la distancia verá la disputa de los más capaces y solo podrá acceder, si acaso, al goce fugaz de alguna medianía.

22 de septiembre de 1999

Los sueños de vuelo se han distanciado en la medida en que he dejado de ensoñar a media mañana para dedicarme de lleno a la literatura.

La bajeza moral y el trasiego de poder me inflaman a menudo de rebeldía, aunque en el fondo esté convencido de que tanto en los sueños como en la vida cotidiana la única salida es el desapego.

Siempre he admirado por su fluidez y capacidad de renuncia a los estoicos y los místicos. Por supuesto que no me imagino a Séneca o a san Juan de la Cruz encima de las rocas jalando un pargo o espiando en la cima de un pochote la llegada de un venado. Lo que me une a ellos no es el acecho exterior, sino la convicción plena en la vivencia interior, la búsqueda de la máxima potenciación del ser, el anhelo más sublime al que podemos aspirar.

Es claro que no soy un soñador, aunque me atraiga el andar merodeando por otros mundos. Por naturaleza y convicción soy un acechador: algo de pico y garra más próximo al águila que al búho.

9 de noviembre de 1999

Aquí, en este rincón pletórico de vida, aprendí que el paraíso y el infierno son las dos caras de un mismo todo. Y aunque estoy seguro de que vivo la mejor de las vidas para mí posibles, cada vez me afirmo más en la convicción de que el aspecto paradisiaco del todo que habito es más vegetal y animal que humano.

Humanizar es culturizar, y una naturaleza cultivada pierde su libertad primigenia para convertirse en huerto o jardín. Hay sin duda en la inculta exuberancia de las selvas algo de mitología germinal, una plenitud sin dirección ni valor de uso donde la vida y la muerte se suceden en un equilibrio casi ritual. Solo con la intervención humana, la naturaleza pierde su armoniosidad. Cuando el espacio paradisiaco se historiza, lo infernal comienza a ser determinante. El ser humano fija fines y calcula beneficios, rompe el equilibrio imperante, y la vida animal y vegetal es condenada a muerte.

Tras años de contemplar la agresión calculada de la humanidad sobre la naturaleza, tengo la certidumbre de que la verdadera experiencia paradisiaca es la interior, y que esta solo se alcanza trascendiendo la infernalidad en que gusta solazarse el cuerpo. El que ve una vez el lado paradisiaco de la vida jamás lo olvida, y el recuerdo permanece hasta el instante mismo de la muerte. Pero el que descubre el paraíso después de haberse perdido en los rincones más tentadores del infierno sabe que la luz que lo ilumina es tan sublime que todo lo demás ni siquiera quedará en el recuerdo.

21 de diciembre de 1999

Segunda lectura, más intensa y liberadora que la primera, de la autobiografía espiritual de santa Teresa.

Hay en el misticismo radical de esta mujer tan singular las mismas coordenadas iniciáticas de todos los grandes visionarios. Aunque es profunda la impronta del iluminismo sufí, la fe a ultranza y la servidumbre total al Dios humanizado alejan por igual al arrobamiento místico del ensoñar tolteca y del vuelo astral tibetano.

A pesar de las múltiples coincidencias entre el estado de quietud mística y el silencio interno de los chamanes toltecas, existe una gran diferencia en torno a la energía unitaria: para santa Teresa, Dios jamás abandona a sus siervos; para los toltecas, el águila primordial es ajena a todo sentimiento humano.

Se entiende que para la mente occidentalizada sea mucho más seguro aferrarse a la tabla de salvación que supone una deidad que triunfa siempre sobre las tentaciones demoniacas de sus siervos.

19 de julio de 2000

Quizá por haberlo tenido todo en mi juventud ahora casi no necesito nada. Sin luz eléctrica, sin gas, sin teléfono, sin renta alguna que pagar, la dependencia con el exterior es como el emerger de una ballena que solo busca la fugacidad del aire para volverse a abismar. Cada vez más siento que mi aire es de otro tiempo; lo que percibo en las esporádicas salidas suele ser pura artificiosidad, un enrarecimiento deseante que iguala a las personas con la ruin domesticidad del perro.

Raga: «Sí, puede ser cierto que el universo esté lleno de depredadores, pero es fuera del redil donde ubica sus sueños el rebaño».

9 de agosto de 2000

En medio de una tormenta tropical, el prodigio migratorio de miles de libélulas... Durante todo el día, sin importarles la llovizna pertinaz, han estado pasando hacia el sur con su vuelo esquizoide y racheado. Verlas así, en acrobática y

juguetona travesía, parece desmentir su terrible capacidad depredadora. Pero en realidad es un monstruito aerófilo capaz de realizar, a casi cien kilómetros por hora, su ciclo ritual de vida y muerte, desde acoplarse y desovar hasta luchar, matar y morir.

12 de septiembre de 2000

A Raga nunca le gustó oírme decir que la vida es un quemar cuestionamientos. Pero cuanto más vivo, más me desgasto; y cuanto más pienso, más ardo y me consumo en mi propia nada.

El espíritu me lo advirtió luminosamente: «Si sigues así, morirás antes de llegar a la meta». ¿Y cuál es mi meta? No lo sé, y creo que nunca encontraré el límite a mi necesidad de conocer... Y el espíritu volvió a hablar: «Al menos una hora diaria, busca un lugar de luz e invócanos, y deja tu mente en blanco, sin desear ni negar nada, sin pensar nada ni valorar nada».

Y ahora, en esa hora en blanco diaria, recupero mi armonía con el todo, dejando de ser.

23 de enero de 2001

En la radio, al fondo de una cascada de óxidos, oigo que un grupo de físicos logró detener un haz de luz artificial, y lo que descubrieron al asomarse al interior podría desencadenar turbulencias en el mundo virtual.

Hasta ahora, obsesionados con Einstein, los traficantes de energías no se habían dado cuenta de que en la pura luz

se funden los relativismos del espacio y el tiempo, pues la esencia del Espíritu está allí desde siempre y para siempre.

Lo que estos sabios artificiales no pueden aceptar es que dicha luminosidad universal se conociera ya hace miles de años en el Tíbet, México y Egipto. La única y gran diferencia es que ahora, y por una módica suma, cualquier imbécil querrá navegar en la luz.

25 de enero de 2001

Es un privilegio que le debo al destino poder perderme por la noche en un universo palpitante de luz y vida sin límite. Jamás en ninguna experiencia de cacería había tenido este vislumbre de miles de estrellas complementándose en un festín del Supremo Espíritu.

Cuanto más leo, más consciente soy de que la lectura es también un acto sublimador. El universo no es más que vida que se sublima y energía que absorbe energía para alcanzar la perfección.

La contraparte de la visión aterradora del chamanismo es seguir creyendo y creando nuestros pequeños mundos de amor y de verdad, sabiendo desde el principio que la grandeza está siempre adelante, nunca atrás. De ahí la inutilidad del culto al héroe y la estupidez de venerar a diosecillos de herejías efímeras.

Los idiomas terminarán inevitablemente fundiéndose en un solo idioma, las religiones en una sola religión y las literaturas en una sola literatura; únicamente lo que se niega a evolucionar se convierte en burdo remedo de sí mismo.

Así como las grandes obras literarias reciben el consuelo de la clasicidad, a los grandes idiomas no les queda más

opción que potenciarse en el nuevo lenguaje, y desde allí seguir ejerciendo su influjo fundacional, como sucedió con el griego clásico en filosofía y etimología y con el latín en la nomenclatura imperial del derecho y de la ciencia.

¿Y de qué vivir si no es de pura vida?

9 de mayo de 2001

Anoche tuvimos la primera lluvia de la temporada y, como milagro, los primeros retoños asoman en medio de todos los ocres posibles.

Es el gran misterio del renacer, y para celebrarlo el mar se convierte en gema aturquesada.

Nada es tan difícil de describir como estos momentos del tránsito, plenos de fascinación y dicha: la muerte pierde su carga oscura y las entrañas de la tierra entonan su canto sagrado a la vida. Dudo que exista otro tipo de selva donde el rito de paso entre la muerte y la vida adquiera tanta intensidad.

Hoy pesqué un agujón de poco más de un metro de largo, y adentro tenía otro agujón de la mitad de su tamaño. El canibalismo y la voracidad son las formas tropicales con las que lo terrible separa al reino animal del vegetal.

10 de junio de 2001

Los dos principios sagrados del vivir utópico: jamás emprender la búsqueda en soledad y aplicar en cada instante el rito del desprendimiento. En esencia, el deseo utópico no es más que buscar la máxima libertad del espíritu. Y ello solo se puede lograr cuando el latir del cuerpo y el de la naturaleza son el mismo.

15 de junio de 2001

Ayer cumplí cincuenta años. La mitad de mi vida en España y la otra en México.

Definitivamente uno no es de donde nace, sino de donde escoge vivir. Por eso, aunque nací en Chiapas y crecí en Galicia, mi corazón y mi mente están en Oaxaca, esta tierra maravillosa saqueada por políticos sin alma y liderazgos que solo buscan el encumbramiento egocéntrico.

Si tuviera que sintetizar en qué consiste *La restauración de la utopía,* tendría que recurrir a otra metáfora aún más hispana: la grandeza de lo mínimo; la renuncia a lo inmoral y superfluo como forma de vida y como planteamiento metódico. De ahí la fascinación por el silencio interiorizador del indígena oaxaqueño, y la fascinación por la amistad que tiende la mano para compartir la pobreza.

17 de julio de 2001

Anoche tres sueños sucesivos de peleas. La lección es clara: mientras no esté en paz conmigo mismo, no podré estar en paz con el mundo.

Más visitas inesperadas. Entre ellas una pareja —él, uruguayo; ella, neoyorquina— de jóvenes directores de cine que llegó a la casa tras perderse en la selva. Son amigos del también director Alfonso Cuarón, quien les habló de esta playa solitaria donde filmó *Y tu mamá también.* Es curioso comprobar los diferentes estados de ánimo por los que pasan estas almas tan exigentes de autenticidad y de plenitud virginal.

Todos sin excepción deseamos lo virginal, y todos sin excepción les negamos a los demás la posibilidad de disfrutarlo. En el fondo, lo que quieren estos estetas del mundo profano es lo mismo que quieren los ecologistas y los turistas de toda clase: encontrar un paraíso anterior a la caída. Pero olvidan lo esencial: que un paraíso no se encuentra, se hace.

28 de agosto de 2001

Las visitas precisas que hago a estos diarios me permiten comprender la cantidad de «ruido» en que crecen inevitablemente mis libros. Y me refiero aquí a aquel «andar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones» que santa Teresa desechaba en su segundo estadio de oración.

¿Pero cómo escribir sin el murmullo incesante de la Historia, sin ese entrechocar de ideas que convierte a la diversidad en franca beligerancia?

Es claro que el ruido es inseparable de la escritura, como lo es que ni uno ni la otra podrán jamás ser vehículos hacia lo sublime.

Lo más que puede la escritura, la buena escritura, es transformar el ruido en armonías; pero será en vano querer acceder a la sabiduría a través del mejor concierto de palabras.

Los libros, ciertamente, llegan a transmitir sabiduría: el conocimiento alcanzado en el tránsito de la escritura; sin embargo, este conocimiento nace y crece en el silencio y no en el ruido, en los momentos sublimes en que el escritor sigue a la luz interior y no a las exigencias de la pluma.

Pocas veces se ha logrado definir esencialmente este desapego radical o arrebato luminoso como lo hizo la mística de Ávila en su tercer estadio de oración: «Es un glorioso

desatino, una celestial locura, adonde se desprende la verdadera sabiduría». Es, en suma, el fin inevitable de todos los métodos.

4 de octubre de 2001

El tiempo literario: la supresión gozosa del yo en la lectura y la hipertrofia agónica del yo en la escritura.

Solo los resentidos y los débiles hacen lecturas desde la soberbia. Esa es tal vez la razón de que haya tan poca crítica de altura.

Escribir es siempre un acto de rebeldía, por eso es tan difícil encontrar un escritor humilde. Cuando la soberbia del creador es sometida a una humildad metódica, la obra resiente la impostura y lo mediocre desplaza a lo novedoso. Todas las vanguardias han sido soberbias en su origen; después, cuando pasa la novedad, se tornan de una mediocridad insufrible.

En rigor, toda creación es un igualamiento íntimo con lo divino. De ahí que el escritor que cultiva con pasión su egocentrismo sea un hereje luciferino, aunque disfrace su soberbia de arrebato lúdico.

En nuestras letras, seguramente tendremos que esperar varios siglos para volver a encontrar la soberbia magistral y autocomplaciente de luciferinos como Unamuno, Ortega, Borges, Paz y Fuentes...

Por mi propia experiencia desgarrada, puedo afirmar que la mejor —por no decir la única— manera de enfrentar la soberbia es el silencio. Pero para el escritor el silencio creativo es la muerte.

13 de diciembre de 2001

La luz fascina; la sombra estremece. Pero cuando la luz es difusa e impura, la sombra carece por completo de misterio. En esta degradación ha encontrado la palabra su acabamiento y, ante la multiplicación de falsedades, el espíritu aún no derrotado por el éxito profano busca la verdad en el silencio.

Quisiera dejar de escribir y callar; sin embargo, me sé condenado sin remedio a combatir todas las perversiones que me llegan de la penumbra exterior.

Si fuese de raíz política, el malestar tendría la cura asegurada en el escepticismo lúdico que me permitió la superación de la distopía marxiana; pero al ser de raíz moral pone en estado de arrebato al guerrero solar que da sustento a mi anhelo de justicia y verdad, y entonces asumir la opción del silencio sería una claudicación injuriosa.

En la necesidad enfermiza de escribir y hablar llega a encontrar el hombre de letras su ruina. El cinismo y la necedad arrastran el talento a la imprudencia productivista; y de esta entrega a la palabra a toda hora y sin medida han nacido —como insuperablemente lo subrayó Sainte-Beuve al comentar la prudencia y la contención ejemplares de La Bruyère— los defectos literarios de todos los tiempos.

El consuelo en medio de la grisura: sin la voz del hombre sabio ni la escritura del genio, la palabra quedaría relegada a la rumia profana de los mercaderes y de la plebe.

19 de marzo de 2002

Jung y Eliade: los límites esotéricos del pensamiento occidental. La fascinación de ambos por los arquetipos es de

idéntica raíz que la de Platón por los universales y la de las culturas tibetana y tolteca por los moldes originarios.

Toda forma de vida tiene un origen, y en el origen de todos los orígenes está la pura luz de los iluminados. Solo el que ha merecido la ventura de tener ese vislumbre, aunque sea una vez en la vida, sabe que la primera y última verdad de lo existente está en la divinidad.

Gracias a esos profetas cósmicos, los apasionados de los ritos y los mitos no tenemos que convencer a los imbéciles arrogantes de que el mito de la muerte y la resurrección del cuerpo divino en las distintas tradiciones es mucho más importante que los últimos descubrimientos científicos sobre la edad del universo.

3 de abril de 2002

Hoy más que nunca escribir es resistir. Pero ya no al cerco y al acoso del autoritarismo y la intolerancia, sino a la engañosa seducción de los medios. El escritor que se deje atrapar por la promesa fascinante de los miles de lectores posibles de una revista o un periódico corre el riesgo de condenar su obra a una efimeridad estéril. La prueba más fehaciente de que la verdadera escritura es un acto sagrado reside en la ritualidad con que supera todas las tentaciones.

Pero negarse radicalmente a la exigencia profana del poder y de los medios puede encadenar al escritor al más doloroso silencio. Pocos, muy pocos, pueden soportar tanta renuncia en medio de una realidad caracterizada por el falso deslumbre y el desperdicio.

Sin embargo, lo que distingue al hombre sabio del mediocre es el dominio cabal del silencio. Solo los que alcanzan

la iluminación más allá de la palabra logran superar definitivamente la esclavitud del ruido.

8 de julio de 2002

El ser y el devenir: la permanencia en el cambio. No hay ser que no conlleve en sí su acabamiento. No hay personaje que no remita a su autor.

En el fondo del escenario efímero todos los seres terminan siendo un solo ser; y en ese ser queda resumido todo el deseo creativo: emular al artista supremo del universo. Por eso los más grandes creadores prefieren el silencio al tumulto, el aislamiento a la profanación masiva: la más firme convicción frente al escepticismo más irónico.

Ante su obra el creador es obligado a trascenderse. Ya no se trata de ese cuerpo corroído por el vicio o el abandono, sino de un desborde luminoso que inmortaliza por instantes lo que toca.

23 de septiembre de 2002

Pobre alma fantasiosa aquella que cree que solo se alcanza la inmortalidad estando en boca de todos. Entre la inmortalidad del espíritu y la inmortalidad del nombre hay un abismo de silencio que se traga todas las soberbias.

Fuera de la luz silenciosa todo es ruido y falsedad. En ese afuera se deleita con sus engaños la razón, y las apariencias terminan convirtiéndose en verdades que pretenden eternizarse.

Y hay también una falsa renuncia que es desesperación, y un falso deseo protagónico que es total carencia de amor.

25 de abril de 2003

Ninguna lección de humildad es tan eficaz para doblegar la soberbia como la contemplación del infinito cielo estrellado: ¡la respiración cósmica!

Ante tal perfección y armonía logro entender de una manera trascendental que el concepto de entropía es apenas aplicable a los límites imprecisos de nuestra percepción. Todo lo que el intelecto humano puede abarcar se reduce sentenciosamente a los dominios aparienciales de lo particular. Definitivamente el ateísmo y el escepticismo son engendros filosóficos de mentes que han vivido de espaldas a las estrellas.

25 de noviembre de 2004

De regreso al silencio espiritual y creativo. Pero en literatura, como en todo acto creador, hay dos silencios: el de la imposibilidad y el de la consumación. Aunque a veces, en momentos excepcionales, se pase de la plena consumación a la imposibilidad definitiva. Pienso en Hölderlin y en Rimbaud, arrasados por una genialidad inmadura; o en Nietzsche, Walser y Rulfo, sumidos en el enfermizo silencio de una senilidad azotada.

La fascinación del escritor por el silencio es inseparable de la degradación de la palabra. Cuanto más falsa e inútil se vuelve la palabra, tanto más se deja cautivar por el silencio el talento atormentado. Esto le sucedió a Wittgenstein y a Beckett: extremos de una racionalidad obsesiva que se negaron a buscar la plenitud del individuo más allá de la palabra.

Pero hay casos extraordinarios en que la abismación de la palabra no es motivo de lamento, sino de celebración: el principio de la revelación que trasciende todo balbuceo sintético, la superación definitiva del mono arrogante que se considera creador de todo lo que señala y nombra. A esta estirpe de grandes trascendedores pertenecen los verdaderos sabios y los verdaderos místicos: dos expresiones sublimes y en franca extinción por causa del dominio soberbio de la razón y la perversa prostitución de la palabra.

Las verdaderas profundidades de la creación no las alcanzan aquellos que solo piensan en sí mismos, sino los que se autodesprecian.

21 de enero de 2005

En la orilla los pelícanos se clavan sobre las manchas de sardinas. Ni un solo agujón, jurel o barrilete, ningún diente que atente contra esa agrupación festiva. Debe tenerse presente que estamos en el mes de mayor pesca del año; un mes en que pescaba en las rocas todos los roncadores, pargos, salemas y jureles que quería... Y ahora no hay nada. Arrojo el anzuelo con una suculenta sardina y no hay bocas que la persigan. ¿De verdad se lo habrán acabado todo? Cuando al fin decidan prohibir las redes ya no habrá más opción que el pescado artificial.

Qué lejos estamos de aquella frase de Melville en *Moby Dick:* «La ballena es inmortal en su especie, aunque perecedera en su individualidad». Ahora todas las especies son definitivamente perecederas.

Cada vez estoy más convencido de que los que se aferran a las desgracias y se regodean en la negación y el sufrimiento jamás podrán descubrir que la verdadera dicha está en el

desapego total. Solo los esclavos del poder y los ignorantes se dejan doblegar por la incertidumbre.

25 de julio de 2007, Oaxaca

Por fin de regreso al refugio. Cada vez me cansa más viajar, aunque tengo que reconocer que, entre tanta descomposición, se pueden encontrar bienes perdurables. Y como rúbrica al hartazgo aeroportuario reproduzco las palabras cargadas de ironía que el patriarca de la filosofía norteamericana dirigió al pueblo que estaba destinado a ser el más turistero: «Viajar es el paraíso de los necios. [...] El furor de viajar es síntoma de una profunda insatisfacción que afecta a todo el conjunto de la actividad intelectual». Por supuesto que Emerson hablaba de los viajes externos, no internos; pues, a diferencia de los norteamericanos de hoy, sabía muy bien que el que se entrega a las curiosidades externas es el peor enemigo de sí mismo.

Viajar, sin duda, puede ser una gran aventura cognoscitiva, pero solo a condición de que la mente sea el piloto, y el cuerpo, un obediente pasajero.

29 de enero de 2008, Oaxaca

El filosofar fatalista de Kafka en sus *Diarios:* «todo lo que es posible ocurre en efecto; únicamente es posible lo que ocurre».

Si todo lo que es posible ocurriera, ni siquiera existiría esta ocurrencia de Kafka, pues sus *Diarios* hubieran sido pasto de las llamas. Pero cuando se aproxima un holocausto lo posible es mucho más terrorífico que lo real. Entre

lo posible y lo actual media el silencio; y en un tiempo tan ruidoso como el nuestro el silencio no es más que un deseo cada vez menos posible.

Los que temen la posibilidad del silencio encuentran en la actualidad del bullicio su ruina.

Para ponerme a escribir necesito que mi mente, como un mecanismo de precisión, alcance su punto óptimo. Por eso es que no puedo escribir en cualquier lugar ni en cualquier momento. Ojalá que mis lectores, en consonancia, hagan lo propio para apreciar a cabalidad mi esfuerzo.

5 de febrero de 2008, Oaxaca

Algunas tradiciones esotéricas, como la cábala, sugieren que Dios creó lo existente para vencer la soledad primordial que lo embargaba. Yo prefiero creer que Dios creó lo existente para experienciar la supremacía de su bondad. Por eso lo que cada verdadero creador hace desde su más íntima soledad no es más que un refrendamiento de la creación original.

22 de diciembre de 2008

Alan Watts, el profeta contracultural: «El secreto de la vida está en saber reír y en saber respirar». Es claro que mientras reímos o respiramos a plena conciencia no pronunciamos palabras. La degradación de la palabra, su uso profano, mercantil y publicitario, ha convertido el lenguaje en una terrible cárcel.

La falsedad del lenguaje envilece la vida, y ante la vileza de políticos y opinólogos el ciudadano común se refugia en el silencio.

La risa es un don genuinamente humano. Pero no la risa basada en el escarnio y la inferiorización de los demás, sino la risa que emana de las sanas sutilezas del comportamiento humano. A esta singular manifestación del alma humana le dedicó un pequeño libro el filósofo francés Henri Bergson, precursor del intuicionismo y de la evolución creadora.

Una sociedad que no sabe reír está condenada a una solemnidad patológica.

1 de junio de 2012, San Gabriel

Los cambios que he venido experimentando están más allá de las palabras; por fin la obra está siendo desplazada por la vida. Atravieso una etapa de pura idealidad. Todo es bello a mi alrededor, como si existiese una conspiración para alegrarme la vida. Sin embargo, no logro escribir una sola línea. Siempre sospeché que mi autocrítica feroz me llevaría finalmente al silencio, por eso en mi juventud escribí como un loco. A partir de ahora tendré que arrancarle al silencio página tras página con el sudor y la sangre que han condimentado toda mi experiencia.

17 de agosto de 2012, San Gabriel

Atrás de la casa hay unas montañas sublimes. Un día a la semana nos internamos en ellas y dejamos que su grandeza nos obnubile. Toda la negatividad cotidiana se disipa en un instante de contemplación de bosques y cañadas en estado primordial. Es un sentimiento incondicional que algunos científicos arrogantes degradan a una condición de sinsentido azaroso y ciego.

Si los políticos y los empresarios pudieran caminar al menos una vez al mes en una montaña tan silenciosa e incontaminada como esta que nos acoge, dejarían de seguir perpetuando la inmoralidad que aureola de odio los dos oficios más encumbrados. El ego que no percibe más grandeza que la propia termina rindiendo culto a la bestia autogratificante que llevamos en potencia como una enfermedad incurable.

En la costa todo sucedía de manera violenta y repentina; aquí hasta la lluvia cae dejándose resbalar.

MARIANA ORANTES

El canto de los animales

El silencio es la réplica insoportable.

G. K. CHESTERTON *a* HILAIRE BELLOC

El silencio, como lo imaginamos, es un detenerse del sonido. La música suena con sus trompetas, sus tambores, su guitarra en un largo vaivén rítmico que se va destejiendo hasta que de la madeja inicial solo queda un hilo y, de repente, silencio. Silencio. Silencio cronometrado para regresar a la flauta, al golpe del piano, a la voz.

El silencio es esencial en la música, la narrativa y cualquier otro lenguaje: está hecho de tiempo, y, por lo tanto, movimiento. No es estático: parte del flujo que lleva la vida. Incluso hay marcas que indican en qué momento es necesario introducir el silencio para que la música pueda ocurrir. No lo escuchas de verdad, porque ya decir que se escucha el silencio parece una contradicción. Pero ahí está, llevando el ritmo y la cadencia. Ahí está, llevando la batuta sin ser realmente percibido.

En el origen del cosmos las culturas han visto una dualidad ordenada que compone su esencia: la noche antecede al día, la luz se aprecia en la oscuridad; para que la vida pueda continuar, la muerte debe ocurrir, y el sonido se percibe en tanto existe el silencio. Vivimos en una realidad que se constituye de mitades y que solo se entiende cuando se comprende el principio de los opuestos: ¿cómo podríamos anhelar el regreso de la primavera si no entendemos la necesidad del otoño? En este mundo dual también existe armonía entre sonidos: no percibimos de igual manera el mugir grave de la vaca en las tardes calurosas, cuando el hato de reses desciende por el valle, que el de los grillos que acompañan el camino de la madrugada.

Con esto en mente podemos decir que, en el principio, el dios-animal de los antepasados no era verbo porque no se comunicaba con palabras. En el principio, el dios-animal de nuestros antepasados era una canción oscura que ya no podemos entender, una canción hecha de pequeñas piezas de sonidos, ensambladas una tras otra con armonía. Y cuando la canción parecía detenerse, en realidad se hacía más intensa. Como un murmullo, se parecía a cientos de monjes rezando en voz baja por la salvación del universo. Ese dios-animal era también dual: cercano, parte de lo mundano, y a la vez sagrado y lejano, distinto de nosotras, pero tan parecido que participaba de sus ritos y mitos. Esa intensa canción que compartimos antaño humanos y animales nunca se ha detenido, sigue sonando por lo bajo: el silencio que parece haber caído sobre los animales es el olvido del significado de aquella canción.

El silencio es parte de una música ancestral en donde el ser está sumergido. Nos dejamos arrastrar por ese caudal de aguas torrenciales sin siquiera percibirlo. Pero, entonces, ¿a qué nos referimos con romper el silencio? Nuestra limitada

percepción nos hace entender el sonido (y, por tanto, el silencio) en cuanto a parámetros humanos.

La compañía muda de los animales, su presencia quieta, participa del caudal que no podemos entender dentro de nuestro vacío existencial: vamos por las calles con el corazón roto, preguntándonos qué fue lo que sucedió después de alcanzar la incompleta idea del amor, mientras las palomas giran en círculos rumbo al palomar, el muerto yace en una fosa común, de la que nacerá un árbol y cantarán los gusanos, y el perseguido —por cualquier régimen, porque no importa la época, el lugar, la filiación— seguirá corriendo entre los pastizales, los caminos de concreto, en los de agua o arena, dejando su huella entre el estridular de grillos que primero se aquietan, mas luego regresan impasibles a la labor.

Y en cada escena están los animales, presencia que no se inquieta, sino que permanece y contempla. Están al fondo, y su vida parece suceder en otro plano, como si colocaras varias imágenes transparentes para formar un cuadro. La primera sería el plano primigenio en el que están plantas y animales; las siguientes serían las que corresponden al espectro humano, tan superficial y simbólico, tan complejo y básico en cada una de sus aristas.

Mientras escribo, el gato me mira: tiene los ojos fijos en mis manos, luego se acerca, me huele y se va. Delante de la ventana observa con gran atención la sombra que proyectan los pájaros del exterior. Él no sabe que las sombras movedizas son de pájaros que están lejos, en el techo del departamento vecino; maúlla y trata de alcanzar las proyecciones como si estuvieran ahí. En un principio me parece gracioso, después me intriga su manera de observar las sombras: su mirada es diferente a la mía, un abismo nos separa.

En su manera de cazar las sombras, el gato vuelca su existencia, y yo, de manera estúpida, creo que soy mejor solo porque tengo una velada conciencia de que las sombras son proyectadas por otros animales. ¿Qué sombra es aquella que busco con terquedad en libros, palabras, personas? ¿Qué sombra me atormenta por la noche? ¿Qué proyección del pasado o del futuro que no puedo alcanzar me hace desperdiciar mi propia existencia en algo más vacío? Mi querido gato: en su silencio, mientras me observa, tiene más certezas.

En su cuaderno de notas, Leonardo da Vinci habla de cómo se debe representar en pintura aquello que es difícil observar; por ejemplo: el aire, la mecánica del agua, el paso del tiempo o algo tan abstracto como la anunciación de un ángel. El principio es sencillo: se pinta no la cosa, sino los efectos que causa. Por ejemplo, cuando el aire se convierte en brisa o en viento, mueve de lado a lado las copas de los árboles, la ropa, y despeina el cabello de las personas; el paso del tiempo se representa por el cabello cano, las flores que poco a poco se van secando o el palacio que queda derruido y cubierto de maleza. Con esto en mente, volvemos al planteamiento: ¿cómo se pinta el silencio? Se pinta no el silencio, sino los efectos que causa, según lo planteado por Da Vinci. Aquí entra la verdadera pregunta: ¿cuáles son los efectos del silencio? O mejor aún: ¿cómo sabemos, visualmente, que algo está en silencio?

Tomemos como primera referencia el icono copto de santa Ana del silencio. La imagen tiene los ojos grandes, muy abiertos; podríamos decir que está en una especie de vigilia o contemplación. La boca permanece cerrada, sin mucho detalle ni énfasis en su tamaño o forma; el dedo de

la santa, en posición vertical, sella los labios, que están en horizontal —símbolo inconfundible aún de cerrar la boca y permanecer en silencio. Cuando la boca permanece en ese silencio, los demás sentidos se aguzan: ponemos atención a los detalles, escuchamos los sonidos que se despliegan en la lejanía.

Pero el símbolo que todavía usamos para referirnos al silencio tiene que ver con nuestra comprensión. Antes pregunté: ¿cómo se rompe el silencio? El silencio se rompe cuando decimos una palabra. No se rompe con sonidos. No se rompe con el ladrido del perro a la distancia, el frotar interminable de grillos y cigarras o el canto de los pájaros al amanecer; al contrario, parece que esos son atributos o representaciones del silencio. Es cuando alguien habla que el silencio se rompe.

Además del dedo índice sobre los labios, la representación del silencio en la pintura por lo general tiene que ver con lo humano: una mano cubriendo la boca, los labios cerrados, instrumentos de cuerda sin cuerdas o paisajes humanos deshabitados. Tenemos, en este último, los cuadros de Edward Hopper en los que impera un silencio casi estático; representando el cuerpo que no emite ni recibe sonidos, está *Silencio*, de Füssli; y sobre el cuerpo abstraído del mundanal ruido, existe una inmensa cantidad de pinturas sobre santos rezando, o el filósofo meditativo de Rembrandt. Sobre esta representación humana del silencio, un ejemplo que me gusta en particular es el cuadro de Vermeer de la mujer vestida de azul leyendo una carta. Sin embargo, no es esto lo que me atañe ni he querido traer a mis lectoras por este rumbo: sobre el tema del silencio en el arte se ha escrito variado y mejor, para muestra está el ensayo «La estética del

silencio», de Susan Sontag. Más bien, el punto al que quiero llegar es el siguiente: otra manera de pintar o representar el silencio es por medio de animales en quietud. Tan simple. Porque si el reino del ser humano es el reino de la palabra —el pensamiento simbólico, la música disciplinada—, el reino de los animales es el reino del silencio, y, contrario a lo que pensamos, no es un reino de fácil acceso.

Se dice que el instrumento que Hermes inventó con una concha de tortuga (porque la música, así como otras artes, llegaron al humano gracias a los animales), y que cedió a Apolo, tenía siete cuerdas, pero fue Orfeo quien le agregó dos más para honrar a las nueve musas y constituir una nueva forma de música. Hijo de Apolo y Calíope, Orfeo se pasea entre los valles del sureste de Europa, y su atributo más reconocible es el canto con el que serena a humanos y animales por igual. La iconografía lo muestra pastoreando entre paisajes bucólicos. Todo lo que hay alrededor de su figura, sin embargo, es parte de una vida que se vive dentro de preceptos más altos: una vida que puede satisfacer los sentidos porque ella misma está en otro plano.

¿A qué me refiero? El saber trascendental es de una hermosa sencillez: la música de Orfeo podía tocar los filamentos telúricos de los animales porque él mismo logró atravesar el camino que nos lleva de lo humano a lo animal y luego de vuelta a lo humano —aunque con el saber y la comprensión primigenia de lo vivo. En el animal hay una cierta pureza: el animal mismo y su canción ancestral vibran en otro plano al que nosotros no tenemos acceso. En ese plano se extiende el silencio de las fieras, segmento vital de la canción del dios primigenio que hemos olvidado. Los órficos creían que no se debía derramar sangre animal, no

comían ningún tipo de carne y vestían con lino: habían adquirido una conciencia que los hacía partícipes de un pacto místico, propio de sus ritos y misterios.

Entre mayor sea la desconexión que experimentamos con los animales, con el dios de los bosques y la selva, con la canción que entonan grillos y chapulines en las tardes estivales, mayor es el vacío que sentimos como especie, mayor la fragmentación que busca y busca, pero no encuentra, porque los sentidos embotados ya no están hechos para dejar que el silencio animal simplemente ocurra.

La modorra de la tarde y el calor sofocante de la casa a la que he llegado a trabajar en Colima me tumban un par de horas en el sillón de la sala. Con los ojos medio abiertos, apenas si puedo pensar: el calor es tal que incluso siento que dejo en cada movimiento una estela de agua, y no estoy acostumbrada a la sensación de la humedad escurriendo sin cesar por mi piel.

Lo único que percibo es algo que atraviesa el cielo y que apenas puedo ver, como un cardumen de peces volando. Pero no son peces; ¿cómo podrían ser peces? Son otra cosa: pájaros que llevan un mismo vuelo, dan vueltas, regresan, cruzan de nuevo y van en rumbo definido. Quito la cortina, quiero verlos mejor: son de dos colores, grises y blancos. Dejan una mancha sobre el cielo, muestran el pecho y van en pique para alzarse otra vez. Hacen el mismo movimiento, una y otra vez, en silencio. El movimiento me parece hipnótico, me da sueño; mi cabeza se desploma en el sillón y mis ojos arrastran la imagen al reino onírico.

En el reino onírico no hay silencio, hay un zumbido que guía a los pájaros en tropel. El zumbido me persigue y puedo ver que ya no hay luz. De repente, el silencio se rompe:

un perro entra por la puerta principal, está molesto y grita. ¿Cómo? Sí, grita, articula una palabra humana que sale de su hocico y que me parece horrorosa. Apenas repite dos veces la palabra frente a mí y yo despierto, sobresaltada.

¿Por qué nos parece tan aberrante y extraño que un animal hable? Cuando se trata de un cuento de hadas, es común que los animales hablen para ayudar al héroe. Pero fuera de aquella concesión ficticia donde las reglas son diferentes, que los animales hablen nos parece algo siniestro. Lo siniestro no tiene que ver con lo malo ni con lo horrible; lo siniestro solo es lo que no debería ser: que un bebé articule palabras con la misma voz y conciencia que la de un anciano, que un cadáver camine, que un objeto inanimado cobre vida o que llueva sangre.

Que el animal permanezca en silencio es, hasta cierto punto, indicio de que el mundo sigue siendo el mismo, con sus mismas reglas.

Me gustaría hablar de una imagen que recién vi en el hoyo negro informático de las redes sociales. Se trata de una imagen que en principio busca ser graciosa, pero a mí no me lo pareció en absoluto. Al contrario, poco faltó para que me alejara de cualquier objeto con conexión a Internet, me sentara en un rincón de la habitación y me pusiera a llorar abrazada a mis rodillas maltrechas. En la imagen aparece un cerdo con la mirada fija en la cámara y la boca cerrada. Alguien lo sostiene por el cuello y coloca sobre su cabeza una pistola de aire de las que se utilizan en el matadero. Los ojos del cerdo, así como la mirada que lanza hacia la cámara, son los más lastimosos que he visto. En su mirada está la mirada silenciosa de todo animal aniquilado por la mano humana. El gato atropellado sin piedad a la orilla de la ca-

rretera, el perro sacrificado en un refugio, el pájaro apedreado sin razón, el toro desangrándose sin comprender. Mucho podemos hablar, escribir y teorizar sobre la forma de mirar al animal: siempre el silencio y el pacto divino con ellos quedará manchado por la palabra, por el pensamiento humano, por esa torpe superioridad primitiva que creemos poseer. Creo, sin embargo, que sería mejor hablar de cómo nos miran los animales: en su silencio nos han dado la llave de la meditación, del acceso a otros planos de existencia más sencilla. Nos miran con toda la confianza del mundo y nosotros no hemos podido honrar esa confianza. Su silenciosa compañía es el recuerdo doloroso de eso a lo que aspiramos: la presencia.

Nuestra aparente civilización no nos ha hecho mejores. En el silencio de la noche medimos la quietud en tanto sucede la vida de los animales.

Me detengo cerca del río para escuchar el discurrir del agua. Mi corazón se agolpa en el pecho y siento la sangre que corre de mi cabeza a mi cuerpo, mis brazos, mis manos. Todo ese tremendo latido soy yo misma: músculos, párpados que rítmicamente se abren y cierran, respiración que llena y vacía los pulmones al tiempo que alimentan las fibras con oxígeno.

Mis sentidos perciben los sonidos, mi cerebro los decodifica, los entiende, los transmite y los regresa al pensamiento simbólico en el que yo puedo escribir la palabra *noche*, la palabra *estoy*, la palabra *silencio*. El viento mece las copas de los árboles, la palmera se agita y arquea su rama principal como lomo de gato pardo, el río hace tintinear las piedras con su bracito —y algo que no puedo ver salta dentro del agua. Más allá, en otro árbol, una especie de pájaro lanza un chillido oscuro y breve, y el perro que está lejos ladra

en espacios intermitentes. Ahí va. Ahí comienza. Ese fue el preludio, pues mientras el silencio se hace más profundo, más cantan los animales. Ahí viene el primer grillo de la noche a encender la orquesta. Chapulines y cigarras lo siguen. El murmullo continúa en oleadas que no se sabe de dónde provienen —pareciera que el viento mismo las lleva. Chispa sonora, ahí va otro chapulín y otro más. El dios-animal extiende su risa que se quiebra en astillas agudas donde el canto de los grillos lleva por lo bajo el peso del universo.

Soy parte de la canción, porque me detengo, y yo misma ahora soy parte del silencio*.

* La versión íntegra de este texto se puede encontrar en la revista digital *Este País* bajo el título «El canto de los animales».

SARA MAITLAND

Más allá de la paz y la tranquilidad

Traducción de Catalina Martínez Muñoz

Mi vida ha transcurrido siempre rodeada de ruido. La verdad es que todos llevamos una vida bastante ruidosa. Pero por cada persona que se queja de las prácticas de la Real Fuerza Aérea Británica en vuelo rasante, de la inevitable música de fondo en todos los espacios públicos o del ruido intolerable de los vecinos y los borrachos que se pelean en la calle hay cientos que necesitan un teléfono móvil, que eligen vivir rodeados de un ruido incesante, en sus casas y en sus oídos, y que se sienten incómodas o se asustan cuando se enfrentan al silencio. La «comunicación» (que significa invariablemente conversación) es el *sine qua non* de las «buenas relaciones». *Solo* y *solitario* han pasado a ser casi sinónimos; peor todavía, puede que *callado* y *aburrido* también empiecen a asimilarse como palabras con el mismo significado.

Mi vida también ha sido muy ruidosa, en un sentido más concreto. Nací en 1950, la segunda y mayor de las hijas, en una familia de seis hermanos. Mis padres eran muy dados a la vida social y la casa estaba siempre llena de amigos, suyos y nuestros. La introspección, la soledad, el silencio o el alejamiento del rebaño no se toleraban. Después me mandaron a estudiar a un internado, un lugar donde toda ética consistía esencialmente en que el silencio o la intimidad no existían para nadie, salvo como castigo; y el barullo constante que inevitablemente producen cerca de doscientas chicas encerradas en el mismo espacio se amplificaba en los pasillos vacíos y en los descomunales dormitorios. Del internado fui a Oxford, donde hablar en voz alta, expresarse en voz alta, romper el silencio (y, en honor a la verdad, silenciar al adversario) no solo estaba permitido, sino que estaba bien visto. En 1972 me casé con un vicario anglicano: una vicaría es el lugar menos tranquilo que se pueda imaginar; una casa que nunca te pertenece, que nunca está vacía y en la que nunca hay silencio.

Me gustaba el ruido de mi vida. La conversación. Me encanta hablar. Siempre decía que, si alguna vez participara en *Who's Who,* diría que mi *hobby* es la deipnosofía. La deipnosofía es «el gusto por, o la habilidad de, la conversación de sobremesa». Fue una vida muy feliz. Conseguí cumplir casi todas mis aspiraciones personales. Tengo dos hijos maravillosos. Me siento respetada, útil y satisfecha.

Y entonces, al final de la década de 1980, todo eso se agotó. Mi matrimonio se hizo añicos. Como escritora, me quedé sin fuelle. A principios de los noventa, me encontré viviendo sola por primera vez en un pueblecito en Northamptonshire. Lo sorprendente fue que me encantó.

Descubrí la silenciosa felicidad de la jardinería: las células se dividen, la savia fluye, las bacterias se multiplican, la

energía recorre la tierra, y todo sin un murmullo. La jardinería me proporcionó el modo de trabajar con el silencio; no «en silencio», sino «con» el silencio; es una creatividad silenciosa. Empecé a practicar lo que los budistas llaman *meditación,* y los cristianos, *oración contemplativa.* Poco a poco, la oración fue desbancando a la deipnosofía como mi pasatiempo favorito.

El suceso más importante fue que empecé a interesarme por el silencio en sí mismo. Todo nuestro pensamiento contemporáneo ve el silencio como una ausencia o falta de habla o sonido, una condición totalmente negativa. Pero yo no lo estaba viviendo así. En cambio, identifiqué cada vez más una dimensión interior del silencio, una especie de quietud del pensamiento y del corazón que no es vacío, sino un espacio de asombrosa riqueza.

El silencio se resiste a los intentos de explicarlo. De hecho, la inefabilidad es una de las pruebas clave de la experiencia mística. Incluso me atrevería a afirmar que los «mejores» anacoretas son los que menos tienen que decir. Lo único que la monja budista británica Tenzin Palmo tuvo a bien explicar sobre su experiencia personal, tras haber pasado tres años en el Himalaya en un silencio absoluto, fue: «Bueno, no me aburrí».

Decidí que quería hacer del silencio el eje de mi vida. Y entonces comprendí que no lo conseguiría en Northamptonshire. Por extraño que parezca, la vida en un pueblo, aunque apacible y normalmente tranquila, es muy poco silenciosa. Uno puede estar solo en plena naturaleza o ser invisible en una ciudad; en cambio, en un pueblo, o en una ciudad pequeña, todo el mundo se conoce, se ve y se implica. Lo que me llamaba era el espacio, la naturaleza en estado puro, la «inmensa nada» de los páramos de montaña. Quería vivir allí en silencio.

La gente me preguntaba por qué. Todavía me lo pregunta. ¿Por qué dejar el sur, donde has sido feliz tantos años, donde están tus amigos y tus hijos y tu trabajo? Es comprensible que busques el retiro, la paz y la quietud del campo, pero ¿por qué llegar a tales extremos? A veces bromeaba: «Es un trabajo arduo, pero alguien tiene que hacerlo». O decía, como George Mallory: «Porque está ahí». Pero en realidad me lo tomaba muy en serio.

Me animaron otras personas que habían buscado la soledad extrema. Richard Byrd, almirante de la marina estadounidense y explorador polar, expresó de un modo muy similar su decisión de pasar un invierno, solo, en la Antártida: «Quería ir por el mero hecho de vivir la experiencia: por el deseo de conocer esa experiencia en su totalidad, de pasar una temporada solo, de saborear la paz y el silencio y la soledad el tiempo suficiente para conocerlas de verdad [...]. Yo buscaba algo más que intimidad en sentido geográfico. Quería ser capaz de vivir exactamente tal como había elegido, sin obedecer más necesidades que las impuestas por el viento, la noche y el frío, ni más leyes humanas que las mías propias».

Estaba buscando algo parecido. Si hubiese dicho: «Me he enamorado de una persona y nos vamos a vivir juntos a un páramo desierto», creo que nadie me habría preguntado «¿Por qué?». Me estaba enamorando del silencio. Y, como les sucede a la mayoría de las personas cuando encuentran un nuevo amor, el silencio me obsesionaba cada vez más: quería saber más, llegar más lejos, comprender mejor. Así, en el verano de 2000 me mudé al norte del condado de Durham, a una casa en un páramo de montaña en la zona de Weardale. Empecé a caminar mucho. Poco a poco me fui encogiendo, adelgazando y silenciando, mejorando mi forma física, como si me fundiera con el viento, el silencio y el frío.

Sin embargo, al mismo tiempo, empecé a pensar que Richard Byrd estaba en lo cierto cuando especulaba que «ningún hombre puede albergar la esperanza de ser completamente libre mientras no se aleje de sus costumbres y sus necesidades familiares». En el mundo contemporáneo occidental es muy difícil pasar mucho tiempo en silencio; suena el teléfono, viene un amigo, alguien llama a la puerta con intención de pedir el voto, el cartero necesita una firma, se presentan los testigos de Jehová, vienen a leer los contadores, se termina la leche, hay que salir a comprar y la mujer de la tienda del pueblo tiene ganas de charlar un rato. En realidad es imposible. Eso sin contar lo que Byrd llamaba «urgencias»: la urgencia económica de trabajar, de ganarse la vida, y la urgencia emocional del amor y la amistad. Mi vida era más silenciosa que antes, pero aún seguía chapoteando en las orillas del profundo océano del silencio cuya presencia comenzaba a intuir. Yo decidí alejarme y dedicar algún tiempo a no hacer nada más que estar en silencio, reflexionar sobre el silencio y experimentarlo. Me pareció que cuarenta días serían suficientes.

Alquilé una casita en Skye: una vivienda aislada, sin televisor. A finales de octubre, con el coche cargado de neumáticos para el mal tiempo y provisiones para seis semanas, dejé la casa de mi hermana cerca de Saint Andrews y crucé toda Escocia hasta la costa oeste. El viaje fue largo, y en todo momento tenía la creciente sensación de estar alejándome: las carreteras eran cada vez más estrechas, las casas menos frecuentes, los pueblos más pequeños y las aldeas diminutas. Estaba agotada cuando terminé de explorar la casa y los alrededores y descargué el coche, pero también rebosante de ilusión y de esperanza, consciente de la aventura que comenzaba. Me sentía como un zorro que se libera de su correa y escapa.

En cierto sentido, nunca había un silencio total en Allt Dearg, la cabaña de Skye. El viento rugía casi incesantemente desde las montañas. Cuando llovía, y llovía mucho, la lluvia golpeaba los tragaluces del piso de arriba. El viento y la lluvia se detenían a veces, pero el arroyo nunca callaba. Justo detrás de la casa descendía con brío, en una sucesión de cascadas que sonaban como aviones lejanos. Sin embargo, ninguno de estos sonidos me molestaba; no rompían el silencio, que en todo momento se dejaba sentir por debajo de ellos.

Los primeros días me deleité en el puro placer de la libertad: ni llamadas de teléfono, ni mensajes de correo electrónico, ni vecinos. Me dediqué a acostumbrarme al silencio y a rebajar mis expectativas, a planificar, organizar y dirigir los días lo menos posible. A diferencia del sonido, que se estrella contra los oídos, el silencio es sutil. Cuanto más tiempo se pasa en silencio, mejor se aprecian los imperceptibles matices que encierra, de tal manera que parece escapar como un animal huidizo.

La gente me preguntaba en qué ocupaba mis días. Rezaba y meditaba mucho más que en casa; leía un poco. Andaba mucho, aunque tanto las inclemencias climáticas como la escasa duración de los días en los meses de noviembre y diciembre en esas latitudes limitaban bastante mis excursiones. Hice algunos bordados muy complicados. Y escuchaba el silencio, y me escuchaba a mí misma.

El primer efecto que noté, hacia el final de la primera semana, fue una intensificación extraordinaria de las sensaciones físicas. Mi sensación de la temperatura corporal también se agudizó; la humedad, el frío o el calor eran sensaciones directas y totales. Nunca me he sentido más cansada físicamente, más consciente del tiempo, de los sonidos y de la variedad de los colores en el paisaje. Pronto mis emociones se manifestaban en oleadas gigantescas: torrentes de lágrimas,

de risa, de euforia o de ansiedad, muchas veces completamente desproporcionados. Me parecían muy normales. No eran sensaciones o sentimientos inexplicables; eran los de siempre, solo que mucho más intensos.

Me impresionó lo fácil y lo deprisa que abandonaba actividades cotidianas que hasta entonces me habían parecido «naturales» o necesarias, como lavarme o peinarme, por ejemplo. Curiosamente, descubrí hasta qué punto había interiorizado prohibiciones absurdas como gritar, reír, cantar, tirarse pedos, desnudarse o meterse el dedo en la nariz mientras se está comiendo. Todas estas inhibiciones se desvanecen a mayor o menor velocidad. Tuve la sensación de que el propio silencio me iba despojando de todas esas capas. De pronto salí de ese espacio social para regresar a la infancia, a ese estado salvaje que se encuentra «al otro lado de la barrera». No es extraño que de pronto me viese invadida por extrañas fantasías sexuales y furiosos arrebatos de venganza que jamás me había «atrevido» a reconocer.

Un fenómeno presente en todos los relatos sobre el silencio prolongado que he leído o me han contado es el de «oír voces», ya adopten la forma de la sabiduría divina o hablen el idioma de la locura. En mi diario se refleja en numerosas ocasiones que oía voces que cantaban. Una noche, mientras estaba sentada en la sala de estar, oí un coro masculino en mi dormitorio, cantando gregoriano en latín. Al momento comprendí que era absurdo, la acústica no correspondía. Pero los oía cantar; incluso distinguía alguna que otra palabra.

Un día especialmente luminoso salí a pasear por el arroyo, monte arriba. Es un sitio magnífico, protegido del viento por montañas casi verticales a ambos lados, salpicado en su base por minúsculos charcos de agua semejantes a puñados de monedas lanzados al azar. Me senté en una roca, me comí unos sándwiches de queso. Y estando allí, de repente, fue

como si cambiara de marcha. El paisaje y yo éramos una sola cosa; como si las moléculas y los átomos que me componen se hubiesen fundido con las moléculas y los átomos de los que se compone el resto del mundo. Fue un momento muy breve, pero no recordaba haber sentido una unión tan fabulosa desde que era niña.

En el transcurso de las seis semanas, me resultó más difícil conservar la noción del paso del tiempo. Esto es algo que altera considerablemente a muchas de las personas que pasan temporadas en soledad y silencio. He encontrado múltiples descripciones de los esfuerzos que hacen para sustituir los relojes y los calendarios: registrar el paso de los días con un corte en un palo o con una piedra en un montón, inventarse cualquier «ocupación». A mí personalmente me gusta esta sensación. Me produjo un sentimiento de libertad, combinado con una especie de irresponsabilidad o de travesura casi infantil.

Posteriormente tuve algunas experiencias bastante curiosas y empezó a costarme diferenciar entre lo que ocurría dentro de mi cabeza y lo que ocurría «fuera». En la cuarta semana pasó algo notable: oí que un coche subía por el camino y vi pasar una furgoneta blanca por la ventana. No ocurrió nada. Me molestó mucho la interrupción. Pero no sucedía nada extraño: ni llamaban a la puerta ni se oía ningún ruido en el exterior. Poco después oí varios silbidos penetrantes. Me escondí en el dormitorio, para evitar cualquier intromisión, y, al asomarme a la ventana, vi un perro pastor al otro lado del arroyo. Me puse la chaqueta y salí; el viento aullaba y la lluvia azotaba como un látigo. Me quedé en el umbral. El perro había reunido cuatro ovejas al otro lado del arroyo, y en mi orilla estaba el pastor, un tipo desaliñado, con un gorro de lana azul. Al verme llamó al perro, que dejó a las ovejas y cruzó el arroyo chapoteando.

El pastor me sonrió y dijo: «Estoy buscando una oveja perdida». Volví a la casa y el pastor subió a la furgoneta blanca (que tenía una abolladura bastante grande en la puerta del conductor) y se marchó. Yo no abrí la boca.

Lo espeluznante es que, pasados unos minutos, no estaba segura de si esto había ocurrido en realidad o si lo había imaginado. Decidí buscar una «prueba de realidad». Mi chaqueta estaba completamente seca (aunque lo cierto es que no me había movido del umbral de la puerta). Si fue una alucinación, es de lo más prosaica y de lo más ridícula, por lo detallada. ¿Por qué salió en busca de una oveja perdida si estaba lloviendo a cántaros y por qué renunció a la búsqueda tan deprisa?

Cuando leo mi diario, constato con cuánta indiferencia aceptaba incidentes como este, que en mi vida anterior me habrían aterrado como síntomas de incipiente locura. En todo el tiempo que pasé en Skye, solo tuve una experiencia bastante aterradora. Una mañana salí a dar un paseo desde Luib hasta Loch Slapin, de costa a costa, por un camino bien señalizado que discurre entre las montañas. Era un día extraño, muy tranquilo, sin viento. Dejé el coche y tomé el camino, que ascendía en línea recta y a cosa de medio kilómetro rodeaba un collado y se adentraba en una cañada bastante cerrada y abrupta, y no veía nada alrededor. En ninguna parte. Nadie. Nada. El camino era pantanoso y resultaba difícil avanzar. Llegué a una laguna rodeada de juncos, completamente inmóvil, en cuya superficie se reflejaban, a ambos lados, las montañas escarpadas. Al principio me fascinó. Y entonces, de repente, me asusté.

En medio del silencio y la bruma, mi inquietud y mi nerviosismo iban en aumento. Poco a poco me fui convenciendo de que me estaban observando. Veía dos formas negras en la montaña, un poco más arriba. Pensé, o más bien sentí,

que estaban vivas. Llegué a la conclusión, firme y racional, de que eran rocas. Tuve la sensación de que el silencio me estaba despellejando, disecando, desnudando. Lo oía gritar. El explorador Augustine Courtauld, que pasó seis meses a solas en el Ártico, registró los extraños e inexplicables gritos que oía en su tienda de campaña polar, y más tarde aseguró que eso fue lo único que de verdad le hizo pasar miedo.

Eché a correr y salí del valle, como si algo oscuro me persiguiese. Cuando llegué al coche estaba calada hasta los huesos y llena de barro, aunque no recordaba que me hubiese caído. Mi yo cuerdo decía: «Esto es absurdo», pero también estaba a merced de la sensación. Una parte de mí estaba encantada y tranquilizada de que esto era lo peor que podía pasar en Skye; era evidente que el silencio iba bien con mi personalidad. En otro plano, sin embargo, me sentí un poco estafada. Quería experimentar el silencio en su totalidad: la desintegración oscura, los aullidos del vacío, los demonios de los anacoretas del desierto.

Y ese invierno, de vuelta en Weardale, me quedé aislada por la nieve. A principios de 2001 hubo una gran epidemia de fiebre aftosa. Fue horrible. Los mercados estaban cerrados, la gente no quería visitar otras granjas ni tampoco recibir visitas. Los páramos y el resto de la zona estaban cerrados a excursionistas.

A finales de marzo hubo fuertes nevadas y ventiscas. Normalmente se contrata a los ganaderos para retirar la nieve de las carreteras comarcales del condado de Durham, con sus propios tractores, pero esta vez todos estaban recluidos por la epidemia y la carretera que iba a mi casa no tardó en volverse impracticable. Sin haberlo elegido ni esperado, me encontré sola y sometida a un periodo de silencio involuntario. El teléfono no funcionaba, y sin radio ni televisión

no tenía información de lo que pasaba en el «mundo real» ni tampoco de conocer el avance de la epidemia por el país. Estaba cada vez más asustada. Mi preocupación tenía una base «real». ¿Llegaría a quedarme sin comida o, peor aún en mi caso, sin tabaco? ¿Qué pasaría si el tiempo no mejoraba? ¿Estaría bien mi familia? Pero la sensación era sobre todo emocional, pese a mi supuesto deseo de silencio. Me sentía cada vez más invadida.

Tuve ocasión de comprobar que la nieve produce un peculiar efecto acústico: enmudece los sonidos cercanos, mientras que amplifica los lejanos con increíble claridad. Además, la nieve aplana todas las superficies visibles. Estos efectos me desorientaban. Un día, mientras me acercaba a la verja, el cuello de la chaqueta me rozó la nuca, al levantarlo el viento, y lancé un grito, visceralmente convencida de que me habían atacado por la espalda. Me desconcertó mucho lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué seis semanas lejos de casa, en condiciones climáticas poco favorables, me habían producido tanto deleite, incluso éxtasis, y apenas diez días en mi propia casa, rodeada de mis cosas, me conducían a un estado que rayaba en la histeria? Ahora creo que el factor determinante para que un silencio termine sintiéndose positivo o negativo es si fue elegido libremente o no. El silencio elegido puede ser creativo y generar autoconocimiento, integración y profunda alegría; ser silenciado puede volver loca a las personas.

Mi suposición había sido que el silencio era monótono, que sería muy puro y hermoso, pero de alguna manera plano, indiferenciado. Pero cuantos más silencios encontré y lugares silenciosos habité, más me di cuenta de que había densos hilos entrelazados de distintos silencios. El silencio puede ser tranquilo o aterrador, solitario o alegre, profundo

o tenue. Hay un silencio religioso, un silencio autovaciante y un silencio romántico, que Wordsworth llama «la bendición de la soledad».

Luego de la tormenta de nieve, decidí cambiar de casa una vez más. Quería más silencio, no deseaba vivir en una casa tan grande ni tener vecinos cerca. Lo que necesitaba era una ermita.

¿Cuántos trastos necesitaba realmente para ser feliz? Primero me deshice de todo lo que hacía ruido. Nunca he tenido un teléfono móvil; la televisión hace mucho que no estaba, igual que la radio. Los programas de generación de sonido en la computadora fueron los siguientes en irse. Conservé algún tiempo la radio del coche, hasta que se estropeó y decidí no sustituirla.

No tardé en descubrir que quien vive solo en el campo no necesita un timbre en la puerta ni un microondas, y mucho menos una estruendosa secadora. Algunos inventos modernos favorecen el silencio. El correo electrónico es un vehículo de comunicación maravilloso y nada intrusivo; el contestador automático me permite desconectar el teléfono sin molestar a nadie y sin que nadie me moleste; y las compras en Internet resuelven muchos dilemas. Y sobre todo, en mi caso, la computadora me permite resolver los problemas económicos y vivir en la extrema soledad del medio rural. Hoy me gano la vida principalmente dando cursos de escritura creativa en línea.

Poco a poco desarrollaba una conciencia más clara de cuáles eran mis objetivos. No soy de las que abogan por la «vuelta a la naturaleza» y a la vida de subsistencia. No quiero cultivar las verduras que consumo, vivir sin tabaco y sin café, tejer mi propia ropa o escribir con una péñola. No quiero ordeñar a mi cabra todos los días ni salir a buscar leña para

encender el fuego. Y, aunque lo quisiera, tendría que seguir pagando impuestos municipales. Lo que quiero es vivir en el mayor silencio posible en este momento de la historia.

Pasaba meses buscando casa en las Fronteras Escocesas. Sabía lo que quería. Quería una casita con una habitación grande: quería integrar vida, trabajo y oración en un mismo espacio y prescindir de habitaciones que no utilizaba. Y quería que la casa estuviera en un paisaje particular: un páramo de altura, un espacio gigantesco y silencioso de turberas, hierbas, helechos, cercas de piedra derruidas que no delimitan campo alguno y el áspero grito del zarapito. Necesitaría una cocina y un cuarto de baño. En mi ascetismo no está incluido lavarse con agua fría en el fregadero.

Finalmente salió a la venta una cabaña en ruinas de un pastor. Llevaba casi medio siglo desocupada. No tenía tejado ni suministro de agua. El suelo estaba cubierto por medio metro de excremento de oveja y un árbol crecía directamente en el muro de la fachada. Naturalmente la compré.

La gloriosa intensidad de mis seis semanas en Skye no es sostenible a largo plazo. Pero uno puede hacer muchas cosas sin hablar. Una de las ventajas de los supermercados es que permiten hacer la compra sin intercambiar una sola palabra, respondiendo a los saludos mecánicos del personal con una sonrisa y fijando la vista en la lista de la compra para no establecer contacto visual con nadie. Pero a mí me resulta falso, además de grosero.

Voy paseando, digamos, por una senda estrecha. El día ha transcurrido en silencio, salvo por el rumor de los arroyos y algún graznido o mugido lejano, y hete aquí que un grupo de alegres excursionistas se acerca hacia mí en dirección contraria. Sé que van a saludar y me pregunto qué debo hacer. ¿Me escondo detrás de una roca? ¿Acelero el paso y

sonrío fugazmente al cruzarme con ellos? Es menos «ruidoso» y más racional decir: «Hola».

La pregunta se ha reducido ahora a cuánto silencio soy capaz de crear en mi rutina. De momento me he marcado el objetivo de alcanzar un ochenta por ciento de silencio. Dos días a la semana desconecto el teléfono, y con él la conexión a Internet y el correo electrónico. Intento limitar todas las actividades sociales a un máximo de seis días al mes, aunque a veces no es fácil, porque surgen imprevistos y los demás también tienen necesidades y deseos.

Rezo unas tres horas al día. Me gano la vida, paseo, leo y bordo. Soy extremadamente feliz en mi pequeña casa, pero el silencio sigue pareciéndome un profundo misterio todavía; desde luego no es una ausencia, pero en muchos casos es algo muy positivo. Existe la intimidad entre madre e hijo tras la toma nocturna, cuando el bebé está satisfecho. Existe ese sobrecogimiento como respuesta a determinadas demostraciones de la naturaleza, cuando las palabras no bastan para expresar la experiencia, sino que más bien se alejan de ella. Existe el silencio positivo del psicoanálisis, que permite al individuo conocerse y recrearse en su totalidad. Existe ese momento cuando el sexo es de verdad bueno, en el que las personas están la una junto a la otra. Existe el silencio de la experiencia mística. Existe ese silencio peculiar en algunas lecturas, cuando el escritor y el lector trabajan juntos para crear el significado. Existe el silencio de quien escucha música.

El silencio no parece ser una pérdida o ausencia de lenguaje, ni siquiera lo contrario del lenguaje. He descubierto que es un universo en sí mismo, entretejido de lenguaje y de cultura, pero independiente de ambos. Procede de un lugar enteramente distinto.

Pero aquí estoy, sentada en el umbral de mi puerta, al sol, contemplando mi inmensa nada. No me preocupa la idea de caer por un abismo sin fondo; tengo más bien la sensación de estar subiendo un nivel, respirando un aire más fino y más limpio*.

* Editada y publicada originalmente por *The Guardian*, esta adaptación recorre 350 de las 384 páginas del libro *Viaje al silencio*, de Sara Maitland.

III
Espíritu

ANTONIO TAMEZ

Formarse en el lugar de la negrura

Sudar es una forma de oración, hacer una ofrenda desde tu yo más profundo. El sudor es agua bendita, cuentas de un rosario, perlas líquidas que te liberan del pasado [...]. Sudar es una forma universal y antigua de autosanación, ya sea que lo hagas en el gimnasio, en el sauna o en el baño de vapor. [...] Mientras más sudas, más rezas. Mientras más rezas, más cerca estás del éxtasis.

GABRIELLE ROTH

Mi mejor amigo se suicidó a los veinticinco años. Yo tenía veintiocho. Antes de esa tragedia solía desconfiar de los adultos que decían frases hechas como «los jóvenes van por la vida pensando que nada les va a pasar», o cosas por el estilo. Me parecía que los años habían deformado su perspectiva de la realidad, porque claro que los jóvenes, o mejor dicho los jóvenes adultos, estábamos conscientes de los peligros de la noche, las drogas, la literatura y la oscuridad; o al menos eso era lo que yo creía. El suicidio de mi amigo fue como meter el freno de mano a mi vida mientras iba conduciendo un vehículo, quizá no a toda velocidad, pero sí lo suficientemente rápido como para volcar, ser ingresado a terapia intensiva y hacer frente a una lenta y dolorosa rehabilitación sin poder del todo deshacerme de algunas lesiones que conservaría para siempre.

Así fue como conocí el temazcal. Exactamente un mes después de la desgracia, ciertos amigos en común nos convocaron a la celebración de un baño de vapor tradicional en la ladera de la Peña de Bernal. Algunos atendimos el llamado; para algunos, como lo fue también mi caso, era la primera vez dentro de aquel espacio de sanación, sudor y silencio interior, pero sobre todo de oscuridad, la misma oscuridad en la que, me atrevo a decirlo, estábamos sumergidos en ese momento. Fue una sesión difícil, en especial porque éramos muchos, lo que hacía que el calor se concentrara aún más. Apropiadamente nos habíamos reunido trece personas, un número que en Occidente hace alusión a la muerte y que en el México antiguo remitía a los trece días de las veintenas en el calendario ritual.

No todos aguantaron los noventa minutos que duró la ceremonia y tuvieron que salirse antes. Yo estuve a nada de desertar, pero continué trabajosamente porque sentí que soportar las altas temperaturas podría traer consigo alguna clase de recompensa. La única gratificación que recuerdo fue haber salido de aquella cámara de calor e inhalar oxígeno fresco. El sol ya se había ocultado, el cielo estaba nublado; la estampa del monolito de Bernal cortando la neblina quedó impresa en mi memoria como una especie de talismán. El temazcal es la muerte simbólica, y fue a través de la muerte como ingresé en él. Pero también representa el renacimiento, ese instante de sentirse vivo de nuevo a través de lo más elemental de nuestra biología: la respiración.

Temazcal es la castellanización de la palabra náhuatl *temazcalli*, que literalmente significa «casa de vapor» (*tema:*

«vapor», *calli:* «casa»)[1]. Para los antiguos mexicanos, el temazcal, por su techo de cúpula y estructura circular, usualmente construido de adobe, representaba el vientre de la madre. De la Madre Tierra y de la madre humana: calor, dolor y silencio interior como espacio de gestación. No todos los temazcales del México antiguo tenían forma circular ni estaban dedicados a prácticas rituales. Algunos, como el gran temazcal de la plaza mayor de Tenochtitlan, o el de Malinalco, eran inmensos baños de vapor dedicados a la higiene personal, o recreativos, que podían albergar más de cien personas. Había muchos temazcales utilizados con fines terapéuticos y medicinales, en especial para tratar la recuperación posparto. Los estudios reportan hasta ciento diecisiete métodos diferentes de temazcal en el México prehispánico. En general, eran construcciones de gran relevancia y su actividad estaba directamente relacionada con la vida cotidiana y la cosmovisión de los antiguos habitantes de Mesoamérica[2].

Con la conquista española, el temazcal dejó de realizarse por varios siglos. Porque se asociaba a deidades de aspecto terrible, como la diosa Tlazoltéotl (o «comedora de inmundicias»), y por la convivencia de mujeres y hombres desnudos en el interior, los evangelizadores lo prohibieron

1 Esta construcción recibe nombres distintos dependiendo de su ubicación: en el área maya se conocía como *zumpulcheé*, pero actualmente se le llama *chuj*. En zeltal y zotzil se le denomina *pus*, en quiché *tuj* y entre los purépechas es conocido como *hurigueqna*. Los totonacas lo nombran *saq*, pero en Tajín se le designa como *xiaca*.

2 Existe otra gran tradición de baños de vapor que destaca por sus similitudes con la mesoamericana: la de los indios lakota en el Medio Oeste norteamericano, en donde la *onikaghe* («cabaña de sudar») es una estructura de ramas en forma de domo que se cubre con pieles o cobijas y cumple a su vez con funciones rituales y medicinales. Si bien existen otros baños con la misma utilidad terapéutica y ceremonial en latitudes tan diversas como Suecia, Japón, Brasil o Wallmapu, los arqueólogos, antropólogos e historiadores no han logrado mostrar una conexión directa entre ellos.

paulatinamente y destruyeron los recintos. En el centro de México, la tradición se mantuvo en secreto por varias familias y fue transmitida oralmente, enfrentando con ello muchas transformaciones. En varias regiones, como en el occidente, Oaxaca o la región maya, esta costumbre se perdió para siempre.

Fue hasta 1985 cuando los guardianes de la tradición, también conocidos como los abuelos, celebraron un consejo en la población de Amatlán de Quetzalcóatl, Morelos. En vista del creciente interés por parte de los estudios etnográficos, y a causa del incremento de nuevos temazcales que poco o nada tenían que ver con los usos y costumbres de los pueblos originarios, los abuelos determinaron uniformar y estructurar los saberes en torno a este tema para compartirlos con el mundo. El temazcal, a pesar de su milenarismo, enfrentó su propio proceso de muerte, transformación y renacimiento. Al menos para los no amerindios, la práctica atravesó casi quinientos años de oscuridad y silencio. Fue precisamente debido al ruido circundante, el cual modificaba y desvirtuaba su esencia, que la tradición rompió su mutismo y resurgió con una voz renovada para ofrecerse como medicina a las personas de todos los orígenes y creencias. La suma de estos conocimientos es lo que hoy en día, dentro de la medicina tradicional mexicana, se acepta como la práctica del temazcal, un método terapéutico que ha traspasado fronteras y llegado a lugares tan lejanos como Argentina o Rusia, pero que gracias al celo de sus guardianes ha conservado lo que Alfredo López Austin —especialista en historia y cultura mesoamericanas— llama «el núcleo duro», es decir, los elementos que, a pesar del cambio histórico, dan continuidad a una tradición y la vinculan con sus orígenes.

La mayoría de los temazcales en los que he participado han tenido lugar en la cooperativa ecoturística La Tortuga, en la ladera de la Peña de Bernal, atendida desde 2003 por miembros de la comunidad de San Antonio de la Cal en el municipio de Tolimán, Querétaro, hablantes de lengua hñähño. Como el perro de la tradición mesoamericana que conduce las almas de los difuntos a través del inframundo, Ranulfo Martínez, maestro temazcalero y médico tradicional desde hace al menos dos décadas, ha sido mi guía en la oscuridad de la casa de vapor. Los miembros de la comunidad lo llaman abuelo, en señal de respeto por su sabiduría, y porque sobrepasa los cincuenta y dos años, cifra que para los antiguos mexicanos constituía un siglo.

Una de las primeras preguntas que el abuelo Ranulfo me hizo en el interior del temazcal fue mi fecha de nacimiento. Entusiasmado, revelé la cifra que me rige: 8 de abril de 1984, es decir, el 8 del 4 del 84. Ranulfo compartió mi entusiasmo y me habló del ocho como símbolo del infinito, de la espiral, de la repetición y del remolino. Me contó que para los antiguos advertir un remolino en el cabello, o un ocho en la numerología personal, era la forma de identificar a un sanador en potencia. Al oír esto no vi más remedio que encogerme de hombros y aceptar al temazcal como la medicina.

Antes de ingresar en el temazcal uno debe sahumarse con incienso de copal. Por lo general, el encargado del sahumerio suele ser el águila de fuego, el asistente del maestro temazcalero, quien además calienta con leña las piedras utilizadas en el ritual y el agua con hierbas aromáticas para crear vapor. El águila de fuego permanece afuera, mientras que el temazcalero se queda dentro del recinto acompañando a los asistentes. Las piedras introducidas en el temazcal son de origen volcánico, reciben el nombre de Abuelas por su antigüedad y porque son calentadas por el Abuelo Fuego.

Dentro del temazcal la oscuridad es casi absoluta. Luego de cerrar la puerta, todas las demás entradas de luz son selladas a la perfección. Solo es posible ver las Abuelas al rojo vivo latiendo en el ombligo del habitáculo. Después ya ni siquiera eso. El maestro temazcalero da unas palabras de bienvenida e inicia la ceremonia rociando el agua con hierbas aromáticas sobre las piedras ardientes. El calor se encapsula y asciende como una columna de vapor hasta alcanzar el centro del domo. Una vez ahí, desciende de manera uniforme, como un hongo, cubriendo la totalidad del espacio. La temperatura se eleva hasta los cuarenta grados Celsius en la mayoría de los casos, pero puede llegar hasta los sesenta en situaciones de mucha intensidad. Los poros se abren, la presión arterial se incrementa, los músculos se mueven con dificultad; eres capaz de escuchar el latido de tu propio corazón, la sangre siendo bombeada a través de tus venas. La respiración se vuelve más pesada, y en cuestión de minutos el sudor empieza a brotar de manera copiosa.

El dolor, la incomodidad y la ansiedad pueden ser una constante en el temazcal. De pronto no sabes dónde poner las manos o qué hacer con las piernas, que comienzan a moverse de manera involuntaria y agitada; a veces terminas encorvado con los codos sobre las rodillas, recostado sobre la banca de piedra o sentado en el suelo donde el calor es menos intenso. He aprendido que tanto en el temazcal como en la meditación silenciosa lo mejor es no poner ninguna resistencia. Hasta ahora, la mejor forma que he hallado para relajarme es recargar la espalda contra la pared, soltar los músculos y colocar las palmas hacia arriba encima de los muslos. Mantener la concentración sobre la respiración es clave: inhalar y exhalar sin prisa, poniendo atención a las palabras del temazcalero y las sucesivas oleadas de vapor producidas por el choque de los elementos calientes y húmedos.

Así hasta conseguir un ritmo de respiración calmado y sutil, casi imperceptible. Sin la guía del temazcalero la situación podría volverse mucho más complicada. Existen tres grados o niveles de guía de temazcal: el temazcalero o sudador, el corredor del temazcal y el *temazcaltiani* (el rango más alto, propio de un médico tradicional, capacitado para celebrar ceremonias y curar dolencias físicas, mentales y espirituales). Aunque cada uno tiene su estilo, en general todos son guías de un viaje a través de la conciencia y los sentidos, así como de los elementos naturales presentes en el temazcal: agua del sudor y la infusión con que se riegan las piedras; viento del vapor y la respiración; fuego de las Abuelas y la leña que las calienta; tierra de los materiales con los que se construye el temazcal.

Lo usual es que la sesión dure alrededor de dos horas. Durante este periodo la puerta es abierta en cuatro momentos diferentes para que los asistentes se atemperen sin salir del recinto, mientras que nuevas Abuelas son introducidas para renovar el calor. Cada uno de los bloques entre puerta y puerta dura de veinticinco a treinta minutos y está dedicado a cada uno de los puntos cardinales, asociado a una deidad determinada, un color distintivo y un aspecto específico de la conciencia. El oriente se encuentra regido por Quetzalcóatl; es el rumbo del aire, la luz y la sabiduría ancestral; su color es el blanco. El poniente es el camino de la mujer, del amor y del fuego; su color es el rojo y en él gobierna Xipe Totec, señor de la transformación. En el sur manda Huitzilopochtli, el colibrí zurdo, señor de la voluntad creadora; su color es el azul. El norte se encuentra dedicado al temido Mictlantecuhtli, señor calavera, dios de la muerte; su color es el negro. Los antiguos tenían además un quinto rumbo cardinal: el centro, señalado por el color verde, conectado a la vida y consagrado a la Madre Tierra, que se asocia a

diferentes diosas, como Temazcaltoci («nuestra abuela de los baños de vapor», señora de la medicina) o Tlazoltéotl (quien limpiaba el alma y el cuerpo a cambio del ofrecimiento de excrecencias, tales como los pecados o el sudor del penitente).

Al salir del temazcal apenas puedes caminar, no se diga ya hilar pensamientos complejos. Es necesario tomar una ducha de agua helada para sellar los poros y regular la temperatura corporal mediante el choque térmico. Hay que recostarse unos minutos para volver lentamente a la realidad. Rehidratarse después de la sesión es absolutamente esencial. Después de un temazcal te sientes física y mentalmente agotado, pero también más ligero. Basta que te mires al espejo para percibirte más delgado y radiante. Los poros han estado tan expuestos que las impurezas de la piel han sido desechadas. Lo mismo pasa con muchas de las toxinas en los órganos y en la sangre, y puesto que el temazcal es también un gran simulador de la fiebre, los virus, bacterias y muchas otras dolencias, como resfriados e infecciones, han sido eliminadas. Esa noche puedes dormir como un recién nacido. La analogía me parece bastante válida: como un recién nacido o como un bendito.

Antes de casarnos, mi esposa y yo vivíamos en Valenciana, Guanajuato, donde había estado cursando un posgrado en Literatura Hispanoamericana. Tenía ya más de un año que había entregado la tesis y me dedicaba a ser escritor *freelance.* Sin embargo, el ingreso principal de la casa provenía de mi esposa, quien era asistente virtual de una empresaria en Los Ángeles, California. No era un trabajo que le gustara, pero la paga era en dólares, que convertidos a pesos mexicanos nos permitía llevar una vida bastante holgada.

Un día, de la nada, la empresaria despidió a mi esposa y nos quedamos en el aire.

La verdad es que era la oportunidad perfecta para un cambio de vida. Mi esposa tenía una amiga en Valladolid, Yucatán, cuyos padres habían abierto un hotel *boutique* cinco años atrás, necesitaban a alguien para la recepción y, vaya coincidencia, también a alguien que dirigiera el temazcal que estaban por abrir como una de las nuevas amenidades. ¿Era esto a lo que Ranulfo se refería respecto a mi supuesta vocación de sanador contenida en mi fecha de nacimiento? No lo pensamos dos veces. Decidimos casarnos y hacer una boda que funcionara como un ritual de paso para una nueva etapa de nuestras vidas, así como una ocasión para despedirnos de los amigos y la familia que dejábamos en el centro del país. También como una oportunidad para recaudar fondos para la mudanza. Viajamos a Yucatán y encontramos una casa con un jardín de árboles frutales y una renta tan barata que no podíamos creerlo. El inmueble necesitaba cientos de mejoras y reparaciones, era cierto, pero con un poco de amor y paciencia pensábamos dejarla como la casa de nuestros sueños.

Una cosa es asistir, durante años, al número necesario de temazcales que te enseñen de qué va la cosa, pero otra muy distinta es conocer a detalle el proceso para poder guiarlos. Mi esposa se quedó en Yucatán trabajando en la recepción del hotel y en las mejoras de nuestra nueva casa, mientras que yo regresé al centro de México para tomar un certificado en temazcal tradicional en la Universidad de Chapingo. Fueron unos meses bastante productivos, con algunas de las clases, lecturas y experiencias más significativas de mi vida académica. Nuestro maestro, el abuelo Conejo, era un descendiente nahua del área del lago de Texcoco que había practicado la medicina tradicional durante más de treinta

años, un oficio que había heredado de su abuela. El curso tuvo que ser cancelado a la mitad porque el mundo se detuvo a causa de la pandemia del coronavirus.

Unas semanas más tarde, el hotel en donde trabajaba mi esposa cerró al público y mi vuelo de regreso a Yucatán fue cancelado indefinidamente. Recién casados, mi esposa y yo vivimos separados durante cinco meses, durante los que tuve que mudarme a una cabaña que casualmente mis padres estaban acondicionando en las llanuras de Amealco. Al final, los vuelos se reanudaron y, dado que nuestro futuro en Yucatán había sido cancelado, la única opción fue volver a Querétaro, el lugar que nos había visto crecer, donde nos habíamos conocido y donde vivían los amigos y la familia de la que ya nos habíamos despedido. Fue necesario empezar desde cero. Nos habíamos deshecho de casi todo: muebles, libros, ropa, artículos de decoración. Nos habíamos quedado apenas con lo esencial, con lo que pudimos meter en las maletas. Tuvimos que enfrentar momentos de profunda frustración y precariedad. Quiero pensar que para mi esposa y para mí esos primeros meses en Amealco y Valladolid fueron, más que un momento de incertidumbre, un tiempo de amortiguamiento y de fortalecimiento para todo el caos, el luto y la resignación que habrían de venir después.

El primer síntoma de mejora fue sin duda volver a La Tortuga. La sensación de sacralidad, intimidad y familiaridad es la misma, si no es que se ha vuelto incluso mayor. Desde que regresamos a Querétaro, visitar ese espacio se ha vuelto una costumbre mensual, en cada luna nueva, o cuando menos bimestral. De forma inesperada y no intencional, las sesiones con Ranulfo han sido una extensión práctica del salón de clases del abuelo Conejo. Además, en pandemia, el

temazcal puede volverse un aliado. Más allá de mantenerte saludable, es un mantenimiento performativo para tiempos inciertos, un método efectivo para volver a respirar en tiempos de asfixia. Porque el temazcal es muchas cosas: un lugar para sudar, para rezar y para sanar, pero también para cantar, callar, bailar, gritar e incluso vomitar. Un ámbito de catarsis y transformación en regiones profundas de la psique para lavar los pecados y exorcizarse. La oscuridad, el calor, el encierro y la inducción de un estado alterno de conciencia mediante la guía del temazcalero producen dichas situaciones. Para mí, desde la primera vez ha sido un tránsito de muerte y renacimiento simbólicos.

Fue tras la muerte de mi mejor amigo que conocí el temazcal; es decir, ingresé por el rumbo del norte, por el lugar de la negrura. Fue a través del silencio provocado por el luto como llegué a este camino. Desde entonces, recurro al temazcal por la misma razón: no precisamente por la muerte física de alguien, sino por la pérdida o por la muerte metafórica de mí mismo. Existe cierta ceremonia de temazcal que dura toda la noche; se le conoce como *mollon kuitlillan* («formarse en el lugar de la negrura»). Es practicada por los aspirantes a guerreros, nahuales, capitanes de danza y *temazkaltiani* (guardianes de la tradición). Según la mitología, *mollon kuitlillan* fue instituido por Tezcatlipoca, señor de la guerra, la enfermedad, la noche y la memoria, quien, se dice, pasó tres días dentro de un temazcal preparándose para una batalla importante. El concepto *tlillan* («lugar de la negrura») se encuentra asociado a una zona liminal, un pasaje al inframundo que puede ser un temazcal, una cueva, un ojo de agua o un gran agujero en la tierra. Por otro lado, Tezcatlipoca también está vinculado al color negro; su nombre quiere decir «espejo humeante», que nos muestra quiénes somos, no en nuestro aspecto físico, sino en nuestra apariencia

psíquica o espiritual. Tanto *mollon kuitlillan* como el espejo humeante son una metáfora del trance experimentado en el interior del temazcal, una oportunidad para enfrentarnos a lo más oscuro de nosotros mismos, a nuestros miedos, nuestro dolor y nuestro fracaso, no para que desaparezcan, sino para fortalecernos al hacerlos conscientes. *Mollon kuitlillan* es el concepto más profundo de la conciencia interna, que nos conduce al mismo tiempo a la humildad y al misterio.

Todos necesitamos conocer la noche más oscura del alma, todos necesitamos morir para volver a nacer.

LARRY ROSENBERG

Respirar en el silencio

Traducción de Jacobo Zanella

La voz de la enseñanza es el silencio total,
en medio de las campanas que suenan con el viento.

MAESTRO ZEN HONGZHI

Valorando el silencio

En el centro de nuestra práctica meditativa, detrás de todo lo demás, rodeando todo lo demás, dentro de todo lo demás —estas metáforas espaciales resultan inexactas de manera inevitable— está el silencio. Tenemos poca experiencia con el silencio en el mundo actual, y la cultura en su conjunto parece solo valorar los sonidos cada vez más elaborados. Sin embargo, nuestra práctica es estática y silenciosa, especialmente en los retiros. La iluminación ha sido llamada *el gran silencio.* En ese sentido, la práctica budista está en conflicto con la cultura. Está en conflicto con todas las culturas.

La mayoría de nosotros apreciamos ciertos tipos de silencio. Todos hemos estado en una habitación en la que el aire acondicionado está encendido, o un refrigerador está funcionando, y de repente se apaga y suspiramos con alivio.

Los padres de niños pequeños hablan del gozoso (y a menudo efímero) silencio al terminar el día, con los niños finalmente en cama, la televisión apagada y la casa en calma. Algunos nos vamos de vacaciones a lugares tranquilos, y aun en nuestra propia casa valoramos los momentos en que podemos retirarnos a una habitación a solas para leer un libro o escribir una carta.

El silencio al que me refiero es insondable, y a veces —aunque no exclusivamente— se alcanza en estados profundos de meditación. Se expande hasta alcanzar la quietud más inmensa que el ser humano es capaz de experimentar.

Hace varios años tuve el interés de hablar de este tema en ponencias y prácticas de grupo. Una de las razones era que tenía varios alumnos que habían progresado bastante en su práctica de meditación y llegado al umbral de un silencio profundo, pero se habían encontrado con un miedo intenso y habían retrocedido. Me pregunté cómo abordar eso que los estaba frenando, de manera que pudieran avanzar lo más posible.

En esa época vi un artículo, en una revista sobre la exploración de los océanos, que decía que eran la última frontera que nos quedaba por reconocer. No pude evitar pensar que había una frontera que el autor estaba pasando por alto: la conciencia humana.

Hemos explorado ciertas partes de la mente, por supuesto, y de ellas hemos hecho complejos análisis. Pero hay vastos ámbitos que aún no hemos tocado en todos los milenios que los seres humanos hemos existido. Unos cuantos valientes han hecho incursiones y han vuelto para contarnos lo que vieron. Pero la mayoría de las personas ni siquiera saben que esos lugares existen. Los meditadores son psiconautas, por utilizar el término de Robert Thurman. Somos exploradores en el reino más fascinante de todos.

Para casi todas las personas del mundo actual, la vida tiene mucho que ver con la verbalización. Hablar. Leer. Escribir. Pensar. Imaginar. El lenguaje es un magnífico invento humano (aunque otras especies parecen haberse desenvuelto bien sin él), pero está tan integrado en nuestra conciencia que no nos damos cuenta de todo lo que se desarrolla a partir de él. No sería exagerado decir que veneramos el lenguaje o que somos adictos a él. Lo equiparamos con el mismo acto de vivir.

Otro aspecto de la vida para la mayoría —relacionado con el lenguaje, obviamente— tiene que ver con alguna forma de acción. Hacer cosas. Crear cosas. Moverlas, apilarlas, ordenarlas. Hacer que el cuerpo participe en alguna actividad física, aunque solo sea para entretenernos en los momentos de esparcimiento.

Nuestra cultura —comparada con otras actuales, y especialmente con las culturas del pasado— es rica en esos dos tipos de actividad. Tenemos más cosas, y más cosas que hacer, más usos variados del pensamiento y del lenguaje que en cualquier otro momento de la historia de la humanidad. No vivimos solo en la riqueza. Vivimos en la opulencia.

Por dentro, sin embargo, somos muy pobres. Tenemos la garganta reseca, el cuerpo espiritual endeble. Quizá por eso tenemos tantas cosas exteriores. Seguimos usándolas para satisfacer un hambre que nunca cede. Parece insaciable.

Tenemos un deseo igual de grande de relacionarnos. Conozco a alguien, por ejemplo, muy interesado en el montañismo, que hace poco elogiaba las maravillas del Internet. La noche anterior, este amigo había estado hablando con un alpinista en Siberia. «Es maravilloso —le dije—, pero ¿has hablado con tu pareja últimamente?, ¿con tus hijos?» Tenemos esta increíble tecnología, pero no parece ayudarnos con la vida que tenemos enfrente. Si el alpinista siberiano

se hubiera presentado en su casa, mi amigo habría llamado a la policía, no tengo la menor duda. Quería conocerlo en una pantalla, no cara a cara.

No pretendo restarle importancia a la tecnología. La computadora —como el lenguaje— es un invento magnífico. Estoy escribiendo este texto en una. No dudo que el Internet sea un recurso grandioso, es como tener la mayor biblioteca del mundo al alcance de la mano. Pero si acumular información fuera a salvarnos, lo habría hecho hace mucho tiempo.

Lo engañoso de este tipo de conocimiento se hizo evidente hace más de veinte años, cuando estuve en Corea y estudié con un monje llamado Byok Jo Sunim, una de las personas más memorables que he conocido. Era un ser casi resplandeciente, irradiaba la alegría que le proporcionaba la práctica. Era extremadamente cariñoso y tenía un maravilloso sentido del humor. También era completamente analfabeto. No podía escribir su nombre.

Un día, hablando con él a través de un intérprete, me di cuenta de que pensaba que el mundo era plano. Me quedé atónito, y desde luego decidí remediarlo. Me remonté a la ciencia elemental y expuse todos los argumentos clásicos: si el mundo es plano, ¿cómo podemos navegar alrededor de él?, ¿cómo es que el barco no se cae por el borde? Se rio. Era inflexible. No logré nada.

Finalmente, dijo: «De acuerdo. Quizá los occidentales tengan razón. Soy solo un viejo analfabeto. El mundo es redondo, y ustedes lo saben, y yo soy demasiado tonto para comprenderlo. ¿Pero saber eso te ha hecho más feliz? ¿Te ha ayudado a resolver tus problemas de vida?»

No, a decir verdad, no. No nos ha ayudado con nuestros problemas en absoluto. Ninguno de nuestros conocimientos lo ha hecho.

Con todo lo que hemos aprendido, los seres humanos no hemos resuelto ni siquiera el simple problema de la convivencia. Disponemos de una tecnología increíble, que puede ponernos en contacto con personas del otro lado del mundo, pero no sabemos cómo llevarnos bien con las de nuestro propio barrio, ni siquiera con las de nuestra propia casa.

Una parte de nuestra cultura se eleva por lo alto y otra apenas si se mueve por el suelo. Estamos atrapados en una ilusión, un formidable juego de prestidigitación que nos ha convencido de que las cosas que producimos nos harán felices. No solo somos el público de este truco, somos también el mago. Nos hemos convencido a nosotros mismos.

Tenemos que profundizar mucho más en nuestra mente. Es como si estuviéramos rodeados de vastos campos, tierra fértil hasta donde podamos ver, pero solo hubiéramos cultivado una pequeña parcela. Hemos hecho un trabajo extraordinario en ese pedazo de tierra, pero necesitamos explorar los campos que lo circundan. Necesitamos alejarnos de todo ese construir y hacer, ir y venir, de todo ese hablar y pensar y leer y escribir.

Silencio no es una palabra perfecta para lo que intento describir. No hay palabras perfectas para hacerlo. En cierto modo, estoy utilizando palabras para describir algo que es la antítesis del discurso (aunque también es certero decir que todo el discurso proviene de ahí). Otros maestros y culturas han utilizado palabras como *vacío,* aunque esas palabras tienen sus propios defectos.

El silencio, tal y como estoy utilizando el término, es una dimensión de la existencia. Se puede vivir en él. En eso consiste la vida espiritual. Es, literalmente, un espacio inagotable e ilimitado impregnado de una vasta quietud. En cierto modo, está dentro de nosotros —es ahí donde lo buscamos—, aunque en algún momento de nuestra exploración, palabras

como *dentro* y *fuera* —y todos los términos espaciales que me he visto forzado a utilizar— no significan nada.

Toda la historia acumulada de la civilización —lenguaje, cultura, pensamiento, comercio— es relativamente pequeña comparada con lo que hay detrás. El silencio es una dimensión de la existencia, y para algunas personas —probablemente a lo largo de la historia— ha sido la dimensión principal. Han sido nuestros individuos más extraordinarios. Han aprendido a habitar el mundo del silencio y a salir de él hacia el mundo de la acción.

Tú, que lees esto, obviamente tienes algún interés en esta dimensión; si no, no lo habrías elegido, en primer lugar, y ciertamente no habrías llegado hasta aquí. Y en realidad no es que esté criticando la otra dimensión de la existencia, aquella con la que todos estamos tan familiarizados, aunque a veces debe parecerlo.

Lo único que quiero decir es que las cosas se han desequilibrado. Tengo que mostrarme crítico solo para que las personas sepan que hay más cosas en la vida de las que se han dado cuenta. Tenemos un condicionamiento tan fuerte hacia el mundo del pensamiento y la acción que necesitamos debilitarlo, disminuir su dominio sobre nosotros, antes de que podamos probar la vasta riqueza del silencio.

La primera ayuda que recibí al respecto fue la de mi primer profesor budista, el maestro zen Seung Sahn. Había venido a Estados Unidos desde Corea y parecía saber solo diez o quince frases en inglés cuando llegó. Pero era extraordinariamente hábil en el uso de esas frases; un maestro del proverbio dhármico. Al principio reparaba lavadoras en lavanderías para mantenerse, y parecía arreglárselas con solo dos frases: «¿Descompuesta? Yo arreglar». Pero al poco tiempo adquirió la reputación de maestro zen, y los viernes por la noche acudían hasta un centenar de personas,

muchas de ellas con estudios universitarios, a escucharlo hablar con esas quince frases.

En la tradición en la que ahora enseño, las entrevistas son bastante informales, pero en su tradición zen eran formales, y cada vez que me dirigía a él, sin importar lo que le dijera, siempre me respondía de la misma manera: «¡Demasiado pensamiento!». Hacía sonar la campanilla y tenía que marcharme. Era muy humillante. Un día tuve al fin una meditación tranquila —cuando hay tiempo suficiente, todos nos conectamos con el silencio— y me acerqué a él muy emocionado con la noticia. En toda esa sesión, le dije, solo había tenido unos cuantos pensamientos débiles. Me miró con total incredulidad y observó: «¿Qué hay de malo en pensar?».

Me estaba diciendo que el problema no es el pensamiento, sino el mal uso que hacemos de él, nuestra adicción a él.

Al final me fui a Corea con él por un año, y recuerdo claramente nuestro vuelo. Saqué una bolsa de libros, todos mis preciados libros de *dharma* que habían sido tan importantes en mi camino hacia la práctica.

—¿Qué es eso? —dijo.

—Son mis libros —le respondí.

—Oh, no —me dijo—. Tú no leer ningún libro todo este año.

¡Ningún libro! ¡Todo el año! No entendía a quién se lo estaba diciendo: a un judío *junkie* intelectual de Brooklyn.

—Ese es justo el problema —dijo—. Ya sabes demasiado. Sencillamente lo sabes todo.

Fue extremadamente difícil para mí. A veces me encontraba leyendo las etiquetas de las botellas de cátsup: tal era mi necesidad de palabras en inglés. Pero seguí su consejo y no leí ningún libro en todo el año. Fue muy liberador. Desde entonces, la lectura es muy diferente para mí, mucho más ligera, con menos apego.

Del mismo modo, cuando hacemos retiros de silencio en nuestro instituto, pedimos a los meditadores que no lean (ni siquiera textos budistas) y que no escriban (ni siquiera diarios de sus experiencias). Eliminar esas dos actividades es otra forma de disminuir el rumor incesante del pensamiento y del lenguaje, de penetrar más profundamente en el silencio.

Entrar en la morada del silencio

El silencio es sumamente tímido. Aparece cuando quiere y se acerca solo a quienes lo aman tal como es. No responde a lo racional, al entendimiento o las exigencias; no responderá si tienes designios sobre él o si hay algo que quieras hacer con él. Tampoco responde a las instrucciones. No se le pueden dar órdenes al silencio como tampoco se le puede ordenar a alguien que te quiera.

Hay prácticas de concentración para alcanzar el silencio, pero ese silencio es relativamente burdo, caprichoso, provisional y frágil, demasiado dependiente de sus condiciones. El silencio del que hablo es mucho más profundo. Nos está esperando, no podemos simplemente aprehenderlo. No lo creamos, encontramos nuestro camino hacia él. Pero tenemos que acercarnos a él con afabilidad, humildad e inocencia.

El camino hacia el silencio está lleno de obstáculos. El mayor de ellos es la ignorancia. No experimentamos el silencio porque no sabemos que existe. Y aunque enfatizo las dificultades, es importante comprender que el silencio es un estado accesible para todos. No es solo para los ermitaños que viven en cuevas en las alturas del Himalaya. Está al alcance de cualquiera.

La primera parte del viaje es a través de la práctica de la conciencia de la respiración. Normalmente, cuando los

principiantes se sientan a seguir la respiración, lo que notan es una tremenda cantidad de ruido —que parece estar muy lejos de la exquisita quietud a la que hago referencia. Los tibetanos tienen una expresión para esta etapa de la práctica: «Observar la mente en cascada». No parece un gran logro. Notas que tu mente es como una catarata, ruidosa y fluyendo todo el tiempo.

Pero el hecho es que la mente de todos es así y la mayoría de las personas no lo saben. Es un gran paso poder verlo. Es muy probable que nuestro mundo esté dirigido por personas que no se dan cuenta de que sus mentes son como Grand Central Station en hora pico. ¿Por qué habría de extrañarnos que estemos en la situación que estamos y que las cosas luzcan de esta manera?

Hay un viejo chiste judío sobre un hombre que adquiere un bello trozo de tela y decide que quiere hacerse un traje. Visita a un sastre experimentado que le toma una serie de medidas, le dice que todo irá bien y que vuelva en un par de días. Cuando vuelve, el sastre le dice:

—No. No he terminado. Vuelva en un par de días más.

Esto sucede cuatro o cinco veces, el cliente ya está bastante preocupado, pero al fin un día se presenta y descubre que el sastre ha creado un traje realmente hermoso.

—Es exquisito —dice el hombre—, pero ¿se da cuenta de que ha tardado más en hacer este traje que lo que Dios tardó en crear el mundo?

—Puede que sí —le responde el sastre—, pero usted está viendo el traje. ¿Ha echado un vistazo al mundo últimamente?

No nos asombra el estado del mundo una vez que somos conscientes de nuestra mente en cascada y nos damos cuenta de que es ella quien dirige la función. Pero no hay que impacientarse. De cualquier manera la impaciencia no ayuda. Si te sientas por un tiempo y tratas de concentrarte en la

inhalación y la exhalación, la mente acabará por calmarse y notarás momentos en los que la respiración es sedosa y suave y simplemente te estarás dejando llevar. También podrás notar la quietud de la pausa entre respiraciones.

He ahí una muestra de silencio en la que se puede hallar un cierto descanso. Es un encuentro con un tipo de energía muy pura. Aún queda mucho por recorrer, pero estos primeros y breves encuentros te dan fe para continuar. Y cuando se trata de silencio, una cierta cantidad de fe es de suma importancia.

Hay tipos de silencio mucho más profundos, pero no se puede llegar a ellos a través del esfuerzo. Una vez que has alcanzado cierta calma a través de la práctica de la meditación *samatha,* el camino hacia el silencio es hacerte amigo de tu ruido, llegar a conocerlo realmente. El mayor ruido es tu ego, tu tendencia a apegarte a las cosas como posesiones, como si fueran tuyas. El ego sabe que no hay lugar para él en el mundo del silencio, porque el silencio no pertenece a nadie. No hay nada de lo que pueda apropiarse. El silencio está donde el ego no está.

Por lo tanto, para acercarse al silencio profundo —una vez que estés preparado para ello—, un enfoque mucho mejor es a través de la conciencia de lo inelegible. Cierta cantidad de silencio está disponible mediante la concentración, pero una calidad diferente de silencio viene de la comprensión —que no genera silencio, sino que descubre lo que ya está allí. Es más probable que encuentres ese silencio en un retiro largo, cuando tu mente cuenta con un periodo extenso para desacelerarse.

Te sientas con la respiración y dejas que todo fluya: pensamientos, sentimientos, sonidos, sensaciones, estados mentales y físicos. Al principio tu atención será selectiva, la dirigirás a esto o aquello, pero con el tiempo esa tendencia

desaparecerá, hasta la respiración tendrá menor importancia, y comenzarás a reconocer lo que sucede, de una manera totalmente indirecta, sentado con absoluta disposición en un estado de receptividad total. No estás a favor ni en contra de nada de lo que va apareciendo, simplemente adoptas una actitud amistosa, curiosa y comprensiva hacia ello.

Cuando se le permite a la mente vagar libremente de esa manera, llega el momento en que se cansa de sí misma. Al fin y al cabo, no hace más que repetir las mismas cosas una y otra vez. Se agota con todo ese ruido y empieza a calmarse. Al hacerlo, te encuentras en el umbral del vasto mundo del silencio.

A veces, en los retiros, los meditadores que acaban de iniciar en la conciencia de lo inelegible vienen a entrevistas y dicen: «No está sucediendo nada». Estamos tan acostumbrados a que *pasen* cosas en nuestras vidas que no conocemos el valor de esa nada. Pero es extremadamente valiosa, es el primer paso hacia el mundo del silencio. No hace falta actuar, solo permanecer ahí.

Otra forma de pensar en la aproximación al silencio es como un derivado de la meditación *vipassana* auténtica. Todo lo que aparezca lo dejas entrar en tu mente, y lo que ves en todo aquello es que es impermanente. En ese ver, hay un dejar ir, y más allá de ese dejar ir está el silencio. Desde la claridad de una mente silenciosa, uno ve la impermanencia con mucha más nitidez. Esa visión nítida permite un mayor desprendimiento y una penetración más profunda en el silencio. Las dos cosas se alimentan de forma recíproca, eso que yo llamo *sabiduría* y lo que llamo *silencio.* Se profundizan mutuamente.

Es verdad que en el umbral del silencio a menudo experimentamos miedo. Es el ego el que siente este miedo. En la atención panorámica que dedicamos a la conciencia de lo

inelegible, al ego no se le permite ocupar el centro del escenario, donde cree pertenecer, y empieza a preguntarse cómo será el silencio, ese lugar donde no estará presente en absoluto. Ese miedo se parece al miedo a la muerte, porque entrar en el silencio es una muerte temporal para el ego. El gran silencio sería su muerte permanente. Naturalmente tiene miedo.

Cuando este miedo surge no es un obstáculo ni un impedimento. Es solo un aspecto más del ruido. El encuentro con ese miedo es muy valioso, y la habilidad que se requiere entonces es simplemente permanecer en él. Con el tiempo desaparecerá, como cualquier otro fenómeno. Cuando eso sucede, lo que queda es el silencio.

He observado en mi propia práctica y enseñanza que alcanzar el silencio está de alguna manera relacionado con la capacidad de manejar la soledad y con nuestra aceptación de la muerte. Para el ego en especial, estas cuestiones están estrechamente relacionadas. Tenemos miedo a estar solos, y miedo a morir, así que nos creamos compañía con nuestros pensamientos, que nos impiden alcanzar el silencio.

Por lo tanto, a menudo es útil para un contemplativo realizar periodos de práctica con la conciencia de la muerte. Aparte de su valor inherente, nos ayuda a entrar en el reino del silencio, al que tememos porque —al igual que la muerte— es desconocido. En realidad ese reino es absolutamente maravilloso, un inmenso alivio, pero la mente no lo sabe. También puede ser útil, cuando un meditador se siente preparado, hacer autorretiros prolongados en los que se puede encontrar la soledad de una manera profunda. Una vez que nos hayamos hecho amigos de nuestra soledad, el silencio será mucho más accesible.

Dentro de este contexto podría contar una historia muy personal. Mi padre murió hace poco, tras una larga enfermedad. Habíamos estado siempre muy unidos, y tuve que

sobrellevar un gran duelo. A veces creía que lo llevaba bien, otras veces no tanto. Soy humano, como todos, con tendencias a negar, reprimir, huir e intelectualizar.

Llevé sus cenizas a Newburyport, Massachusetts, donde suelo realizar autorretiros, y las deposité en el río Parker, que las llevaría hasta el océano Atlántico (que a él le encantaba). Después fui a la casa donde hago mis retiros. Ya había meditado muchas veces con el dolor que me causaba su ausencia, pero en algún nivel, me di cuenta entonces, ni siquiera había empezado, pues ese día me encontré con más dolor del que había creído posible.

Previamente había detectado rasgos de autocompasión en mi duelo, también de lástima por mi padre. Mi egoísmo estaba ahí, impidiendo que el dolor floreciera en plenitud. Pero ahora había una experiencia directa del dolor sin ninguna contención, una entrada directa en él durante un largo periodo de verdadera intimidad. Finalmente el dolor terminó. Más allá había un inmenso silencio.

Ese día aprendí mucho sobre el modo en que los componentes del yo nos impiden sentir plenamente, y sobre lo que está a nuestra disposición si los dejamos ir. Otro término para referirse a ese silencio es *presencia absoluta,* que solo es posible en la ausencia absoluta del yo.

Los meditadores a menudo se preguntan qué hacer cuando llegan al silencio. Normalmente tenemos objetivos. A veces, en esencia, le tenemos miedo, queremos saborearlo brevemente y salir de él. Otras veces nos sentamos en el silencio llenos de expectación, esperando que ocurra algo. Vemos el silencio como una puerta hacia algo más. Es una puerta a lo incondicional, pero si intentamos usar esa puerta para llegar hasta ahí, permanecerá cerrada.

Si buscamos con demasiado afán que ocurra algo especial, el silencio se derrumba. O desaparece, también, si lo

convertimos en una experiencia personal, nombrándolo, ponderándolo, evaluándolo, comparándolo con otras experiencias que hayamos tenido, preguntándonos qué contaremos a nuestros amigos sobre él o cómo le daremos la forma de un poema.

Lo que tenemos que hacer es entregarnos a él. Permitir que esté ahí. Podría parecer que solo es un vacío, una pausa de la vida real, pero es solo un fallo del lenguaje. El silencio es mucho más que eso.

Así que lo que aconsejo que hagan los meditadores cuando se encuentren con el silencio es: absolutamente nada. Báñate en él. Deja que actúe sobre ti. La experiencia te hará darte cuenta de lo inadecuada que es la palabra *silencio* para lo que estoy describiendo. En realidad es un estado altamente emotivo, lleno de vida. No podría ser más rico. La energía en él es sutil y refinada pero extremadamente poderosa. No tiene que disculparse con la acción.

El silencio también está lleno de amor y compasión. Después de haber sido abrazado íntimamente por el silencio, sales sintiéndote mucho más abierto al mundo. También sales —y esto suena extraño, pero es cierto— más inteligente. No has adquirido ninguna información, por supuesto. Hablo de otro tipo de inteligencia, una inteligencia intrínseca. Eres más amable, más sensible, más compasivo. No puedes conseguir estas cosas intentándolo, pero si valoras el silencio por sí mismo, las encontrarás ahí.

El silencio en acción

Cualquiera que practique la meditación sin duda ha experimentado el silencio de alguna manera. Tal vez hayas tenido diez segundos durante una sesión en los que de repente te

quedaste en silencio y calma —sin saber por qué— y te levantaste renovado, impregnado de una nueva energía. Quizá hayas salido de una sesión y notaste que el mundo se veía diferente, o se sentía diferente, acaso solo por un momento. Después de un retiro los meditadores suelen decir que se sienten más compasivos. No estaban tratando de desarrollar esa cualidad, simplemente sucedió.

Pero el silencio del que hablo no ocurre solo en la meditación, y no es algo que se tenga que terminar ahí. De hecho no se ve perjudicado por el ruido. No es la clase de silencio que es lo opuesto al ruido. Es una cualidad intrínseca a nosotros, una energía inagotable. No depende de la aprobación de los demás, de lo que nos ocurra en el mundo. No es una experiencia que tengamos de vez en cuando. Es una plenitud inherente, que puede impregnar nuestra vida. Podemos llevarla al mundo y actuar desde ahí.

El silencio en acción es el hacer sin hacer, en el que *solo* se lavan los platos, *solo* se aspira el suelo. El ego no está presente. A cualquier cosa que hagamos normalmente le ponemos un «yo», la consideramos una posesión, algo nuestro. Pero el silencio es el lugar donde no hay ego, y el silencio en la acción implica actuar en el mundo sin querer que la acción sea mía. En el proceso de unión con la actividad concreta nos olvidamos del yo, al menos temporalmente, y nos unimos con la intensidad que ahí reside.

Varias tradiciones llegan a esta verdad de diferentes maneras. En China, una de las respuestas a la pregunta «¿Qué es la iluminación?» era «Comer arroz y beber té». En realidad, se puede comer y beber cualquier cosa, pero *solo* comer y beber. La preocupación por el yo queda en suspenso y las profundidades del silencio en el mundo ordinario se hacen evidentes. Puedes hacer lo mismo con cualquier actividad. Eso es lo que el zen designa con *no mente* o *mente*

clara. Te alejas de tus condicionamientos pasados y te encuentras fresco, vivo e inocente en el momento.

Otra respuesta a esa vieja pregunta es: «La hierba es verde, el cielo es azul». Todos lo sabemos, claro está, pero cuando la mente recién ha salido de la experiencia de estar impregnada en el silencio, lo ve realmente. Es una experiencia incomparable.

Cuando comenzaba a meditar, una tarde en mi apartamento de Cambridge, salí a la calle después de terminar una sesión y vi un taxi amarillo estacionado en la esquina. Me encontraba esperando a un amigo, seguía en contacto con la respiración y me concentré en el taxi. Y lo vi de verdad. Vi el amarillo. (Entendí por qué lo llaman *yellow cab.*) Me brotaron las lágrimas. En ese estado, cualquier cosa podría haber tenido el mismo efecto. Me podría haber sucedido con una lata de cerveza aplastada.

Cuando la mente está despejada de toda obsesión por «lo mío», la vida simplemente se hace presente. Las palabras no pueden describirla. Tiene un enorme impacto en nosotros y la experimentamos con mucho más profundidad. Los intentos y esfuerzos no nos conducen a ese lugar. Una visión clara y abierta lo hace.

Lo que quiero decir es que no hay que desechar la cultura ni abandonar nuestra participación en el mundo. Solo situar las cosas en un mejor equilibrio. No he encontrado ninguna manera de entrar en contacto con el silencio excepto yendo a retiros prolongados, con otros meditadores o por mi cuenta. Necesito un periodo sin responsabilidades en el que la mente pueda terminar con su preocupación por sí misma e instalarse en su propia naturaleza.

Pero no considero esos retiros como los únicos momentos que valen la pena, ni siquiera los más valiosos. Eso reduciría mi vida más o menos a un mes al año, o —peor

aún— a tan solo unos momentos de introspección singular. Tengo una vida muy activa fuera de los retiros, y la clave para mí es llevar al mundo lo que aprendo meditando. La misión del *dharma* consiste en convertirse más y más en esa gran mente que se va olvidando de sí y de la historia de su vida. Lo que queda es claridad.

No podemos anhelar ese estado. Todos estamos aprendiendo a ser libres, y la única manera de lograrlo es reconocer las formas que nos esclavizan. De vez en cuando tenemos revelaciones importantes, pero más a menudo son modestas. Los momentos de preocupación se convierten en momentos de libertad cuando vemos dentro y a través de ellos.

En cierto modo, todas estas verdades se expresan en una de las historias más famosas del budismo, el encuentro entre Bodhidharma y el emperador Wu. Bodhidharma fue un gran maestro indio, y se le atribuye haber llevado el zen a China. Cuando llegó, los chinos ya habían estado expuestos a las doctrinas del budismo y habían logrado cosas notables con ellas, pero su interés era principalmente en la teoría y la erudición. Eran excepcionales con las traducciones y los comentarios, pero nadie alcanzaba la libertad. Bodhidharma, en cambio, era un gran maestro de la práctica. Tras este encuentro pasaría nueve años sentado en solitario.

El emperador estaba ansioso por conocerlo e inmediatamente le planteó una pregunta.

—He aportado enormes cantidades de dinero para la construcción de templos, la financiación de monjes y monjas, la salud de la *sangha* en general. ¿Cuánto mérito obtengo por todo eso?

Bodhidharma pudo ver que el emperador hablaba desde su apego al yo. Si hubiera hecho esas cosas con otro espíritu, los resultados podrían haber sido diferentes.

—Ningún mérito en absoluto —dijo Bodhidharma.

El emperador se quedó atónito. No estaba familiarizado con este tipo de pensamiento (o de no pensamiento). Intentó otro enfoque.

—¿Qué puedes decirme sobre el sagrado Dharma? —preguntó.

Le estaba pidiendo a Bodhidharma que expusiera la teoría budista, un tema sobre el que los eruditos chinos podrían haberse extendido eternamente.

—Nada sagrado —dijo Bodhidharma—. Solo el vasto espacio.

Este era un hombre que había pasado algún tiempo en la morada del silencio.

El emperador estaba exasperado. No estaba logrando nada. Lo tomó como un insulto personal.

—¿Quién es el que está ante mí haciendo estas declaraciones? —preguntó.

Bodhidharma lo miró directamente a los ojos.

—No tengo idea —le dijo.

Es cuando no tenemos idea, que finalmente vemos las cosas como son.

El silencio

La amorosa contemplación de la tiniebla

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María la Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al lado al discípulo predilecto, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Después dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Desde aquel momento el discípulo se la llevó a su casa.

JUAN, 9, 25-27

Cuando se nos acaban las esperanzas, podemos llorar con amargura —como Pedro—, quitarnos de en medio —como Judas— o desentendernos —como Pilato. Todas estas posibilidades están ahí: nos implicamos o nos escapamos, nos bañamos o guardamos la ropa. Pero hay una más: también cabe esperar y sostenerse gracias a quién sabe qué fuerzas, confiar en medio de la noche. Esto es, precisamente, lo que celebra el Sábado Santo, protagonizado por una mujer que, traspasada por la aflicción, se mantuvo al pie de la cruz y junto al sepulcro.

A María de Nazaret no solo le habían quitado a su hijo, también le habían arrebatado su fe. Porque ella creía que su hijo era divino, tal y como se le había anunciado. Sabía que, con todas las circunstancias que precedieron y siguieron a este hecho, el nacimiento de su niño había sido muy singular. Ahora, con su muerte, todo eso había quedado en

suspenso y el fundamento de su vida se había resquebrajado. ¿Cómo viviría en adelante? Porque no es normal sobrevivir a quien engendramos. El dolor que se experimenta es tan grande que parece no dejar espacio para nada más. En María, sin embargo, milagrosamente, sí que cupo algo más: la fe, puesto que ella siguió creyendo —contra toda esperanza— en las alucinantes promesas de su hijo. Sufrió, sí, pero no claudicó ni siquiera cuando todas las pruebas le decían que debía desistir. La Dolorosa representa a la humanidad entera cuando pierde a Dios.

Poco antes de afrontar sus últimas horas, Jesús les había dicho a sus discípulos que no les dejaría huérfanos (Juan, 14, 18). Ninguno de ellos se acuerda ya de estas palabras, solo María. Ella las ha guardado en su corazón de madre y, por eso, en esta hora amarga, no desespera. El dolor no se le ahorra, pero sí que se le ahorra la desesperación. Porque no se puede vivir en estado de gracia y estar desesperado al mismo tiempo. La clave es, pues, guardar palabras de vida en el corazón. Eso nos hace resistir —con dignidad— a la desgracia.

Al pie de la cruz está la madre y el hijo, es decir, el pasado y el futuro. Solo con el pasado y el futuro, podemos sostenernos en el presente. Sin pasado ni futuro no hay presente. La solidaridad con quienes fuimos y con quien seremos es la única fuerza para hacer frente a las amenazas del presente. Que al pie de esa cruz estén solo estas dos figuras significa que, si no queremos sucumbir a la cruz que nos toque padecer, también nosotros hemos de dar entrada a nuestra madre interior y al discípulo amado que tenemos dentro. Sin ellos, no nos mantendremos al pie de nuestra cruz.

María es el arquetipo de la virginidad, es decir, de la pureza de corazón. Juan es el arquetipo del discipulado y de la

amistad, es decir, de la intimidad con Cristo. Solo con estos presupuestos deja la cruz de ser destructiva y se convierte en fuente de luz.

Este nuevo nacimiento de la luz es posible no solo por Cristo, que se entrega a esa pérdida absoluta que es la muerte. También lo es por María, que abraza el cuerpo de su hijo difunto. Esta vida nueva, por tanto, la abren tanto Cristo como María: Cristo, por su parte, entregando su vida; María, por la suya, abrazando ese vacío y esa pérdida. Adán y Eva no aceptan la culpa y se rebelan contra ella; Cristo y María, en cambio, la toman consigo y la abrazan.

La mayor parte de los seres humanos nos hemos sentido, al menos alguna vez, huérfanos de Dios. Pocos lo formularían hoy en estos términos. Más bien dirían huérfanos de sentido y perplejos ante el futuro. Sea con una formulación u otra, lo cierto es que muchos estamos perdidos en el ir y venir de circunstancias de todo tipo e incapaces de comprender —y mucho menos de vivir— lo que nos va tocando afrontar. Todos nuestros miedos y preocupaciones derivan de este sentimiento de orfandad. Cabría decir que la sociedad contemporánea vive en una especie de Sábado Santo global que ya dura décadas, quizá siglos. Si nos diéramos cuenta de que nada de cuanto sucede escapa a una mirada misteriosa y providente, sin embargo, los problemas seguirían afligiéndonos, cierto, pero nunca nos abatirían. Pasaríamos noches oscuras (todos las conocemos), pero todas ellas —todas sin excepción— acabarían en alborada.

Hay pensadores que han escrito que hoy vivimos una noche oscura colectiva. Que ya no es posible creer en Dios después de Auschwitz o de la bomba atómica. Que el silencio

de Dios, ante el tormento de los inocentes, es un signo preclaro de su inexistencia. El silencio de Dios es la gran cuestión. ¿No le ofende a Dios la injusticia? ¿Es el silencio su respuesta ante el horror?

Dios no resuelve los problemas del mundo, tampoco los explica. La pregunta por el mal sigue sin respuesta. Pero eso no significa en absoluto que se desentienda o que huya de ellos, sino más bien —y esto es la fe— que los mira silenciosa y amorosamente. ¿Los mira? En efecto, ante el grito humano, Dios no ofrece teorías ni soluciones, sino una (discreta) presencia de amor que nos responsabiliza y pone en acción. En ese sentido, cabría decir que la humanidad es la meditación de Dios.

Quienes meditamos estamos llamados a asumir ante el dolor del mundo la misma actitud que, según esto, asume el propio Dios: el silencio, que es la otra cara del grito. El silencio que escucha el grito. El silencio que permite que ese grito llegue a las entrañas. Porque solo de esa escucha —de esa amorosa contemplación del grito— puede brotar la verdadera redención. Un buscador espiritual nunca resolverá intelectualmente este problema del silencio de Dios, pero lo disolverá entrando meditativamente en él. Ser contemplativo es haber comprendido que el silencio es la gran revelación, la respuesta al dolor, la puerta de la luz. Que el silencio no está ahí para ser comprendido, sino para que nos sumerjamos en él hasta descubrir el tesoro que esconde. La palabra se niega a sí misma para que se escuche de dónde nace y adónde apunta. El silencio es la forma más discreta, paradójica e intensa del misterio de la salvación.

Todas estas palabras resultan sin duda demasiado grandes —cuando no directamente ofensivas e intolerables— mientras se persista en el generalizado infantilismo religioso. Es preciso dejar ya de esperar que Dios nos ayude desde arriba —como si fuera un mago que, con su varita mágica, arregla caprichosamente todo lo que se ha torcido. Un Dios verdadero solo puede apelar a la madurez humana. No peticiones infantiles. No preguntas retóricas. No huidas sistemáticas al entretenimiento. Es preciso despegarse de todas las formas religiosas, lo que en absoluto significa descuidarlas o dejar de utilizarlas. Pero conviene recordar a cada instante que solo son medios (solo caminos, caminos posibles entre otros muchos caminos, también posibles) para la consecución de un fin. Sí, es preciso morir a Dios para llegar a Dios. Morir a nuestras ideas de Dios, a nuestra experiencia de Dios —como María, como Abraham— para vivir el misterio de la vida más allá de toda compresión simplemente racional. Si Dios responde pudorosamente ante el sufrimiento del inocente, la meditación es la respuesta pudorosa a la aflicción del mundo. Solo desde ahí nuestra respuesta activa podrá ser sólida y fructífera.

Dios se escucha a sí mismo en el hombre que guarda silencio. Pero la Suya no es una escucha narcisista y autosatisfecha, sino dramática y pacífica a un tiempo; poliédrica, apasionada. Él vive en quien se silencia de toda forma para entrar en el fondo del misterio.

Según la Tradición, en el Sábado Santo Cristo bajó a los infiernos, es decir, la luz abrió las puertas de las sombras para que quedaran iluminadas y perdieran su aguijón. Lo que ha

quedado abajo (lo inferior e irredento, lo subconsciente) tiene, pues, su oportunidad de cambiar de signo. La visita al infierno es siempre lo que precede a la definitiva irrupción de la luz. Pero ¿resistiremos a esta intemperie? ¿Seremos capaces de mantenernos confiadamente en medio de ese largo y gélido vacío?

Anexos

La esencia del arte de hablar se encuentra en no hablar. Si consideras que puedes llevar a cabo algo sin hablar, hazlo sin decir palabra. Si algo no se puede hacer sin hablar, deben pronunciarse muy pocas palabras, dentro de lo razonable.

Es vergonzoso abrir la boca indiscriminadamente, y se dan muchos casos en que la gente da la espalda al que lo hace. —YAMAMOTO TSUNETOMO, *Hagakure: el camino del samurái*

Es una ambición cobarde pretender obtener gloria de la ociosidad y del ocultamiento. Tenemos que hacer como los animales, que borran su rastro a la entrada de su guarida. No has de buscar más que el mundo hable de ti, sino cómo has de hablarte a ti mismo. Retírate en tu interior, pero primero prepárate para acogerte; sería una locura confiarte a ti mismo si no te sabes gobernar. Uno puede equivocarse tanto en la soledad como en la compañía. Hasta que no te hayas vuelto tal que no oses tropezar ante ti, y hasta que no sientas vergüenza y respeto por ti mismo, represéntate siempre en la imaginación a Catón, Foción y Arístides, ante los cuales aun los locos ocultarían sus faltas, y establécelos como censores de todas tus intenciones. —MICHEL DE MONTAIGNE, «La soledad», en *Los ensayos*

«¡La gran desgracia de no poder estar solo!», dice en algún sitio la Bruyère, como para avergonzar a todos aquellos que corren a olvidarse entre la muchedumbre, temiendo, sin duda, no poder soportarse a sí mismos.

«Casi todas nuestras desgracias nos vienen de no haber sabido quedarnos en nuestra habitación», dice otro sabio, creo que Pascal, llamando, así, a la célula del recogimiento a todos aquellos alocados que buscan la felicidad en el movimiento y en una prostitución que podría llamar *fraternal,* si quisiera hablar el hermoso lenguaje de mi siglo. —CHARLES BAUDELAIRE, *Pequeños poemas en prosa*

El tiempo de la despreocupación. Cuando alguien ha gozado de una mañana de la vida activa y rica en tormentas, sobre la hora del mediodía de la vida se apodera de su alma una singular avidez de quietud, que puede durar lunas y años. Él queda rodeado de silencio, las voces suenan lejos y más lejos, el sol brilla recto sobre su cabeza. En una oculta pradera del bosque ve al gran Pan durmiendo: todas las cosas de la naturaleza se han

dormido con él, le parece ver una eternidad en la cara. No quiere nada, no se preocupa de nada, su corazón calla, solo vive su ojo, es una eternidad con ojos despiertos. —FRIEDRICH NIETZSCHE, «The Wanderer and His Shadow», en *Human, All Too Human: A Book for Free Spirits*

Llegar a no apreciar más que el silencio equivale a realizar la expresión esencial del hecho de vivir al margen de la vida. En los grandes solitarios y los fundadores de religiones, el elogio del silencio posee raíces mucho más profundas de lo que suele imaginarse. Para ello es necesario que la presencia de los seres humanos nos haya exasperado, que la complejidad de los problemas nos haya hastiado hasta el punto de que ya no nos interesemos más que por el silencio y sus gritos.

La fatiga conduce a un amor ilimitado al silencio, pues ella priva a las palabras de su significado para convertirlas en sonoridades vacías; los conceptos se diluyen, la fuerza de las expresiones se atenúa, toda palabra dicha u oída se desintegra, estéril. Todo lo que va hacia el exterior, o procede de él, no es más que un murmullo monótono y lejano, incapaz de despertar el interés o la curiosidad. Nos parece entonces inútil opinar, adoptar una posición o impresionar a alguien; el ruido al que hemos renunciado se suma al tormento de nuestra alma. En el momento de la solución suprema, tras haber desplegado una energía loca para intentar resolver todos los problemas y afrontado el vértigo de las cimas, hallamos en el silencio la única realidad, la única forma de expresión. —E. M. CIORAN, *En las cimas de la desesperación*

Se da en la filosofía y en la literatura contemporáneas una exaltación del silencio. El secreto, el misterio, la insondable profundidad de un mundo sin palabras y que hechiza. La palabra (parloteo, indiscreción, pretensión) rompe este hechizo. Hay un gusto en olvidar que, a la vez que lugar natural de la paz y de la «armonía de las esferas», el silencio es también agua estancada, agua que duerme, en la que se pudren los odios, las malas intenciones, la resignación y la cobardía. Olvidamos el silencio agobiante y opresor, el que emana de los «espacios infinitos», espantosos para Pascal. Olvidamos la inhumanidad de un mundo silencioso. —EMMANUEL LEVINAS, *Escritos inéditos 2. Palabra y silencio*

El silencio de los animales es diferente del silencio de los hombres. El silencio de los hombres es transparente y claro porque se enfrenta al mundo, libera la palabra en todo momento y la recibe de nuevo en su seno [...]. El silencio de los animales es pesado como una roca. Los animales se mueven entre bloques de silencio, tratando de liberarse de ellos pero

encadenados a ellos para siempre. [...] Es como si el silencio de los animales fuera materialmente tangible. Se abre camino directamente a través del exterior del animal, y los animales no pueden redimirse, no solamente porque carecen de habla, sino también porque el mismo silencio no sirve para su redención: es un silencio duro, coagulado. —MAX PICARD, *El mundo del silencio*

Un libro no escrito es algo más que un vacío. Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste. Es una de las vidas que podríamos haber vivido, uno de los viajes que nunca emprendimos. La filosofía enseña que la negación puede ser determinante. Es más que una negación de posibilidad. La privación tiene consecuencias que no podemos prever ni calibrar adecuadamente. Es el libro que nunca hemos escrito el que podría haber establecido esa diferencia. El que podría habernos permitido fracasar mejor. O tal vez no. —GEORGE STEINER, *Los libros que nunca he escrito*

Cuánto mejor es el silencio; la taza de café, la mesa. Cuánto mejor no es sentarme al lado de mí mísma como el ave marina solitaria que abre sus alas en el poste. Deja que me siente aquí con cosas desnudas, con esta taza de café, con este cuchillo, con este tenedor, cosas en sí mismas, yo siendo yo misma. —VIRGINIA WOOLF, *Las olas*

Lucian Freud me mira muy de cerca, haciendo un gesto de medición, luego se vuelve hacia el lienzo y pone una marca —o, lo que también es posible, se detiene en el último momento, reconsidera y observa de nuevo [...].

La experiencia de posar es la de ser un sujeto —o más bien un objeto— completamente pasivo, sin moverse, a menudo sin hablar, solo mirando, mientras te observan con el mayor escrutinio. Sin embargo, Freud me dice: «Tengo la impresión de que me estás ayudando mucho».

Efectivamente, sigo muy interesado en el proceso y, en consecuencia, atento, rara vez dejándome llevar por el aburrimiento. Por otro lado, mi impaciencia temperamental sigue presente bajo la superficie. Deseo que el cuadro siga adelante, deseo que esté terminado. —MARTIN GAYFORD, *Man with a Blue Scarf: On Sitting for a Portrait by Lucian Freud*

La naturaleza tiene muchas artimañas para convencer al hombre de su finitud —el incesante fluir de las mareas, la furia de la tormenta, la sacudida del terremoto, el largo retumbar de la artillería del cielo—, pero la más tremenda, la más sorprendente de todas es la fase pasiva del silencio blanco. Cesa todo movimiento, el aire se despeja, los cielos se vuelven

de latón; el más pequeño susurro parece un sacrilegio, y el hombre se torna tímido, asustado del sonido de su propia voz. Única señal de vida que viaja a través de las espectrales inmensidades de un mundo muerto, tiembla ante su propia audacia, se da cuenta de que su vida no vale más que la de un gusano. Surgen extraños pensamientos no llamados, y el misterio de todas las cosas pugna por darse a conocer. Y el temor a la muerte, a Dios, al universo, se apodera de él, la esperanza en la resurrección y la vida, su deseo de inmortalidad, la lucha vana de la esencia aprisionada. Entonces, si alguna vez ocurre, el hombre camina solo con Dios. —JACK LONDON, «El silencio blanco», en *La quimera del oro*

Tantos querían proyección. Sin saber cómo esta limita la vida. Mi pequeña proyección hiere mi pudor. Incluso lo que yo quería decir ya no puedo. El anonimato es suave como un sueño. Y estoy necesitando ese sueño. Por otra parte yo ya no quería escribir. Escribo ahora porque necesito dinero. Lo que quería era quedarme callada. Hay cosas que nunca escribí, y moriré sin haberlas escrito. Por ningún dinero. Hay un gran silencio dentro de mí. Y ese silencio ha sido la fuente de mis palabras. Y del silencio ha llegado lo que es más precioso que todo: el propio silencio. —CLARICE LISPECTOR, *Revelación de un mundo*

Pasábamos por la calle del Pájaro, delante de la Hostería del Pájaro Herido, con su gran patio, en el que entraban algunas veces, allá en el siglo XVII, las carrozas de las duquesas de Montpensier, de Guermantes y de Montmorency, cuando las señoras tenían que ir a Combray con motivo de alguna diferencia con un arrendador o de una cuestión de homenaje. Salíamos al paseo, y por entre sus árboles se veía asomar el campanario de San Hilario. De buena gana me habría sentado allí para estarme toda la tarde leyendo y oyendo las campanas: porque estaba aquello tan hermoso, tan tranquilo, que el sonar de las horas no rompía la calma del día, sino que extraía su contenido, y el campanario, con la indolente y celosa exactitud de una persona que no tiene más quehacer que ese, apretaba en el momento justo la plenitud del silencio para exprimir y dejar caer las gotas de oro que el calor había ido amontonando en su seno lenta y naturalmente. —MARCEL PROUST, *Por el camino de Swann*

A veces es necesario guardar silencio durante meses antes de que se produzca la imagen central de un libro. No escribo todos los días, leo todos los días, pienso todos los días, trabajo en el jardín todos los días, y reconozco en la naturaleza la misma lenta complicidad. La misma fatalidad. El momento llegará, siempre llega, se puede predecir, pero no exigir. No

pienso en ello como una inspiración. Lo veo como una preparación. Un escritor vive en un estado constante de preparación. Para mí, los fragmentos de la imagen que busco son de carácter estelar; me seducen, como lo hacen las estrellas, busco describirlos, interpretarlos, pero no puedo poseerlos, están demasiado lejos. —JEANETTE WINTERSON, *Art Objects: Essays on Ecstasy and Effrontery*

Mucha poesía ha sentido la tentación del silencio. Porque el poema tiende por naturaleza al silencio. O lo contiene como materia natural. Poética: arte de la composición del silencio. Un poema no existe si no se oye, antes que su palabra, su silencio. —JOSÉ ÁNGEL VALENTE, *Obra poética. 2. Material memoria (1977-1992)*

¿Por qué se dice romper el silencio y no liberar el silencio, o acallarlo, que sería muy poético y nos remitiría al zumbido en los oídos, que tan molesto resulta? ¿Por qué se dice de alguien que es muy silencioso como si anduviera por el mundo de puntillas, cuando en realidad resulta que habla poco? ¿Es hablar la forma más premeditada de romper el silencio? ¿Por qué resulta incómodo en una cena de amigos y no en el pico de una montaña? ¿Qué sucederá en las escasas cenas de amigos en picos de montañas? ¿Por qué guardar silencio puede ser lo más noble y lo más infame, si lo que se guarda es lo mismo? ¿Por qué no dices algo? [...] ¿Es el silencio, quizá, una traición al movimiento, y por lo tanto un anuncio fugaz del fin de todas las cosas? —PEDRO ZARRALUKI, *La historia del silencio*

Se diría que las palabras se detienen únicamente ante otras palabras. Se hace silencio si hay palabras; si no, no. Supongo, entonces, que de esto la literatura se salva, ya que su materia es materia verbal: no está hecha de otra cosa que de palabras. En efecto: leemos callados. O, dicho a la inversa: nos callamos para ponernos a leer.

Descubro ahora que en eso radica, probablemente, una parte de la felicidad que la costumbre de la lectura me proporciona: lo hago en silencio. Después de tanto y tanto hablar, aun de literatura, abro un libro y así puedo por fin callarme. Y no es solo esa voz la que por fin se calla: la que uso para hablarles a los otros. Ocurre lo mismo con la vocecita que habla en mí, que me habla a mí, dentro de mí, para mí solo. Cuando me pongo a leer, cuando abro un libro y me concentro en la lectura, por fin para: calla, se acalla. Descubro ahora que el infinito placer que la costumbre de la lectura me depara se debe, en buena medida, a eso. —MARTÍN KOHAN, «Hacer silencio», en el blog de Eterna Cadencia.

Durante mi adolescencia, en Arabia, yo escapaba al desierto, ataviado solo con una manta, y pasaba días enteros escuchando sus sonidos. Para mí era el contrapunto perfecto de la sinagoga, cuyo bisbiseo, la procesión de la salmodia monótona, ciega la palabra. Lo que allí en balde se buscaba, a través de la oración, se hallaba en el desierto: el único lugar que he conocido en que el ruido no es el ruido; donde permanece la esencia del silencio hablado, la memoria impresa. —EDMOND JABÈS, «Conversación con Edmond Jabès», en *Atlántica. Revista de Arte y Pensamiento*

La gran riqueza del noviciado Sahariano es, sin duda, la soledad y la alegría de la soledad, el silencio. Un silencio, el verdadero, que penetra por todas partes, que invade todo el ser, que habla al alma con una fuerza maravillosa y nueva que ciertamente no conoce el hombre distraído.

Aquí abajo se vive siempre en silencio y se aprende a distinguir sus matices: silencio de la iglesia, silencio de la celda, silencio de trabajo, silencio interior, silencio del alma, silencio de Dios.

Para aprender a vivir estos silencios, el maestro de novicios nos deja partir para algunos días «de desierto».

Una espuerta de pan, algunos dátiles, agua, la Biblia.

Un día de camino: una gruta.

Un sacerdote celebra la santa misa, y después se marcha, dejando en la gruta, sobre un altar de piedras, la Eucaristía. Así, durante una semana, quedaremos solos con la Eucaristía, expuesta día y noche.

Silencio en el desierto, silencio en la gruta, silencio en la Eucaristía. No hay oración tan difícil como la adoración de la Eucaristía. En ella la naturaleza se rebela con todas sus fuerzas.

El hombre preferiría transportar piedras bajo el sol. La sensibilidad, la memoria, la imaginación, todo es mortificado. Solo triunfa la fe; y la fe es dura, oscura, desnuda.

Ponerse ante lo que tiene aspecto de pan y decir: «Ahí está Cristo vivo y verdadero», es pura fe.

Pero nada alimenta más que la fe pura; y la oración de la fe es la verdadera oración. —CARLO CARRETTO, *Cartas del desierto*

En *Las tentaciones de san Antonio Abad,* el Bosco pintó al santo —uno de los primeros ermitaños del siglo IV y fundador de la vida monástica— rodeado de las distracciones demoniacas que intentaron perturbarlo, según el relato cristiano. En la versión del pintor flamenco aparece meditando y acurrucado bajo un árbol hueco, imperturbable ante los pequeños monstruos y objetos que intentan seducirlo, como si la inmersión en el silencio apagara el ruido que hay a su alrededor. La obra se realizó entre 1510 y 1515, pero hasta el día de hoy es un símbolo de la vida ascética —una tradición que se remonta a la antigua Grecia y las civilizaciones orientales. Los Antonio Abad del mundo contemporáneo, inmersos en el ruido capitalista, cambiaron la cueva y el desierto por los retiros espirituales, la huida de la ciudad al campo y las prácticas budistas. Los tiempos han cambiado, los ruidos y las distracciones se han multiplicado, pero la búsqueda eremita permanece intacta.

Los autores de este libro son un ejemplo de esos distintos caminos y reflexiones que existen alrededor del silencio. José Manuel Velasco, editor invitado de la antología, y Gris Tormenta comparten una selección de textos y obras —una biblioteca del silencio muy personal— que continúa explorando la tierra de los ascéticos.

La nube del no saber, anónimo (siglo XIV). Es uno de los textos clásicos de la literatura religiosa en lengua inglesa. El autor describe su experiencia espiritual a un discípulo con el fin de guiarlo en la contemplación (un estado espiritual de silencio mental en el cristianismo). Gracias a este viaje psicológico y emocional, el contemplativo se encamina en la búsqueda del encuentro con Dios desde la conciencia personal. El texto también aborda temas discutidos entre los grupos religiosos de la época, como la inmanencia y la trascendencia.

Robinson Crusoe, de Daniel Defoe (1719). Una novela que narra la vida de un hombre que naufraga y permanece en una isla desierta durante veintiocho años. Durante este periodo, el protagonista se enfrenta no solo a los peligros de la naturaleza, sino al aislamiento extremo. Robinson aprende a combatir el silencio en el que vive —solo puede hablar consigo mismo—, a través de la palabra escrita y la oración. La soledad le permite

estar en contacto con un mundo espiritual que no conocía hasta entonces y que era lo opuesto a lo que él buscaba: aventuras.

El arte de callar, de Joseph Dinouart (1771). Escrito en París por un abate y polígrafo, este ensayo es un «manual» para guardar silencio. En la presente inducción (históricamente se nos enseña a hablar, pero no a enmudecer), el autor estipula los principios necesarios para callar, los distintos tipos de silencio y algunas observaciones como «hablar mal, hablar demasiado o no hablar bastante son los defectos ordinarios de la lengua». Para el autor, callar no es dejar de comunicarse con los demás, sino saber hacerlo a través del silencio.

Hambre, de Knut Hamsun (1890). En esta novela del nobel noruego se muestra a un escritor sin nombre que deambula por Oslo durante meses, atormentado por su oscuro mundo interior. El personaje tiene dificultades para relacionarse con su entorno y está sumido en un silencio casi absoluto: es en apariencia mudo y contenido, pero posee una personalidad de angustia indecible, llena de desesperación, delirios, cambios bruscos de ánimo y miedo a sí mismo.

El mundo en el que vivo, de Helen Keller (1908). La autora quedó ciega, sorda y muda cuando tenía un año, pero gracias a los esfuerzos de su educadora particular pronto aprendió a comunicarse y, con ello, a llevar una vida con más libertad. Este libro es una compilación de ensayos que muestran su forma de percibir el mundo y, al mismo tiempo, una respuesta a sus críticos y editores (que la discriminaban y encasillaban por su condición). También ejemplifican que el silencio de los sentidos no significa el silencio interior, sino lo contrario.

«Boredom», de Siegfried Kracauer (1924). Como respuesta a los cambios sociales provocados por la modernidad industrial, el escritor alemán presenta en este ensayo dos formas distintas del aburrimiento: una relacionada a la monotonía de la vida cotidiana y otra ligada al tiempo de ocio —a la que llama *aburrimiento verdadero* o *radical*—, en donde una persona podría reconocer los bombardeos y las opresiones de la vida moderna. Kracauer ve esta segunda forma de aburrimiento como un espacio potencial para la autorreflexión y el cambio.

Esperando a Godot, de Samuel Beckett (1952). La obra de Beckett es considerada el máximo ejemplo del teatro del absurdo, pero la historia también se adentra al silencio que genera la espera, el vacío, el existen-

cialismo y la ausencia. En la espera de alguien que no llega —la amenaza de la soledad—, el lenguaje y los silencios escénicos marcan el discurso.

Los Vagabundos del Dharma, de Jack Kerouac (1958). Una novela con tintes autobiográficos en torno al descubrimiento del budismo, la meditación, la filosofía del fracaso, la búsqueda del *dharma,* la comunión con la naturaleza, la fraternidad y la poesía. El personaje principal realiza una travesía por los Estados Unidos —a veces a pie, en tren o pidiendo aventón—, y en el camino se topa con personajes que lo acompañan en su transformación y autodescubrimiento.

Silence: Lectures and Writings, de John Cage (1961). Una colección de escritos, ensayos y conferencias del compositor estadounidense, una de las figuras principales de la música de vanguardia de la posguerra. El libro es un proyecto experimental que registra reflexiones, anotaciones e ideas fundamentales para entender la obra del autor, donde el silencio ocupa un protagonismo de principio a fin: «No existe eso que llamamos silencio. Siempre ocurre algo que produce un sonido».

El silencio de Dios, de Ingmar Bergman (1961-1963). Trilogía cinematográfica —integrada por *Como en un espejo, Los comulgantes* y *El silencio*— sobre la soledad, la incomunicación, la ausencia de Dios y la búsqueda de la divinidad. La obra del director sueco es reflexiva y sugestiva: no pretende mostrar una respuesta unívoca a las cuestiones y simbolismos que presenta. En esta trilogía, los personajes se enfrentan a situaciones existenciales y a dudas sobre su fe, pues el Dios que Bergman representa es silencioso y apartado de su creación.

«La estética del silencio», de Susan Sontag (1967). Un ensayo que explora la estrecha relación entre el arte moderno y el silencio. Sontag analiza el significado del silencio voluntario de algunos artistas de esta época. Expresa cómo la renuncia a la vocación y la negación de sus propios logros confiere, retroactivamente, un poder y una autoridad adicional a la obra de un artista, «porque ser víctima del anhelo de silencio implica ser, en un sentido más trascendente, superior a todos los demás». Por otro lado, matiza, el silencio no significa quedarse callado, sino acercarse a la ininteligibilidad, la invisibilidad o la inaudiblidad.

«An Entrance to the Woods», de Wendell Berry (1971). Publicado en *The Unforeseen Wilderness,* este ensayo narra el ingreso voluntario del autor a un bosque de Kentucky y lo que observa y piensa mientras

recorre el lugar. Durante este deambular, el autor reflexiona sobre los sonidos de la naturaleza y el silencio de estos espacios, en contraste con los estruendosos ruidos de las ciudades industriales.

«We Need Silence to Find Out What We Think», de Shirley Hazzard (1982). La escritora estadounidense traza en este ensayo, publicado en *The New York Times* a partir de una conferencia, una serie de reflexiones en torno al lenguaje, la literatura y la escritura. Hazzard remarca aquí la necesidad del silencio interno y externo —soledad, tranquilidad, distanciamiento, privacidad— para que cualquier persona —en especial el escritor— conozca lo que verdaderamente piensa.

La forma del silencio, de María Luisa Puga (1987). Una novela-ensayo, de carácter autobiográfico, donde la infancia y la juventud de la autora y su esposo marcan el ritmo de la obra. En sus páginas abundan descripciones y apreciaciones de los distintos tipos de luz, las formas de encontrar el silencio y los espacios y sus ruidos, tanto de su natal Acapulco como de la Ciudad de México (a la que se mudó tras la muerte de su madre).

«Why Do I Fast», de Wole Soyinka (1988). Como protesta contra la violencia que la guerra civil producía en su país, el escritor nigeriano decidió hacer huelga de hambre mientras pasaba su tiempo en prisión. En este ensayo describe los pensamientos, sensaciones y motivaciones que rodearon esa experiencia de aislamiento y entrega. Soyinka obtuvo el Premio Nobel de Literatura en 1986; fue el primer escritor africano en recibirlo.

La significación del silencio, de Luis Villoro (1996). ¿Existe un habla del silencio? En este ensayo, el filósofo ahonda en esta pregunta mientras analiza la importancia del silencio dentro de un discurso. Entre las reflexiones que surgen aquí, Villoro resalta que el valor del silencio va más allá de la simple ausencia de lenguaje o significado: «Hay un silencio que acompaña al lenguaje como su trasfondo, o mejor, como su trama. La palabra lo interrumpe y retorna a él. Sin un fondo uniforme y homogéneo en que se destaquen, las palabras no podrían separarse, conjugarse, dibujar una estructura».

El silencio, de David Le Breton (2000). Un ensayo exhaustivo en torno a la significación del silencio dentro del lenguaje y la vida humana. El autor menciona que, por su ambigüedad, el silencio es una manera de comunicación y una herramienta que tiene múltiples usos en la vida diaria; puede ser opcional o impuesto, tener una función según el contexto, las

circunstancias y el individuo, «pues el silencio nunca aparece bajo una única y definitiva luz».

Tacet, de Giovanni Pozzi (2002). Un ensayo breve pero intenso sobre la soledad y el silencio. El autor inicia este libro con una paradoja: «la soledad es inaccesible cuando se la busca, y se vuelve insoportable cuando se es presa de ella». Desde un enfoque espiritual, Pozzi presenta distintos tipos de silencio y soledad: los solitarios apartados del mundo, el silencio durante la lectura, la estrecha relación entre el silencio y el lenguaje, el silencio durante la meditación y el estado contemplativo.

El gran silencio, de Philip Gröning (2005). Un documental que registra la vida cotidiana de los monjes cartujos en Gran Cartuja, un monasterio ubicado en los Alpes franceses. El director alemán hizo la propuesta de grabación a los monjes en 1984 y recibió la aprobación dieciséis años más tarde. El resultado es una película que reivindica la serenidad, la tranquilidad, el aislamiento y la importancia del silencio para la autorreflexión y para la valorización de la palabra desde la espiritualidad.

«**Tractatus 7.1: Translation and Silence**», de Peter Caws (2006). En este ensayo, publicado en *Philosophy Now,* el autor reflexiona en torno al ensayo *Tractatus logico-philosophicus,* de Ludwig Wittgenstein. Caws compara las diferencias de lenguaje entre el original en alemán y las traducciones al inglés. También hace un análisis profundo del séptimo —y último— aforismo: «Sobre lo que no se puede hablar hay que callar». Resalta, asimismo, el silencio de Wittgenstein tras la publicación del *Tractatus* y el sentido contradictorio que tomó en sus últimas obras.

Escolios a un texto implícito, de Nicolás Gómez Dávila (2006). Gómez Dávila, «el Nietzsche colombiano», tenía una imponente biblioteca en la que se recluía todos los días. Entre 1977 y 1986, escribió más de diez mil aforismos sobre sus lecturas: el resultado son reflexiones clarividentes y feroces de uno de los críticos más radicales de la modernidad. Gómez Dávila no fue un escritor, pero sí un lector erudito, y eso lo convirtió en un autor original (una especie de no-escritor, o de «escritor silencioso») con oraciones elocuentes como: «Vivir con lucidez una vida sencilla, callada, discreta, entre libros inteligentes».

El mundo bajo los párpados, de Jacobo Siruela (2010). Dividido en cinco partes, este ensayo se interna en el mundo de los sueños y el acto de soñar. Inicia con la historia onírica y su influencia en la sociedad, después

avanza hacia las prácticas religiosas asociadas a los sueños (incluidas las terapéuticas). Luego describe el espacio onírico (una dimensión interior) y el tiempo onírico (que no se asocia a la dimensión física, pues soñar es estar en un espacio sin tiempo) y finaliza con la asociación del sueño con la muerte.

No sufrir compañía, compilado por Ramón Andrés (2010). Una selección de textos sobre el silencio, escritos por representantes de la mística española de los siglos XVI y XVII. En esta recopilación, que inicia con un ensayo introductorio de Andrés, veinte autores reflexionan sobre la necesidad del silencio y el desapego a las cosas terrenales desde la espiritualidad. A pesar de la distancia temporal, conservan una enorme vigencia en la actualidad, donde el mundo, según el compilador, solo mira hacia el futuro (el progreso) y está saturado de personas con angustia y ansiedad.

Teach Us to Sit Still, de Tim Parks (2010). Debido a un dolor pélvico crónico, el autor es sometido a varios exámenes y tratamientos que no logran descubrir la causa de su padecimiento ni dan una solución. Ante este escenario, Parks decide explorar la relación entre el cuerpo y la mente y emprende una búsqueda por encontrar la respuesta en áreas alternativas, entre ellas la meditación. El libro es un registro de esta exploración, donde también reflexiona sobre si los padecimientos de algunos escritores no son más que dolores psicosomáticos como el suyo.

Un tiempo para callar, de Patrick Leigh Fermor (2010). Con el objetivo de encontrar la calma necesaria para escribir su primer libro a comienzos de los años cincuenta, el autor realiza un recorrido por cuatro abadías —tres en Francia y una en Turquía. En él muestra lo que significa elegir una vida de clausura: la rutina diaria de aquellas personas que conviven con el silencio y la contemplación.

Biografía del silencio, de Pablo d'Ors (2012). Desde una mirada doble —sacerdote católico y escritor—, el autor describe en este breve ensayo su acercamiento a la meditación. Con una humildad cautivadora, revela el proceso que siguió durante sus sesiones de meditación en silencio y los aprendizajes que obtuvo de esta experiencia. A lo largo del libro, menciona reflexiones sobre sí mismo, sus creencias y la importancia de la meditación para las personas en la vida contemporánea.

«Desert Silence», de Robert Twigger (2013). Un ensayo que se interna en la exploración del Sahara, el desierto cálido más extenso del mundo,

en busca del silencio —publicado en la revista digital *Aeon.* Twigger, explorador y escritor inglés, describe algunos de sus recorridos dentro del Sahara —su primera excursión en el desierto, viajes a oasis egipcios y estancias en campamentos beduinos con turistas y trabajadores de grandes corporaciones—, que inician en Egipto y donde el objetivo es, casi siempre, encontrar la tranquilidad que el silencio otorga.

Filosofía para desencantados, de Leonardo da Jandra (2014). Un ensayo filosófico sobre ética, alejado del lenguaje académico y enfocado en la actualidad. Sus tres capítulos están dedicados al egocentrismo, sociocentrismo y cosmocentrismo, etapas de la conformación del pensamiento humano. En ellos resalta la necesidad de una visión integradora que concilie la moral, la filosofía, la espiritualidad y la razón para la vida contemporánea; también presenta una crítica al relativismo.

Silencio, de John Biguenet (2015). Una compilación de ensayos que muestran las diferentes apreciaciones del silencio en la sociedad. El autor explora la relación (tanto positiva como negativa) de este concepto con la naturaleza, la muerte, la música, la poesía, la soledad; y muestra también las contradicciones que las personas enfrentan cuando lo buscan. Menciona, entre sus observaciones, cómo se ha mercantilizado el silencio, pues los espacios libres de sonidos son vistos en las urbes como un privilegio de clase.

«Coventry», de Rachel Cusk (2016). En este ensayo biográfico, publicado en la revista *Granta,* la escritora inglesa medita en torno a la niñez y el silencio. El resultado es una serie de reflexiones en donde el silencio se manifiesta no solo como una forma de exclusión, aislamiento e indiferencia, sino también como un espacio de libertad: por ejemplo, la autora describe la separación de sus padres no como un castigo que le impusieron, sino como una oportunidad para encontrar su camino. El título —y punto de arranque— surge de la expresión inglesa «to send someone to Coventry», que se refiere a ignorar a una persona o condenarla al ostracismo.

«Acerca del blanco», de Mario Satz (2016). «En casi todas las latitudes el blanco ha sido el color de las iniciaciones», dice el autor al comienzo de este breve ensayo en torno al color blanco, en donde registra el origen etimológico de la palabra en diferentes lenguas, las connotaciones —pictóricas, culturales, sociales, místicas— que tiene en diversos lugares y su cercanía asociativa con el silencio y la luz.

«On the Perilous Potential of Feminist Silence», de Carina del Valle Schorske (2016). Un ensayo con menciones biográficas, publicado en *Literary Hub*, en torno a la figura femenina como objeto sin voz en obras escritas por varones. La autora resalta también los prejuicios asociados a las mujeres y los riesgos de que se perpetúen. Menciona, asimismo, a algunas escritoras latinoamericanas cuya obra se asocia al silencio —entre ellas, Clarice Lispector y Alejandra Pizarnik.

El silencio en la era del ruido, de Erling Kagge (2016). Kagge, explorador y editor noruego, pregunta: ¿qué es realmente el silencio?, ¿dónde podemos encontrarlo? El resultado de esa reflexión es un libro que responde, desde la voz de un filósofo aventurero (o un aventurero filósofo), por qué el silencio es más importante hoy que nunca. Para Kagge, la ausencia de ruido no solo está en medio del desierto: también en una pista de baile podemos experimentar la quietud para volver a admirar nuestro mundo.

Historia del silencio, de Alain Corbin (2016). Ante el ensordecedor presente, Corbin recupera la genealogía del silencio a través de la obra de escritores, artistas y filósofos, desde el Renacimiento hasta nuestros días. Aunque el silencio completo nunca existió, y quizá nunca exista, la búsqueda por atesorar la calma está registrada en nuestro lenguaje, creencias, edificios y espacios.

Winter's Watch, de Brian Bolster (2017). Un breve documental en donde Alexandra de Steiguer narra su vida y rutina como guardia de seguridad del Hotel Oceanic, en la Isla Star (Nuevo Hampshire, Estados Unidos) durante la temporada invernal. De Steiguer vive el resto de su tiempo en la ciudad y utiliza este periodo de soledad, colmado de silencio, no solo para huir de los ruidos citadinos, sino también para fotografiar la naturaleza de la isla y encontrar un espacio de creatividad. El tono y ritmo del documental pueden verse, a su vez, como una oda al silencio.

La magia del silencio, de Kankyo Tannier (2017). Una monja budista, que vive en una cabaña situada en algún bosque francés, recoge distintas formas de disfrutar y ejercitar el silencio cuando el entorno no acompaña. En el libro se analizan tres aspectos clave: qué es el silencio, cómo atraerlo —*silenciando* aquellas actividades cotidianas que nos alejan de él— y las distintas maneras de practicarlo.

Ensayos sobre el silencio, de Marcela Labraña (2017). Una colección de ensayos sobre el silencio en la literatura y las artes visuales: un mapa va-

cío de Lewis Carroll, los monocromos de Yves Klein, un poema de Octavio Paz, entre otros ejemplos de écfrasis, experimentos visuales y cuadros de distintos siglos y épocas. En cada texto, Labraña muestra cómo el silencio se ha visto representado con distintas intenciones (política, religión o espiritualidad).

«Doing Nothing», de Julien Baker (2018). Un ensayo que analiza la vida de una cantautora durante una gira musical. Baker reflexiona aquí sobre la experiencia de estar en constante desplazamiento entre conciertos, los silencios y nuevas rutinas que acompañan los viajes y la necesidad de convertir los momentos de ociosidad e inactividad en instantes de inspiración inventiva.

«On the Writing Life and Safeguarding Privacy», de Esi Edugyan (2019). Publicado en la antología *New Daughters of Africa*, este ensayo se centra en la importancia del silencio y la privacidad para los escritores. La autora canadiense menciona que gracias al silencio y la intimidad el artista puede encontrar la confianza para escribir. Es por esto, concluye, que acaparar el foco público y tener protagonismo en el mundo literario tiene la capacidad de frenar la libertad creativa de un escritor e, incluso, de destruir su carrera.

«Long Shot», de Azad Cudi (2019). Cudi —britanicoiraní de ascendencia kurda— trabajaba en una estación de televisión en Estocolmo cuando comenzó la guerra civil siria. Después de servir voluntariamente como francotirador contras las fuerzas de ISIS, escribió un libro autobiográfico, del cual se desprende este extracto publicado en *Harper's Magazine*, donde construye un testimonio de la guerra contemporánea y los silencios que la habitan.

Silencio, de Juan Mayorga (2019). Cuando Mayorga ingresó a la Real Academia de la Lengua Española, el dramaturgo pronunció un discurso que sirvió como elogio del silencio en la literatura dramática y las representaciones teatrales, con algunos repasos a los silencios escénicos de Federico García Lorca, Calderón de la Barca, Samuel Beckett, Antón Chéjov, August Strindberg, entre otros.

El sonido del metal, de Darius Marder (2019). Una película sobre la sordera repentina. Ruben, baterista de metal, pierde la audición y se le presentan dos opciones: aprender a vivir en el silencio o tratar de recuperar el sonido con ayuda de unos implantes. Mientras decide qué hacer, su

nueva condición lo lleva a descubrir un refugio rural donde la sordera no es una incapacidad, mientras aprende otras formas de lenguaje y descubre la distorsión que nos rodea.

«A Place of Silence», de Liam Heneghan (2020). Mientras pasea por la Acrópolis ateniense, Heneghan da con una serie de cuevas donde, sin esperarlo, encuentra un tipo de tranquilidad —digna de dioses— que no es necesariamente silencio, sino la ausencia de ruidos producidos por humanos. A partir de esta experiencia, el autor reflexiona sobre el significado del silencio en la historia, el peligro de la contaminación auditiva y la importancia de momentos de tranquilidad silenciosa para la salud física y espiritual.

«Silent Ways of Knowing», de Maggie Ross (2020). La autora inglesa es una eremita anglicana. Escribió este ensayo originalmente como discurso de apertura de una conferencia que, debido a la pandemia, no se llevó a cabo. En él se abordan reflexiones teológicas como la *kénosis* (vaciamiento de la voluntad propia), el miedo al silencio, las experiencias místicas y la suspensión de la autoconciencia. El ensayo, según la autora, también se puede leer como un resumen del primer volumen de su obra *Silence: A User's Guide.*

AUTORES

PATRICIA ARREDONDO (Tlalnepantla, 1988) es poeta y escritora de literatura infantil. Conoció el silencio en la niñez, cuando se lanzó a una alberca sin saber nadar, y desde entonces sabe de la inutilidad del grito en ciertas circunstancias. Trabaja con voz e inmersión sonora en el podcast *Muzak. Un templo en el oído*, una serie de ensayos que tienen como centro «la escucha», desde diversas perspectivas culturales. Es autora de álbumes ilustrados como *Acércate*, un cuento sobre sordera y lengua de señas, y *Poemas para cuando se te caen los dientes*, un libro bifrontal con textos acerca del cuerpo y sus pérdidas. También ha publicado el poemario *Cancerófoba*, una compilación que aborda la enfermedad como un acercamiento a la sombra. Dibuja y pinta monstruos bajo el pseudónimo virtual #LeCocodrila.

GEORGINA CEBEY (Ciudad de México, 1982) es investigadora. Su área de interés es la ciudad y la arquitectura; en concreto, las imágenes, memorias y experiencias que ambas producen. Es doctora en Historia del Arte por la UNAM. Investiga y escribe sobre historia de la arquitectura mexicana, con un especial interés en reflexionar cómo las construcciones se entrelazan con la memoria y el contexto sociopolítico del país. Ha colaborado en revistas como *Letras Libres*, *Nexos* y *Tierra Adentro*. En 2017 ganó el Premio Nacional de Ensayo Joven José Vasconcelos con *Arquitectura del fracaso*, un libro sobre algunos de los emblemas arquitectónicos más importantes de la Ciudad de México —como el Monumento a la Revolución o la Torre Latinoamericana—, en el que logra una crítica lúcida sobre la materialización del Estado y sus derrumbes. En esta antología, Cebey explora las dimensiones espaciales del silencio.

LEONARDO DA JANDRA (Chiapas, 1951) es filósofo y escritor gallego-mexicano. Su obra, intempestiva y reflexiva, incluye libros como *Arousiada*, *Huatulqueños* y *Filosofía para desencantados*. A finales de los setenta, después de vivir la mayoría de su juventud en España y volver a México, Da Jandra se instaló con la pintora Agar García en la playa virgen y selvática de Cacaluta, en la costa oaxaqueña. Ahí construyeron un hogar y comenzaron un proyecto ecológico que en 1998 se convirtió en el Parque Nacional de Huatulco. Vivieron cerca de treinta años en una cabaña

que materializó su búsqueda por encontrar paz y silencio en los procesos creativos. Gran parte de esta experiencia se puede leer en *La restauración de la utopía,* una recopilación de sus diarios escritos entre 1999 y 2012, de donde se hizo una adaptación para esta antología. En 2006 fueron desalojados por oponerse a la privatización del parque y volvieron a la ciudad.

ELISA DÍAZ CASTELO (Ciudad de México, 1986) es poeta y traductora. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas, del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes y de la Fulbright. Sus poemas han aparecido en revistas como *Tupelo Quarterly, Border Crossing, Periódico de Poesía* y *Revista de la Universidad de México.* Ha escrito *Principia, El reino de lo no lineal* y *Proyecto Manhattan,* un texto híbrido que toma elementos de la dramaturgia para hablar sobre las mujeres vinculadas en la creación de la bomba atómica, y ha sido ganadora de reconocimientos como el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2017 y el Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes 2020. En su obra explora la reapropiación del lenguaje y su resignificación —inquietudes que también desarrolla en sus traducciones de poesía, como en *Cielo nocturno con heridas de fuego,* de Ocean Vuong.

PABLO D'ORS (Madrid, 1963) es sacerdote católico, escritor y, desde 2014, consejero cultural del Vaticano. Estudió Filosofía y Teología en Roma, Praga y Viena. En 1991 fue ordenado y destinado a la misión claretiana de Honduras. Al volver a España, compaginó sus responsabilidades pastorales con su labor docente: ha sido profesor de Dramaturgia y Estética Teológica. Después de conocer al jesuita Franz Jalics, sacerdote húngaro conocido por sus libros sobre la espiritualidad, fundó en 2014 Amigos del Desierto, una asociación que se acerca a la meditación desde los aspectos más contemplativos de la vida cristiana: la personificación del silencio a través de la quietud, la postura y la relajación. Como escritor, es conocido sobre todo por los ensayos *Biografía del silencio* —que forma parte de su *Trilogía del silencio*— y *Biografía de la luz* —un itinerario espiritual para el hombre y la mujer contemporáneos—, de donde se extrae un capítulo que aparece en este libro.

PICO IYER (Oxford, 1957) es un escritor británico de ascendencia india. Vivió y estudió intermitentemente entre Inglaterra y Estados Unidos. Impartió clases de Escritura y Literatura en Harvard, y después, en 1982, comenzó a trabajar para la revista *Time* escribiendo sobre asuntos internacionales. Desde entonces ha viajado por el mundo y publicado artículos —para *Harper's, The New York Review of Books, The New York*

Times y *Lapham's Quarterly*—, además de ensayos, memorias y novelas donde reflexiona el cruce de culturas, la globalización, los viajes en el mundo contemporáneo, la introspección que produce el desplazamiento y la otredad del extranjero. Desde hace más de treinta años vive en un suburbio de Kioto: su libro *A Beginner's Guide to Japan,* del cual se extrajo un pasaje para esta antología, es una lúcida reflexión fragmentada sobre la cultura japonesa. También se retira varias veces al año en una remota ermita benedictina de Big Sur, California.

SARA MAITLAND (Galloway, 1950) es una escritora británica reconocida por sus cuentos, textos folclóricos y ensayos sobre religión. Después de estudiar en Oxford, se casó con un sacerdote anglicano, vivió en una vicaría y tuvo hijos. Veinte años después, en medio de una crisis personal, Maitland decidió divorciarse y experimentar el silencio. Desde entonces ha procurado tener una vida con poco ruido en distintos lugares, como una cabaña en Northamptonshire, una isla remota al norte de Escocia, o la casa en donde nació. Su soledad casi monástica, impensable para la sociedad contemporánea, es una *performance* que continuará hasta su muerte: «Para mí una parte del silencio es como hacer ejercicio. Se trata de prepararse para esa aventura que es la muerte y descubrir qué sucede después». La mayoría de sus experiencias y pensamientos sobre el tema han sido publicadas en el libro *Viaje al silencio,* del que se reproduce una adaptación en este libro.

MÓNICA NEPOTE (Guadalajara, 1970) es poeta, ensayista y editora. Ha escrito libros como *Trazos de noche herida, Islario* y *Hechos diversos.* Fue editora de la revista literaria *Tierra Adentro,* ganó el Premio Nacional de Poesía Efraín Huerta 2003 y coordina el proyecto *E-literatura* del Centro de Cultura Digital de la Ciudad de México, donde ha influido en el fomento y difusión nacional e internacional de la literatura electrónica. Su escritura aborda la imagen en movimiento, la voz, lo sonoro y el cuerpo; así construye paisajes sonoros ilustrados y escribe versos como este: «Seré respiración y silencio. / Seré el sonido / de la gota al caer, las ondas del agua. / La forma del aire». Nepote es montañista y se autodenomina una «naturalista de ciudad»; cada vez que sube una montaña y observa el silencio del horizonte, ejerce de forma empírica su faceta de «observadora-apuntadora». También se encuentra realizando una investigación en torno a la persona no humana.

MARIANA ORANTES (Ciudad de México, 1986) es escritora. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas y del Fondo Nacional

para la Cultura y las Artes. En 2017 publicó el libro *La pulga de Satán*, una colección de veintiún ensayos donde experimenta el género literario al jugar con la anécdota, la crónica y la poesía. En Barcelona recibió una beca de escritura creativa Montserrat Roig 2020 por su libro *Autos, moda y discos punk*. Tiene cuatro gatos: mascotas que personifican el silencio doméstico.

TIM PARKS (Mánchester, 1954) es un escritor y traductor británico que vive en Milán. En este país construyó una familia, impartió clases de Literatura y, desde los noventa, colabora en *London Review of Books* y *The New York Review of Books*. Con una voz particular y divertida, ha escrito una trilogía de libros de no ficción que reflexionan sobre lo que significa vivir en Italia: *Italian Neighbours, An Italian Education* e *Italian Ways*. También escribió *Teach Us to Sit Still*, donde narra su búsqueda por aliviar un dolor crónico a través de la meditación *vipassana* y el silencio —temas que también explora en el ensayo que aparece en esta antología, originalmente publicado en la revista *Aeon*. Como traductor, ha vertido al inglés a varios autores italianos, como Alberto Moravia, Roberto Calasso, Italo Calvino y Fleur Jaeggy —por libros de los dos últimos ganó el Premio John Florio de traducción italiana en 1994 y 1996. Su novela *Europa* fue candidata al premio Booker en 1997.

LARRY ROSENBERG (Nueva York, 1932) es un maestro de meditación budista. Antes fue profesor de Psicología en Harvard, pero, desencantado con la academia, experimentó con alucinógenos, se convirtió al budismo, aprendió en distintos retiros de Asia y eventualmente fundó, en 1985, el Cambridge Insight Meditation Center en Massachusetts. Este lugar funciona como un espacio para la meditación *vipassana:* una práctica introspectiva y milenaria enfocada en la atención plena *(mindfulness)*. Ha escrito varios libros sobre sus enseñanzas; en esta antología se traduce un fragmento de *Breath by Breath:* una reflexión de la *anapanasati*, el acto de meditar a través de la respiración, sentirla en todo el cuerpo. Desde su centro, Rosenberg es un gurú que enseña las cualidades del silencio a miles de personas que llegan huyendo del estruendo que produce la rutina y la vida contemporánea.

ANTONIO TAMEZ (Ciudad de México, 1984) es historiador, profesor y escritor. Entre sus libros publicados están *Bengala, El templo de los animales disecados* y *Todo eran historias. Cuadernos de viaje*. También ha escrito crónicas y ensayos para diversas plataformas literarias impresas y digitales, como *La Presa, Punto de Partida, Liberoamérica, Tres Pies al*

Gato y *Tierra Adentro*. Desde 2012 es aprendiz de *ashtanga* yoga y diversas técnicas de meditación. También se encuentra estudiando y practicando el temazcal, un método terapéutico tradicional que coincide con la espiritualidad de las casas de baños que desarrollaron otras culturas en lugares tan distintos como Suecia, Japón y Latinoamérica. Actualmente vive en Querétaro, donde sigue adentrándose en estas prácticas e impartiendo clases de Historia, Literatura y Filosofía.

JOSÉ MANUEL VELASCO (Ciudad de México, 1986) es escritor, editor y actor. Actualmente divide su tiempo entre la creación audiovisual, la docencia y la gestión de actividades culturales. También ha trabajado como periodista cultural en *Chilango* y *La Ciudad de Frente*, publicó el libro *¿Por qué poemas?* y ha colaborado en las antologías *Ayotzinapa. La travesía de las tortugas* y *Nuevas instrucciones para vivir en México*, editada por Gris Tormenta. Atraído por las artes escénicas, la literatura y la filosofía, siempre ha buscado el equilibrio entre cuerpo y mente. Esa búsqueda lo ha llevado a la corporalidad teatral, el pensamiento literario y la meditación *vipassana*.

AGRADECIMIENTOS

A Gabriel, Domingo y Álvaro por las lecturas y los comentarios. A Paz y José por las charlas en la cocina y los días de campamento en la Sierra Gorda. A Lalo por su escucha cómplice y las horas de carretera oaxaqueña. A Julio por las llamadas transcontinentales y la compañía amorosa durante los días de retiro. A Toño y Ángela, a la *sangha* del Bajío, a Ranulfo, a cada uno de los autores que participan en este libro y a tantos compañeros de silencios y ceremonias.

Muy especialmente a Jacobo, Mauricio, Germán, Luis y Patricio (el equipo de Gris Tormenta) por invitarme a este ejercicio de ensayo y conversación comunitaria. A Cecilia y a Francisco por su sentido del humor y por su ternura; a Ignacio, a Paola y a los sobrinos, por su luz y sus enseñanzas mudas; y a mis padres, maestros en el amor y en los caminos del silencio.

José Manuel Velasco

Esta primera edición de

VIAJES AL PAÍS DEL SILENCIO
REFUGIOS Y EXPERIENCIAS INTERIORES
EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO

se realizó entre enero y julio de 2021
en Querétaro y Madrid.

En su composición se usó Stempel Garamond 11/15 y 9/12. Esta familia tipográfica fue diseñada en 1925 por Rudolf Wolf para David Stempel en Fráncfort. Interpreta un espécimen de Claude Garamond de 1592, que a su vez se basaba en los tipos que Francesco Griffo hizo en Venecia para el impresor Aldus Manutius en 1495.

Se terminó de imprimir
y encuadernar el 15 de agosto de 2021
(el cuarto aniversario de Gris Tormenta)
en los talleres de Litográfica Ingramex
en la Ciudad de México.

El tiraje fue de mil ejemplares.

Tim Parks hace una crítica de la modernidad desde la quietud. Georgina Cebey imagina una cartografía del silencio espacial. Pico Iyer compone una colección de *insights* de un Japón inexplicable. Elisa Díaz Castelo describe su llegada a la poesía desde el dolor. Patricia Arredondo duda si existe el silencio fuera del lenguaje. Mónica Nepote busca el resonar de su infancia en las montañas. Leonardo da Jandra registra sus vivencias en una playa utópica del Pacífico. Mariana Orantes escribe un elogio sobre la compañía muda de los animales. Sara Maitland explora el ascetismo en las Fronteras Escocesas. Antonio Tamez se adentra en la oscuridad ancestral del temazcal. Larry Rosenberg ralentiza su existencia a través de la respiración consciente. Pablo d'Ors contempla el silencio de Dios.

Detenerse a pensar en el silencio es, por sí solo, un acto disidente: ¿cómo abrir la puerta de la sensibilidad hacia él? Esta antología lo hace desde la experiencia: narraciones donde se pueda sentir, más que leer, un silencio vivencial. En medio de una sociedad ruidosa y constantemente ensordecedora, doce voces del mundo tejen caminos hacia un país imaginario, desde lugares tan remotos como familiares. Filosofías, tradiciones milenarias, espacios naturales, prácticas del cuerpo y de la mente convergen para conversar sobre una experiencia que, a veces, es tan palpable que se escucha —pero muchas otras se esconde o se difumina.

La Montaña es un santuario. Subo lo más silenciosa, bajo lo más solitaria. ¿Es suficiente mi lenguaje humano, Montaña, para dejar constancia de esta forma alargada, prolongada de amor? Lo digo solo con mi respiración, con mis latidos y mis pasos. No tengo otra manera de emitir palabras: mi palabra es mi cuerpo caminante. — *Mónica Nepote*

Lo que el silencio y la meditación nos hacen preguntarnos, una vez que nos incorporamos, inesperadamente renovados y bien dispuestos después de una hora de quietud y silencio, es si no hay algo profundamente perverso en esta cultura de la que somos parte, hasta en sus grandes realizaciones en la narrativa y en el arte. Demasiado de lo que leemos, aun cuando es un gran entretenimiento, es profundamente inútil. — *Tim Parks*



TALLER EDITORIAL
GRIS TORMENTA
2021
gristormenta.com

